

Dolores Pérez Martel

Suegra

II

Solferona

TENERIFE

—
IMPRESA DE LA LAGUNA

AVENIDA, 10

1908

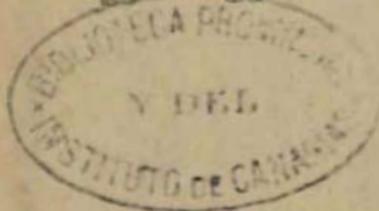
SUEGRA Y SOLTERONA

860-31 Tercera Parte, Dolores 7
76-3 (46.851)

SUEGRA Y SOLTERONA

POB

DOLORES PÉREZ MARTEL



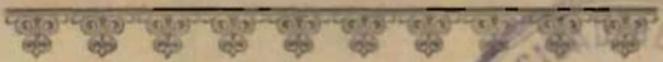
6604654050

TENERIFE

—
Imprenta de La Laguna

BENCOMO, 10

—
1909



PROLOGO

BAJO el hermoso cielo de Tenerife, en la costa que rodea parte del Valle de la Orotava, hay una elevada plazoleta en que pasado y presente, representado el primero por un viejo castillo y una vieja ermita, y el segundo por ancha via y telegráfico poste, se dan la mano; unión que bendice el sol y apadrina la Naturaleza, vestida siempre de gala en aquel pintoresco valle.

En la ermita, San Pedro, con larga barba y su gran llave en la mano, colocado está allí, sin duda, para guardar aquel pedazo en que hay tierra, mar y cielo é impedir la entrada á réprobos que no estén dispuestos á prosternarse adorando tantas bellezas y, en ellas, al Creador.

Celosos de su autoridad los elementos y puestos de acuerdo, azotaron la ermita valiéndose de la oscuridad de la noche, pero con tan mala fortuna para sus designios negros, que al hundirse la techumbre y rodar las piedras por los declives, el viejo guardián, amparado por un trozo de muro y un pedazo de techo, allí permaneció incólume presentando la llave, signo de su poder y recibiendo, al despuntar el dia, caricias de sol que caian sobre su cabeza y atropelladas escusas que

con voz de oleaje formulaba el mar bajo sus pies.

La fè no tardò en levantar al santo la derruida vivienda y en ella lo tenéis. Podéis llamar á su puerta que, si no os responde, la Naturaleza se encargará de daros albergue bajo cielo primaveral, y alimento para el espíritu, entre cuyos manjares escoger puede asunto para un cuadro el pintor, inspiración el poeta, delicias sin fin el que ame la belleza.

Allí me ocurrió por vez primera la idea de publicar mis libros....

¿Por cuál empezar?..... SUEGRA Y SOLTERONA será el primero.....

Embelesada por tan gratos pensamientos, fuè nota discordante el rumor de la resaca que á risa sonò en mis oídos.... ¿Se reía acaso de mí?..... ¿por que pensara publicar mis libros? ¿por la elección del primero?..... sí, sí, parecia decir, y, verdad ó ficción, escuché: "una suegra y una solterona presentadas por novelista desconocida, forman un triunvirato á que el público dirá sin leer: ¡va de retro!....."

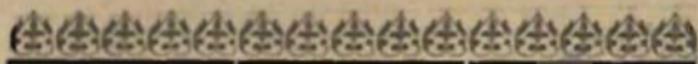
Has de saber, oleaje mordaz, que este triunvirato representa algo muy sencillo, muy insignificante, pero que tiene su razón de ser: se trata de una mujer que queriendo defender á las mujeres, empieza por el amor, la consideración, la justicia, para la qué, siendo madre, suma los hijos de sus entrañas y los que le dá el acaso uniéndolos á aquellos con la bendición nupcial; y para la que sin maternidad, sin amor, quizá sin hogar, ve llegar los frios, las lluvias, las nieves del invierno de la vida. En ellas, como en todo, hay bueno y malo, elevado y rastrero, grandeza de alma para el sacrificio y cota de malla tejida con acerrados bilillos de egoismo, pero no confun-

dirlas, separar el oro del cieno; quizá haya aquí más oro y menos cieno del que suele hallarse por el mundo, puesto que juega su papel el amor que no pide recompensa, que dá todo y no exige nada, ni siquiera ser correspondido, que quien lo siente trabaja, vela y ora por otros seres olvidado de si mismo: el amor maternal.

Pudiera, al realizar mi idea, enviar este libro bajo el incógnito de un pseudónimo, y que se pareciera á las testas coronadas cuando viajan, pero, traspasando la ríscosa costa de mi isla ¿que incógnito más riguroso que mi nombre perfectamente desconocido?

Ahi va, como pobre emigrante, á recorrer lejanas tierras buscando la fortuna de ser leído; quizá vuelva cabizbajo y carriacontecido al hogar: un antiguo armario donde quedan sus hermanos pletóricos de ilusiones, esperando cada uno su turno para lanzarse al mar tempestuoso ó bonancible de la publicidad; armario cuya llave guarda la madre que dá un adios al que parte, y espera con ansiedad llegue á sus oídos un eco de aprobación, ó quizá una risa, remedo de aquella risa de la resaca, conque sea saludado el viajero si no pasa del todo desapercibido.

La Autora.



I

Resto, como sus hermanas, de un destrozado continente, ó leve artista que una palpitación de la tierra hizo aparecer entre las ondas del Atlántico, la isla de Tenerife preséntase al viajero con su base de oscuras rocas surgiendo de las olas y rematando en elevado pico cubierto de nieve.

Encuéntranse en ella altas cumbres, estrechas gargantas, valles risueños; adelantadas poblaciones, floridas villas, pintorescas aldeas; productivos campos donde crecen esbeltas palmeras y que perfuman hermosas flores y olorosas plantas. El clima cálido bajo el que brota vegetación tropical; el clima medio en que crece la vid y en la estación de invierno se cosechan delicados frutos que no resisten la acción del viento ni de las grandes lluvias; el clima frío donde se mecen las doradas espigas del trigo... Sin embargo en Tenerife no se dejan sentir, ni el calor enervante que gasta la existencia, ni el frío excecivo que hace

tiritar y hasta pone en peligro la vida de las clases menesterosas. Todas las flores creciendo cada una como en el país de que procede; todos los climas, sin llegar á la exageración.

Sus cañadas hacen pensar en los desiertos; es un jardín grande, muy grande, que protegen los montes y acarician las olas, su valle de Orotava; es su vega de La Laguna paisaje tranquilo, encantador, que eleva el espíritu convidando á orar; hay en sus terrenos montuosos, trasuntos de la poética Suiza.

¿Para qué más detalles? aquellos de nuestros lectores que conozcan la isla, los encontrarían pálidos; y los que no la conozcan los creerían quizá exagerados.

Profunda calma reinaba en La Laguna, hermosa ciudad edificada donde los guanches tenían su fértil y bella Aguere que, al cambiar de nombre, conservó los recuerdos del pasado, los recuerdos de aquel pueblo tan grande y tan niño á la vez, y á ellos fué uniendo los de la conquista, los del engrandecimiento de los pueblos que como madre cariñosa vió nacer y crecer. Conserva de Aguere, la belleza de sus campos; de los guanches, los nombres de algunos objetos; de la conquista, la bandera; de los pasados días, vetus-

tos edificios, y el Instituto, cuna de la ilustración canaria.

La luna alumbraba la ciudad con dejos pálidos y misteriosos, quedando en una semioscuridad llena de encanto los sitios en que proyectaban su sombra las casas y los árboles.

Escasos transeuntes circulaban por las calles que iban quedando desiertas.

Oafuse, en algunos sitios, dos voces contenidas sosteniendo amoroso coloquio, ella asonada bajo un postigo, él de pié en la acera y recostado en la pared.

El aire fresco y puro traía á las calles las emanaciones del campo.

Al través de las ventanas de una casa de buena apariencia situada en la calle de la Carrera, se divisaba la luz que iluminaba una sala decorada con sencillez.

Nada había allí rico, pero todo era agradable, armonioso, é infundía al espíritu profundo bienestar.

Los muebles de caoba; el piano abierto con un cuaderno de música en el atril; las chucherías esparcidas por consolas y jugueteros; el velador, con un quinqué colocado en el centro, y cargado de libros, periódicos y vistas tomadas, en su mayor parte, de pueblos de las islas. Pero el más bello adorno, al alcance de to-

das las fortunas en esta hermosa tierra de las flores y de la eterna primavera, consistía en gruesos ramilletes en los que junto á la rosa de rojo color se encontraba la camelia de aterciopeladas hojas y mate blanca, dalias que se erguían soberbias prestando su apoyo á delicadas rosas de the, jazmines de deliciosa aroma, oscuros heliotropos junto á los que parecían más vivos tantos colores.

Sentada en un sofá se hallaba una señora de agradable y bondadoso rostro, y á su lado ocupaba un sillón un caballero. Asemajábanse bastante sus semblantes, pero en tanto que en el de la primera se advertían las huellas de padecimientos físicos, denotaba el segundo fuerza y salud.

Junto al velador sostenían animado diálogo, una joven morena, pálida, con los ojos negros y cabellos castaños, y un apuesto militar.

Vestía la joven sencilló traje blanco y su único adorno consistía en una delgada cadena de oro de la que pendía una cruz del mismo metal, que casi se perdía entre los encajes que rodeaban su cuello.

En la dulce expresión de su rostro, la límpida mirada de sus ojos y las suaves ondulaciones de sus cabellos, había algo que embelesaba.

Frente á ella, de rodillas sobre una silla, apoyados los codos en el velador y mirando con gran atención las estampas de un libro, estaba una niña de cinco á seis años, en cuyo rostro infantil, medio oculto por los negros rizos de sus cabellos, había una promesa de verdadera hermosura para la juventud.

Eran estos personajes: Luisa Robles, su hermano Federico, dos hijas de aquella y el prometido de Clara, la mayor.

El ruido de un carruaje que rodaba por la solitaria calle, se dejó oír.

Cesaron las conversaciones, dejaron ver profunda emoción los rostros de la señora y de la joven y corrió hacia la ventana la niña, en tanto que otra menor, y tan bonita como ella, pero de distinto tipo, entró en la sala corriendo y gritando,

— Papá; papá. ¡Ya llega papá!

Pero el coche pasó, los semblantes cambiaron de expresión, las niñas se retiraron de la ventana, y la señora, que se había puesto en pié, murmuró suspirando:

— Cuanto tarda.

— Quizá no pueda subir esta noche— dijo su hermano.

— ¡Oh! no lo creo. Sabe el afán conque le aguardamos. Además, ¡ha de desear tanto abrazar á sus hijas!

—Si llegó tarde el vapor, no encontrará coche.

—No nos quites la esperanza de verlo esta noche tío—exclamó Clara.

—Yo no os la quito; pero, como os conozco, quiero haceros ver la razón antes que empecéis á alarmaros sin motivo.

—La última carta era terminante;—dijo Luisa con aire pensativo—él nada tenía ya pue hacer allí.

—Ve usted, Carlos, lo que yo temía.—dijo Federico dirigiéndose al militar—Ya mi hermana está formando conjeturas. Si algun suceso imprevisto detuviera el viaje de Diego, la tendríamos triste y llorosa los quince días que tarde en llegar otro vapor.

—No tío, eso no sucederá—exclamó Clara—el corazón me dice que no pasará la noche sin que abraze á mi padre.

—Pues esperar, pero, cuando se tienen pocos años, el corazón suele engañarse viéndolo todo según las ilusiones formadas. Durante el día os he dicho muchas veces, y ahora repito: si viene, el gran alegrón; hasta entonces no confiar mucho en que ha de ser esta noche.

Durante largo rato la conversación fué general.

De nuevo se oyó el rodar de un coche.

—Ves como no nos engañaba nuestra esperanza— dijo Clara acercándose presurosa á una ventana.

El coche pasó como el anterior.

Los semblantes volvieron á cambiar de expresión.

—Que motivará esta tardanza Dios mío— murmuró con angustia Luisa.

—¿Por qué no viene papá?— preguntó la mayor de las niñas con lágrimas en los ojos.

—Si vendrá: esta noche ó mañana,

—Pues yo no me acuesto.

—Ni yo tampoco— dijo la menor cuyos ojos se cerraban á su pesar.

Reinó largo silencio.

Las niñas miraban las estampas y luchaban con el sueño.

Federico fué el primero que habló esforzándose para animar á su hermana; pero en vano pues Luisa perdía la tranquilidad á medida que el tiempo avanzaba.

Amaba tanto á su marido.

Unida á él muy joven, su cariño la había sostenido en días de dolor inolvidables, porque Luisa había perdido dos hijos quedándole solo Clara, la mayor. Esa era la pena que amargó su vida y minó su salud, sosteniéndola, como hemos dicho, el

cariño de Diego, y su amor á Clara; más tarde fué su consuelo el nacimiento de las dos niñas que llevaban los nombres de Amparo y Juana.

Negocios del mayor interés hicieron á Diego emprender un viaje de corta duración, y una carta suya, fechada en la Habana, daba cuenta de su regreso. Decía que se embarcaba para la Península, tomando luego pasaje en el vapor que debía haber llegado á Tenerife algunas horas antes del momento en que presentamos su familia á nuestros lectores.

El matrimonio de Clara debía realizarse muy pronto, marchando seguidamente á Filipinas, adonde, por su carrera militar, debía Carlos trasladarse.

Esa separación era el unico punto obscuro que se presentaba ante aquella familia, pero lo hacía verdadero la esperanza de que no fuera muy larga.

El tiempo pasaba; Federico y Carlos se esforzaban inutilmente para impedir que el temor y la duda entristecieran á la madre y á la hija.

Juanita la más pequeña de las niñas, recostada en un sillón, dormía; Amparo había dejado caer la cabeza sobre sus brazos y dormía también.

Por duodecima vez Federico repitió:

—No hay que alarmarse. Vendrá mañana.

—Y si no viene—dijo Luisa.

—Entonces no hay más remedio que esperar hasta otro correo. Pero no me canso de repetirlo: mucha calma no empesar con exageraciones á sufrir inutilmente.

Luisa suspiró.

Carlos decía entre tanto á media voz.

—Tranquilízate, Clara, me hace daño ver en tu cara esa expresión.

—Tenía tanta confianza en que había de llegar esta noche mi padre que... no sé.... pero... es muy grande la pena que siento.

—Tu tío tiene razón. Sois muy exageradas y os torturais sin necesidad. Puede haber llegado tarde el vapor, no haberle sido posible subir esta noche.

Clara movió negativamente la cabeza.

—Y—prosiguió Carlos—¿si hubiese tenido que retrasar su viaje? ¿si estuviese aún en América?

Clara no contestó.

Después de algunos momentos de silencio Carlos dijo en voz baja:

—Desecha temores infundados. Piensa en nuestra próxima dicha cuando atravesemos el mar y, en lejanos climas, vivamos el uno para el otro; cuando, á la caída de

la tarde, paseemos por aquellos hermosos campos, y al anochecer regresemos á nuestra casa donde todo será felicidad, donde cada objeto nos parecerá que quiere asociarse á nuestra ventura. ¿No me escuchas?....

—Sí. Pero no estoy tranquila. Será exageración ó como vosotros queráis llamarlo, pero siento el pecho oprimido y tengo gana de llorar.

Y las lágrimas casi asomaban á los ojos de Clara.

—Veo que son inútiles mis esfuerzos. Mañana te reirás acordándote de tus temores y de tu pena.

—Dios lo quiera.

—Renuncio á hacer entrar en razón á mi hermana—exclamó Federico—Y usted, Carlos, ¿ha conseguido tranquilizar á Clara?

—Tanto como usted á su madre. Mañana cuando llegue D. Diego, ó una carta suya, recobrarán la calma.

—Pues no hay más remedio que esperar. Pasarán una mala noche por su gusto.

Al pronunciar estas palabras Federico se puso en pié imitándolo Carlos.

Estrechando la mano de su hermana Federico dijo:

—Procura dormir tranquila. Recuerda que estás delicada y no tienes derecho á comprometer tu sa-

lud—y señalaba á las niñas dormidas.

Luisa miró á sus hijas con amor y con tristeza.

—Tú, Clara, anima á tu madre.

—Es verdad, tío,—exclamó la joven ensayando una sonrisa—no hay motivo para alarmarnos; lo esperábamos y nos ha entristecido que no llegue; pero mamá no debe preocuparse tanto que pueda perjudicar á su salud. Repíteselo tú, tío.

—¡Si lo he hecho otra cosa durante dos horas!

—Trataré de estar tranquila. No temáis nada por mí.

Se cruzaron algunas palabras más y los dos hombres se despidieron y salieron de la sala.

—Vamos hijas mías, á la cama—dijo Luisa á las niñas despertándolas con un beso.

—¡Si mamá—murmuró Amparo, Juanita nada dijo, levantóse abriendo sus hermosos ojos cargados de sueño, se apoyó en un brazo de su madre y las tres abandonaron la habitación.

Clara se había acercado á la ventana.

La noche era serena y hermosa; la luna alumbraba la solitaria calle.

El profundo silencio que reinaba, solo era interrumpido por los pasos

de Federico y de Carlos cuando dejaron de percibirse oyéronse otros que se acercaban y un hombre apareció en la esquina próxima: era el sereno que con voz lenta anunció la hora que un momento antes se escuchara en el reloj de la Catedral.

Los pasos del sereno se alejaron también.

Clara permaneció inmóvil en la ventana.

Algunos minutos después oyó que alguien se acercaba, fijóse en el que de nuevo interrumpía el silencio y murmuró:

— El cartero.

Esperó á que estuviera más cerca y preguntó:

— ¿Trae usted cartas para nosotras?

Paróse el hombre y dijo mirando á la ventana:

— Una carta urgente; pero como es tarde y está la puerta cerrada...

Clara casi no oyó las últimas palabras.

Una carta urgente; eso es lo que había oído, lo que la hizo atravesar la sala casi corriendo y llamando:

— Antonia, Antonia.

Apareció una criada y á la vez, Luisa que preguntó con ansiedad.

— ¿Qué hay Clara?

Una carta urgente. Quizá noticias

de papá. Vaya usted pronto, Antonia, y recójala.

Salió la sirvienta y madre é hija esperaron con afán indescriptible.

Antonia volvió á los pocos momentos, llevando en la mano una carta y dos periódicos.

Luisa los cogió, echó sobre la mesa los periódicos, rasgó con precipitación el sobre de la carta y madre é hija comenzaron á leer á la vez; pero á la ansiedad sucedió el mas completo desencanto.

—Que han llegado los encargos hechos para tu ropa de boda—dijo Luisa dejádo la carta sobre la mesa.

—Dije que avisaran,—murmuró Clara contrariada—ahora lo siento pues esta última decepción ha sido fatal.

—Paciencia y esperar hasta mañana—dijo la madre suspirando, y salió de la sala.

Clara permaneció inmóvil algunos instantes.

Sus ojos se fijaron en los periódicos, tomó el que venía de la Península y su mirada recorrió con indiferencia las columnas.

De pronto sus ojos se abrieron desmesuradamente, algo como un sacudimiento eléctrico recorrió su cuerpo, el color huyó de sus mejillas y conteniéndolo el grito que iba

á escaparse de sus labios, cayó en un sillón lanzando un gemido ronco y quedó inmóvil con los ojos muy abiertos, reflejándose en ellos el espanto.

¿Qué había motivado tal emoción?

Bajo el epigrafe «Catástrofe en el mar» el periódico se ocupaba del naufragio de un vapor que de Cuba conducía pasaje á la Península, naufragio en que habían perecido la tripulación y los pasajeros. ¡En aquel vapor debía venir á España su padre!

Después de algunos minutos Clara pareció volver á la vida.

Miró en torno suyo, la tención de sus músculos fué desapareciendo; una angustia inmensa reemplazó á la expresión de espanto y abundantes lágrimas se escaparon de sus ojos en tanto que los sollozos la ahogaban, y que ella los contenía apretando el pañuelo sobre los labios.

Pasaba el tiempo sin que Clara se diera cuenta.

De pronto la voz de su madre interrumpió el silencio diciendo:

—Clara, ¿no te acuestas?; es muy tarde.

Clara reunió todas las fuerzas que le quedaban y contestó con voz enronquecida:

—Voy mamá.

—Pobre hija mía,—repitió la voz de Luisa—no llores. Verás que día de dicha va á ser el de mañana.

Clara, que se había puesto en pié, se cubrió la cara con las manos y murmuró con desesperación:

—¡Que día de dicha! ¡Pobre padre de mi alma!

Después apagó la luz. En medio de la oscuridad, con paso vacilante, se dirigió á su cuarto y dejándose caer de rodillas exclamó:

—¡Padre, ya no te veré más! y su cabeza, que apretaba con las heladas y temblorosas manos, se apoyó en el borde del lecho.

Las primeras tintas de la aurora empezaron á teñir el horizonte, la oscuridad dejó lentamente su imperio á la luz que iluminó el cuarto de Clara, y ésta permanecía arrodillada, presa de la mas indescriptible angustia.

¿Que ocurriría durante las horas de aquél día en que había creído ver á su padre? ¡Qué dolor tan inmenso iba á sufrir su madre querida?

Estas ideas bullían en su cerebro en medio de su inmenso dolor.

Apareció el primer rayo de sol y el astro del día fué elevándose en el horizonte.

Clara oyó los pasos de su madre.

Se levantó rápidamente, se metió en el lecho y fingió dormir.

Luisa empujó suavemente la puerta, miró y dijo en voz baja.

—Clara.

La joven no contestó.

Creyola dormida y se alejó cuidando de no hacer ruido.

Llegó la hora del almuerzo y Amparo, entrando resueltamente en el dormitorio de su hermana, exclamó:

—El almuerzo en la mesa:

—Mira—dijo Clara con voz apagada— me duele mucho la cabeza y no tengo apetito. Cierra la ventana. Voy á dormir un poco más.

La niña hizo lo que su hermana le decía y se alejó.

Poco después llegó Luisa preguntando con afán:

—¿Qué tienes Clara? ¿Te sientes mal?

—No, mamá, esto no será nada; pasará cuando duerma un poco más. Luisa se inclinó y la besó en la frente diciendo:

—Si no estás bien no me lo ocultes hija mía.

—No tengas cuidado mamá.

Salió Luisa pensativa.

La voz de su hija le parecía extraña.

Se pasó la mano por la frente y murmuró:

—¿Que es esto Dios mío!

El almuerzo fue triste.

Clara oyó unos pasos muy conocidos.

—Federico—murmuró.

Se arrojó del lecho en el que se había entrado vestida, y salió silenciosamente.

Federico subía con lentitud la escalera; su rostro estaba muy pálido.

Vió abrirse una puerta sin ruido y apareció Clara.

El aspecto de la joven hubiese inspirado compasión al más indiferente.

Federico murmuró con profunda pena:

—Lo sabe ya.

Si,—dijo Clara lentamente.

—Pero ¿quien te lo ha dicho?

Clara enseñó á su tío un periódico arrugado.

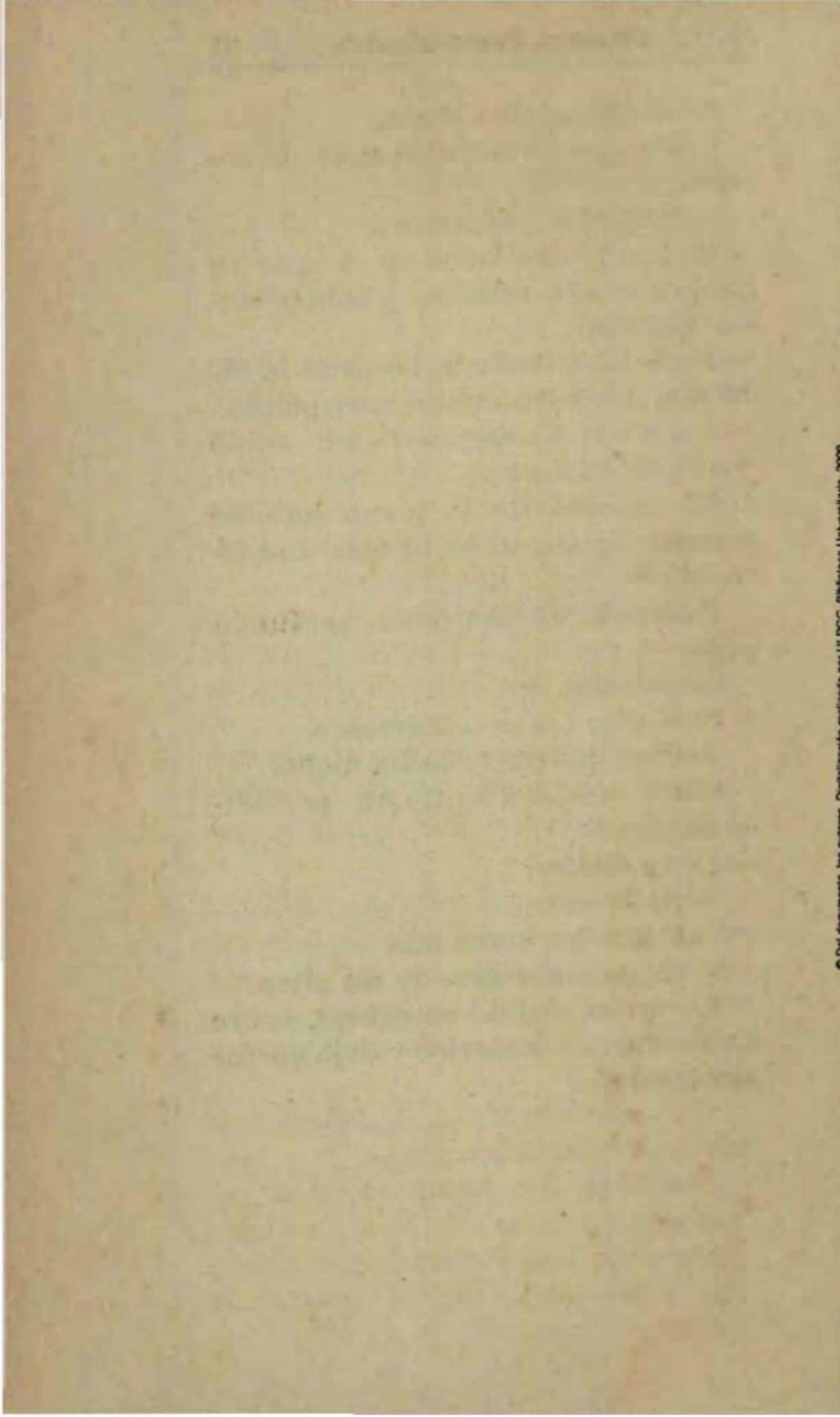
¿Y tu madre?

—Nada sabe.

—Pobre hermana mia.

—Sí, pobre madre de mi alma.

La joven reclinó su cabeza sobre el hombro de Federico y dejó correr sus lágrimas.





II

La terrible noticia fue para Luisa lo que para las plantas la tempestad; agostó aquella existencia todavía fuerte á pesar de sus padecimientos, la dejó anonadada, sin fuerzas, sin poder darse cuenta de toda la extensión de su desgracia.

Cuando trascurridos los primeros días, empezó á hacerse cargo de su situación, se horrorizó ante el porvenir.

La hallamos de nuevo en su dormitorio, convaleciente de la enfermedad que la terrible noticia le había producido.

Sentada junto al lecho, envuelta en un grueso mantón negro, la pobre mujer tiritaba con ese frió, con ese temblor nervioso que se apodera de nosotros cuando nos hiere la desgracia.

Sentado frente á ella Federico la contemplaba con tristeza.

Federico, con bastantes años menos que su hermana, había recibido de ésta caricias y atenciones de madre, y la quería con la mayor ternura.

Después de un largo silencio, Luisa dijo:

—Tengo dos hijas, niñas aun, y me encuentro sin fuerzas, sin esperanza, sin vida. Mis intereses necesitan una persona activa que pueda dirigirlos y dirigir esta casa y ¡ay de mí no tengo fuerzas; el dolor, el cansancio, mi falta de salud, me inutilizan para todo.

—Eso pasará con estos primeros tiempos hermana mía; cuando en tu espíritu renazca la calma, cuando, pasados los primeros arrebatos de dolor, te quede solo esa inmensa tristeza que amarga la vida, pero no impide atender á cuanto nos rodea.

—No Federico. Cuando era dichosa, cuando nada me faltaba, yo tenía un apoyo, una infatigable compañera que allanaba todas las dificultades, en Clara, pues mi carácter débil é irresoluto, y mi estado de salud delicado, me impedían ser para mi familia, para mi casa, lo que deseaba; hoy que esta inmensa desgracia me ha dejado sin las pocas fuerzas que me quedaban, ¡que va á ser de mis pobres niñas, y de mí, cuando Clara se vaya!

Las lágrimas ahogaron la voz de Luisa y la pobre mujer ocultó el rostro entre las manos sollozando amargamente.

Una lágrima rodó por las mejillas de Federico.

Dejóla algunos momentos entregada á su dolor y despues, cogiéndola entre las suyas sus manos, dijo:

—Valor Luisa. La prueba es terrible; pero Dios te dará fuerzas.

—Y Clara no te abandonará— murmuró una voz dulce en tanto que dos brazos rodeaban el cuello de Luisa y un rostro juvenil, en el que se retrataba la mas profunda pena, se acercaba al suyo.

Una exclamación salió de los labios de Luisa.

—No, no, hija de mi alma,— dijo — ese sacrificio no lo consentiré nunca. Sigue el camino que ante tí se abre, sé dichosa que yo... yo... Dios me dará fuerzas.

La vivacidad conque hablaba Luisa contrastaba con su decaimiento anterior.

Pobre madre, quería disimular, aparecer con una confianza que no tenía, para no ser un obstáculo á la dicha de su hija.

Clara se sentó junto á su madre, rodeóla de nuevo con sus brazos, y dijo con voz que quería hacer firme, pero en la que parecía temblaban lágrimas:

—Durante las horas de aquella noche en que un periódico me reveló nuestro inmenso infortunio, pen-

sé mucho en tí madre mía; el dolor que habías de sentir me desgarraba el alma y tomé la firme resolución de no abandonarte.

—No, no, eso sería demasiado. Yo mejoraré de salud y cuidaré de tus hermanas. Ya haz hecho bastante. Es preciso que pienses en tí.

—Sí mamá, me casaré; pero será más adelante, cuando pasen algunos años y sean las niñas mayores.

—Tu matrimonio está decidido y debe realizarse Clara.

—¿Y crees que yo sería dichosa lejos de ti y de mis hermanas en la situación en que estáis? Todo lo he pensado, mi resolución es irrevocable. No es que renuncie á casarme, se trata solo de un aplazamiento. Está tranquila y no aumentes tu pena pensando en mí, te aseguro que todo se arreglará y que lo que hago es lo único que puede hoy darme tranquilidad. No pensemos más en esto. Vamos, unidas, á cuidar de las niñas y de la casa, ¿Me prometes no pensar más en tal cosa?

—Aceptar el sacrificio de tu felicidad me parece un crimen hija mía.

—Pero si no hay tal sacrificio, si se trata solo de aplazar mi casamiento. Quien sabe si será mejor. Casándome ahora, voy á un país tan lejano, en el que se padecen muchas enfermedades, y aplazándolo,

quizá, cuando se realice, Carlos haya conseguido que le destinen aquí de nuevo, y no tengamos que separarnos: todo tiene su lado bueno.

—¿Y Carlos querrá esperar?— preguntó Luisa indecisa.

—Sí, esperará.

—¿Pero tú se lo has dicho?

—Está enterado de mi proyecto.

—¿Y lo aprueba?

—Sí.

Luisa quedó pensativa.

Clara se puso en pié, no podía más, y dando un beso en la frente de su madre, salió siguiéndola Federico.

En un aposento retirado donde su madre no podía oírla, dejóse caer en una silla, cubrióse la cara con las manos, y ahogados sollozos salieron de su garganta.

Una mano cariñosa cogió las suyas.

Clara se estremeció y levantó la cabeza tratando de dar á su rostro una expresión tranquila.

Por un momento creyó que su madre iba á sorprender su dolor; pero no era ella, era Federico que la miraba conmovido.

Contempláronse en silencio algunos momentos, despues Federico dijo á media voz.

—Quiero hablar contigo. Vamos

á la huerta. Allí es seguro que no ha de oírnos tu madre.

Clara se levantó.

Atiavesaron una extensa galería, bajaron la escalera que se hallaba á su término, bajo el verde toldo formado por una enredadera, cruzaron un pequeño jardín y fueron á pasearse á la huerta, bajo las frondosas copas de los árboles que no dejaban penetrar hasta allí los rayos del sol.

Anduvieron algunos momentos en silencio que interrumpió Federico diciendo:

—¿Has pensado bien, hija mia, lo que vas á hacer?

—Lo que hice, tío,—rectificó Clara.

—¡Cómo! ¿Qué has hecho?

—Terminar mis amores con Carlos.

—¡Terminarlos! ¿No decías que se trataba solo de aplazar tu matrimonio.

—Diciéndolo la verdad hubiese aumentado el dolor de mi madre con la idea del sacrificio que me impongo; por amor á élla he mentado.

¡Pero renuncias por completo á la felicidad que te ofrecía el porvenir!

—Renuncio á todas las felicidades menos á la de cumplir mi deber que creo es cuidar y consolar á mi

madre y educar á mis hermanas.

Y cuando eches de menos esa dicha á que renuncias

—Lloraré en la soledad y trataré de aparecer tanquila delante de todos.

—Cuanto vales—murmuró Federico, y prosiguió tras breve pausa. —Si con el tiempo faltara tu madre, se casaran tus hermanas y te encontraras sola.

Clara encogió los hombros y aumentándo la tristeza de su rostro murmuró:

—Sea lo que Dios quiera.

—Piénselo bien.

—Ya lo decidí.....Ahora no quiero pensar más que en mi madre y mis hermanas.

—Y Carlos.

—¡Tío, por Dios, no lo nombres! ¡No ves que si me falta el valor no puedo ir al lado de mi madre!

—Las lágrimas asomaron á los ojos de Clara que las detuvo allí gracias á un poderoso esfuerzo de su voluntad.

Federico la contemplaba y en su semblante se dejaban ver su cariño y su compasión.

Siguió un largo silencio.

Buscaba palabras conque consolar á la joven, y no hallándolas, se limitó á decir con voz ahogada:

—Adios Clara. Te admiro y te quiero, hoy más que ayer.

Estrecháronse en silencio las manos y Federico se alejó en tanto que Clara atravesaba el jardín sin mirar siquiera las flores que con tanto esmero había cuidado.

Subió la escalera y se encaminó á su habitación.

Poco después llegaba junto á su madre con el semblante triste, pero afectando completa tranquilidad.



III

Llegó Federico á su casa situada en la calle de Herradores, y al subir la escalera, un llanto infantil le hizo volver la cabeza y bajar precipitadamente.

Atravesó el patio y levantó del suelo una niña de cuatro á cinco años, que había caído rompiendo en el llanto que oyera.

Era su hija. La contempló con mucho amor, y con profundo pesar, pues el aspecto de la niña con el trajesito mojado y sucio, mezclándose en su carita las lágrimas con la tierra y la sangre que brotaba de la nariz que se había lastimado, y las manos violáceas por haberlas tenido mucho tiempo en el agua, era lamentable.

Federico mojó su pañuelo en un pequeño estanque, limpió la cara de la niña que cesó de llorar al verse atendida con cariño paternal, y cogiéndola de la mano subió llamando:

— Gabriela, Gabriela.

Al repetir por tercera vez este nombre, que era el de su esposa, una

voz, con acento de mal humor, contestó:

—Que.

Guiado por ella Federico llegó á una habitación en la que Gabriela se hallaba rodeada de telas, trajes, y teniendo ante si un sombrero colocado sobre una mesa.

Contaba la esposa de Federico veintiseis años y tenía un rostro agraciado que, en aquel momento, no lo parecía por la expresión de mal humor que hacía contraer las cejas; perder la sonrisa á los labios y la dulzura á los ojos.

—Mira como encontré á María en el patio —dijo Federico.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Esto no es vivir! ¿Pero qué hacías en el patio criatura? ¡El vestido manchado! ¡Un golpe en la cara! ¡No se puede resistir! ¡Y esto es un momento en que estoy de tan buen humor!

—¿Qué te pasa? —preguntó Federico en tanto que la niña, temerosa, no se apartaba de él y apretaba uno de sus brazos.

—Que todo me sale mal. Estoy siempre ocupada de los demás y cuando, por casualidad, me dedico un momento á mis trajes, veo que todo me lo echan á perder. El adorno de luto no conviene con el sombrero, además, esto no está de moda. Traté de cortar unas sola-

pas para el cuerpo y mira tú, claro, como no me he criado aprendiendo para modista, eché á perder la tela. ¡Ahora veremos que hago! Todo por culpa de la costurera.

Gabriela, en tanto que hablaba, agitaba en una mano el sombrero y en la otra dos trozos de tela, solapas inverosímiles que había cortado.

—Cálmate, mujer;—dijo Federico—con desesperarte no has de arreglar nada.

—¿Crees que todos podemos tener tu calma?

—Pues en tanto que no recobres la tuya no podrás decidir lo que más te convenga. ¿Dónde está el niño?

—El niño..... ¡sino han ido á buscarlo á la escuela! ¡Estas criadas!— Gabriela terminó llamando á grandes voces:—Josefa, Josefa.

—Señorita.

—¿Es posible que no has ido á buscar al niño? De todo es preciso que esté yo pendiente. Aquí nadie sabe su obligación. Vé pronto que estará esperando hace más de una hora.

—Yo iré—dijo Federico—y llevaré á la niña para que pasee. Que la pongan un vestido limpio.

—Josefa, viste la niña y lábale la cara para que pueda salir. ¿Y qué hago yo con este cuerpo inútil y sin

tela porque la eché á perder? ¡Que desgraciada soy!

Gabriela volvió á sus trajes y Federico, cogiendo de la mano á la niña que le presentaba la criada, limpia ya, sonriente y vestida con un blanco trajecito, salió de la casa murmurando:

—Clara, que no tiene hijos, es más madre que Gabriela,—y terminó su pensamiento con un suspiro.



IV

En una calurosa tarde de estío, Luisa, Federico y las niñas se hallaban en la huerta.

Los dos hermanos hablaban sentados en un rústico banco, y las niñas corrían y jugaban.

Clara, entre tanto, en un pequeño gabinete, sentada junto á una mesa apoyaba en el mueble un codo descansando en la mano la fatigada cabeza.

Su mirada triste se fijaba, quizá sin verla, en la labor que ante si tenía, y de sus ojos caían las lágrimas gota á gota.

Sacóla de su abstracción ruido de pasos y volvió la cabeza á tiempo que en la puerta apareció una joven vestida de luto.

—Magdalena.

—Clara.

Abrazáronse permaneciendo algunos momentos estrechamente unidas.

Despues se contemplaron en silencio, Clara dejáudo correr sus lágrimas, Magdalena muy pálida, con la respiración agitada y los ojos secos.

Esta fue la primera que rompió el silencio diciendo:

—Llora, Clara, llora, que las lágrimas alivian.

—Lágrimas sí; pero que amargas son Magdalena; ellas desahogan el pecho, pero no pueden aliviar las penas.

—Pobre Clara. En medio de mi tristeza tenía un momento de gusto cuando pensaba en tu felicidad, y ahora, desgraciada tú también...

—Si Magdalena, muy desgraciada: perder á mi padre, ver á mi madre enferma sin esperanza de que recobre la salud, y tener que renunciar á la felicidad que esperaba... es demasiado ¿no es verdad que es demasiado?

—Sí, es demasiado y eso me ha traído hoy á la Laguna, pues al leer tu carta me pareció que, llavada del cariño de hija y de hermana, vas demasiado lejos al decidir de tu porvenir sin tomarte tiempo para reflexionar.

—Era inútil.—dijo Clara moviendo la cabeza—tengo la seguridad de no variar en mi modo de pensar aunque meditase durante mucho tiempo. La extensión de lo que hice lo conozco perfectamente, pero no me arrepiento ni me arrepentiré.

—Podías haber dicho á Carlos que esperase algún tiempo...

—¡Engañarlo! ¿para qué? No he de abandonar á mi madre ni á mis hermanas que son muy niñas; cuando ellas sean mujeres yo seré una vieja.

—De manera que á los ventitres años renuncias á todo.

—Me quedará lo mismo que á ti. ¿Por quién buscas fuerzas para no dejarte llevar por la pena? ¿por quien quieres vivir?

—Por mi hija.

—Pues como á hijas querré yo á mis hermanas, además, tengo á mi madre, bien vale esto renunciar á otra dicha y contentarme con labrar la suya como haces tú con tu hija.

—Es distinto. Yo, después de perder al hombre á quien tanto quería y con el que fuí tan dichosa, no tengo en el mundo más que á mi hija y por élla y para élla vivo. Tú, al perder á tu padre, tienes un porvenir casándote, formando una nueva familia.

—Dime Magdalena: Tu querías con toda el alma á Felipe, y sufriste mucho cuando reñiste con él.

—Es verdad. Después me casé y fuí muy feliz.

—Pero perdiste á tu marido hace dos años. Llegó ahora Felipe y su cariño por tí creo que es mayor que

antes; no ha perdido sus buenas cualidades; ocupa una posición brillante; ¿por qué no has querido casarte con él?

—Porque para mí ya no hay en el mundo mas que el amor á mi hija, su felicidad.

—Pues lo mismo que tu has renunciado á casarte con un hombre á quien tanto quisiste, y á ocupar una posición brillante, por amor á tu hija; yo renuncio al matrimonio que esperaba me haría dichosa, por amor á mi madre y á mis hermanas, y por deber. Tú podías casarte y seguir velando por Alicia; yo, si me casaba, tenía que separarme de ellas, que abandonarlas; no era posible dudar, demasiado lo comprendes, y hubieras hecho lo mismo.

Magdalena no supo que contestar, la voz secreta de su corazón repetía lo que Clara acababa de decir.

Quedaron silenciosas algunos momentos.

Después, Clara preguntó:

—¿Y la niña?

—Con tus hermanos en la huerta.

—Allí está también mi madre.

—¿Cómo ha seguido de salud?

—Esta tarde se siente más aliviada y bajó un rato con Federico que siempre la acompaña y la consuela.

Cuando pase algún tiempo recobrará la salud.

—No tengo esperanza. El médico me lo ha dicho con mucha claridad. Puede vivir rodeada de cuidados, pero siempre delicada. El nacimiento de las niñas la hizo recobrar en parte, la salud y la alegría que había perdido cuando murieron mis hermanos; pero este golpe tan terrible... tan inesperado..... ¡Pobre padre mío!

De nuevo corrieron las lágrimas de Clara que las enjugó al oír que las niñas se acercaban.

Momentos después entraron en tropel tres lindas criaturas; las hermanas de Clara y la hija de Magdalena que era una preciosa niña de cinco años, con una carita blanca y sonrosado que iluminaban hermosos ojos garzos y rodeaban elásticos rizos de rubios cabellos.

Corrían yendo á chocar con las dos amigas como choca la nave que marcha impulsada por las olas cuando la tierra la detiene en su carrera, y apoyándose en sus rodillas levantaron hácia ellas las caritas con las mejillas rojas, las frentes sudorosas, y las rosadas bocas riendo sin saber por qué, con esa hermosa risa de la infancia que brota alegre y bulliciosa como el agua de las fuentes.

Rodearon con sus brazos Clara y Magdalena el grupo encantador, y cubrieron de besos aquellos rostros infantiles.

—¿Y mamá?—preguntó Clara.

—Viene con tío Federico—contestó la mayor de las niñas.—Nosotras echamos á correr para ver quien llegaba primero, y me parece que fuí yo.

—Tú no, he sido yo la primera.

—Yo, yo fuí.

—¿Quién llega primero donde está mamá?

—Yo.

—Yo.

—A la nna, á las dos..... á.... las tres.

Partieron las pequeñas como un torbellino arrastrando á su paso una silla que cayó al suelo con estrépito.

Magdalena y Clara, á pesar de sus penas, de sus amarguras, sonrieron mirando hacia la puerta por donde habían desaparecido las niñas.

Estas corrían desatentadas.

Federico, que subía la escalera, extendió los brazos para librar del choque á su hermana, y en ellos cayeron jadeantes y riendo á carcajadas.


V


Después de la conversación de Clara y Magdalena poco tenemos que añadir para presentar al lector esta última.

Viuda, joven, bella, y con muy escasos medios de subsistencia, vivía dedicada completamente á su hija, y por amor á ella no aceptó un segundo matrimonio que le hubiese proporcionado amor y riqueza.

Clara era desde la infancia su amiga inseparable.

Niñas, jugaban juntas; adolescentes, se confiaban muy bajito sus ilusiones, sus esperanzas; mujeres, heridas por la desgracia, compartían sus penas.

Bajemos, lector, la empinada cuesta que de Santa Cruz nos separa y vamos á buscarla en su casa dos días después de la escena que acabamos de referir.

Magdalena, sentada junto á un velador, bordaba y contaba un cuento á su hija, que escuchaba con gran atención.

Las desgracias de los pequeños protagonistas del cuento hacían

que se humedecieran los ojos de la niña, pero pronto, ante el premio concedido por Dios á la virtud, sonreía y batía palmas, llena de alegría.

Terminado el cuento, Magdalena, después de mirar la esfera de un reloj colocado sobre antigua cómoda, dijo á su hija:

— A la cama, queridita.

— ¡Ya!

— Sí, Es mas tarde que de costumbre.

— Que bonito cuento mamá. ¿Cuál vas á contarme mañana?

— Veremos.

— Uno con una niña muy buena y otra mala; pero que se haga buena sin que le suceda nada; ya sabes: que no le suceda nada malo.

— Procuraré que salga á medida de tu deseo.

— Oye mamá, ¿Cuándo me das la muñeca grande?

— Pronto.

— Que ganas tengo. Todas las niñas tienen muñecas grandes con caras bonitas. Cuando yo la tenga la visto y la arrullo, ¿verdad que la arrullo?

— Sí.

— Y no la rompo. ¿Tú no me la das porque crees que la rompo?

— No, no es por eso.

— Pues ¿por qué?

Magdalena vaciló. Sus escasos re-

cursos no le habían permitido satisfacer el deseo de su hija, prometíase hacerlo aunque para ello se privara de algo necesario, y pensándolo así contestó:

—Porque no he visto una como yo la quiero; pero te la compraré pronto, mi niña querida.

—Que buena eres, mamita. Toma un beso, dos, tres. Durante el diálogo, las dos habían entrado en el dormitorio, y Magdalena preparaba la cama de la niña, colocada junto á la suya, y arreglaba las pequeñas almohadas.

Al ponerse su hija en las puntas de los pies diciendo «toma un beso» la cogió en sus brazos y pagó aquellos besos con otros ardientes, prolongados, besos de inmenso amor, besos de madre.

Ya acostada la niña hizo resar una oración y siguiendo la costumbre adquirida, cogió aquellas pequeñas manos con una de las suyas, apoyóse en los hierros de la cama, prosiguió á media voz el diálogo interrumpido, y sonriendo las dos, hablando en voz mas baja cada vez, el sueño fue venciendo á la niña, que se quedó profundamente dormida.

Contemplando el rostro dulce y sonriente de su madre, se dormía Alicia y casi siempre, al despertar, veíala á su lado dispuesta á abrir

los brazos para se echara en ellos.

Magdalena contempló á su hija durante algunos momentos, despues se puso en pié y salió de puntillas, deteniéndose junto á la silla donde antes estaba sentada, desde la que se veía la cama de la niña.

Pasóse las manos por la frente, echó hacia atras sus cabellos y quedó inmóvil.

La expresión de su rostro había cambiado: ya no sonreía, su mirada era profundamente triste, la contracción de sus labios revelaba lo amargo de sus pensamientos.

Durante el día la madre dedicaba el tiempo á su hija: despues de cuidar de su persona y de darle una corta lección, jugaba con ella, le contaba cuentos, en tanto que bordaba con suma ligereza, y la presentaba su rostro siempre sonriente para que no se entristeciera. Pero cuando la niña dormía, se entregaba á sus meditaciones; luchaba con las dificultades que la presentaba la vida, son sus dolorosos recuerdos.

Magdalena poseía unas tierrecillas que había heredado de sus padres, cuyos escasos rendimientos casi no bastaban para cubrir las primeras necesidades, y á ellos unía el fruto de su trabajo. Cuando vendía su bordado y veía en sus manos el

exiguo importe, pensaba satisfecha que aquello serviría para proporcionar bienestar á su hija.

Su marido había sido empleado del Gobierno. La política le proporcionó buenos destinos, cuyos sueldos les permitían vivir con desahogo; pero cuando él faltó llegó la escasez.

En la noche á que nos referimos tenía una preocupación, pueril para un indiferente, pero que comprendería una madre: Alicia deseaba una muñeca, una muñeca grande y que no tuviera la cabeza de tela.

¿Cómo complacer á la niña?

Magdalena sacó de una antigua cómoda un cofrecito, lo puso sobre el velador, abriolo y tomó de su interior algunas monedas de plata.

Después de contarlas cogió un lápiz, hizo una lista de gastos y sumó; acertó algunas partidas y sumó de nuevo; al ver el resultado exclamó con desaliento arrojando las monedas en el cofrecillo: ¡imposible!

Permaneció algunos momentos con la cabeza inclinada sobre el pecho; después, con aire resuelto, guardó el cofrecillo, sentóse junto al velador, cogió un bordado y mirando la cama en que dormía la niña se dijo: haré cuanto pueda para que la tenga.

El bordado era sencillo y no requería gran detenimiento.

Manejaba la aguja con pasmosa celeridad, deteníase de cuando en cuando, cubríase un momento con las manos los cansados ojos, y volvía con afán á su trabajo.

Las primeras tintas de la mañana comenzaron á iluminar los cristales; asomó el primer rayo de sol; Magdalena apagó la luz, se acercó á la ventana, y continuó su labor con el mismo afán.

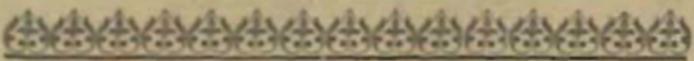
Las siete acababan de dar cuando se dejó oír la voz de Alicia que llamaba:

—Mamá.

Magdalena se levantó, fijó una mirada en el cielo y murmuró:

—Alicia tendrá su muñeca.

El bordado estaba casi terminado.



VI

Clara seguía desempeñando en su casa el papel de la Providencia.

Rodeaba á su madre de tan asiduos cuidados, que nada, absolutamente nada de lo que podía proporcionarla comodidad ó alivio á sus dolencias, echaba de menos. No atendía solo al cuerpo sino también al espíritu: leyendo en voz alta, jugando con élla al tute ó á las damas, sacándola á paseo apoyada en su brazo para que se distrajera.

Para las niñas tenía todos los cuidados que por falta de salud no las prodigaba su madre, que solo podía quererlas mucho.

Educábalas, preparándolas para ser perfectas señoritas y buenas amas de casa; ayudaba á su instrucción enseñándoles lo que ella sabía, y con sus consejos inculcaba en aquellos tiernos corazones, firmes principios de virtud.

Llevaba cuentas y las tomaba muy detalladas á criados y arrendatarios.

Sin que escaseara lo necesario para una vida cómoda y desahoga-

da, evitaba todo despilfarro, y la modesta fortuna crecía en aquellas manos al parecer débiles é inexper-tas.

Cuando llegaba la noche, á la hora en que Magdalena, cerca de la cama en que descansaba su hija, trabajaba para proporcionar á la niña el juguete deseado ó el traje que la haría sonreír satisfecha, Clara se entregaba á sus dolorosos recuerdos; lloraba su perdida ventura, contemplaba el retrato de Carlos, su primero y último amor, se complacía, digámoslo así, en ahondar más y más la incurable herida de su corazón, trayendo á la memoria todas sus esperanzas de otro tiempo.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y muchas veces el cansancio y el sueño la vencían y se dormía con la cara humedecida por el llanto.

El tiempo hizo entrar en un periodo de calma aquel gran dolor. Las lágrimas fueron menos frecuentes, la tristeza quizá mas profunda.

Carlos, resentido por lo que llamaba desamor de Clara, convencido de que no conseguiría hacerla cambiar de propósito, y queriendo ahogar su pena, no tardó en unirse á otra mujer.

Clara recibió la noticia sin pestañear.

Cuando salió la officiosa amiga que se la había dado, sostuvo, con exterior tranquilo, una larga conversación con su madre.

Lamentábase la pobre mujer de que su hija hubiese renunciado á la felicidad que la aguardaba, y se esforzaba Clara en convencerla de que era dichosa y nada echaba de menos.

Luisa no quedó convencida, pero si creyó que á su hija no le había hecho efecto la noticia: ¡estaba tan tranquila!

Los inanimados objetos que decoraban la habitación de Clara, fueron mudos testigos de aquella noche de dolor.

Voluntariamente renunció á toda esperanza de dicha; no se arrepentía: á ser posible lo hubiera hecho otra vez. Pero al saber que se había unido á otra mujer el hombre á quien tanto había querido, á quien tanto quería aún, sintió inmenso pesar.

Guardó en una cajita de oloroso sándalo el retrato de Carlos, algunas flores secas y una sortija con la fecha en que habían empezado sus amores, y cerrando la caja, atada en que sepultaba aquellas queridas reliquias, la guardó en un cajón de la cómoda que se hallaba en su dor-

mitorio, prometiéndose quemarlas algún día.

Su vida siguió triste, uniforme, pero tranquila. Cuando su madre la dirigía una mirada de agradecimiento, ó sus hermanos le echaban los brazos al cuello besándola con cariño, se creía recompensada por sus sacrificios.

Era de esos seres que, olvidándose de si mismos, viven para los demás, gozan con la ajena alegría, y no anhelan otro galardón que ver dichosos á cuantos les rodean.

Clara y su familia pasaban la estación de invierno en Santa Cruz. Entonces Clara veía con frecuencia á Magdalena, y es indecible la satisfacción de las dos amigas cuando se confiaban las ideas, las esperanzas, las ilusiones formadas respecto á los seres por ellas tan queridos.

Sus entrevistas eran frecuentes, pero breves: creían que su tiempo no les pertenecía, que era de aquellas cuya dicha querían labrar.

Solo cuando Magdalena y Alicia pasaban un día festivo con Clara y su familia, y en tanto que las niñas jugaban y Luisa se distraía contemplándolas, eran largas, muy largas, las conversaciones de las dos amigas.

Hablaban del pasado con toda su

belleza y todos sus dolores, los queridos recuerdos de la infancia, las dulces impresiones de la adolescencia, la dicha que había cruzado en su camino como cruza ante nuestros ojos una estrella fugitiva; después... el dolor, los días de prueba, aquellos seres queridos por cuya dicha ningún sacrificio les hubiese parecido demasiado grande.

Cuando volvía Clara á La Laguna se escribían con frecuencia.

Leamos dos cartas que nos darán idea de aquella correspondencia.

De Clara á Magdalena

“Mucho tiempo hace que no te escribo, mi querida Magdalena, por que mamá sufrió una indisposición que me hizo pasar días muy malos. Pobre madre mía, que delicada es su salud desde que perdimos á mi padre querido, cualquier cosa aumenta sus padecimientos y me llena de temor. Dice el médico que es conveniente que pasée, pero á ella no le gusta dejar el sillón en que se encuentra bien y que yo mudo de sitio cada pocas horas colocándolo donde esté más distraída y no la molesten ni el sol ni el aire.”

“Ayer conseguí que paseara un rato por el camino de San Diego y me parece que le hizo bien. El día estaba hermosísimo y el piso muy seco. Mamá y yo nos sentamos en el poyo que hay á la entrada de una finca, bajo un árbol muy grande, y las niñas, con Federico, siguieron hasta la Iglesia.”

“Me gusta mucho que pasée mi madre, no solo por lo que dice el médico sino porque en el campo se siente algo que no sé si podré explicártelo: es así como si se ensanchara todo, las penas se convirtieran en melancolía, y se tuviera la intuición de una vida mas grata que esta. Creo que estoy disparatando y no sigo.”

“Las niñas han crecido mucho; vas á encontrarlas muy distintas. Adelantan bastante en sus lecciones: Juanita está traduciendo, con facilidad, un librito del francés, y Amparo toca en el piano una sonata preciosa y muchos trocitos de zarzuelas. Mamá goza oyéndola, y dejo que me sustituya en el piano, pues toca música más moderna y con más gusto que yo.”

“Pronto nos tendrás ahí. Que gana tengo de verte, Magdalena querida.”

“Escríbeme y hablame mucho de Alicia.”

“ Dale un beso, y toma tú un abra-
zo de

„ Clara. “

“ Laguna Noviembre 30 de 1884. “

De Magdalena à Clara

“ Mi querida Clara: Con cuanto
„ gusto recibí tu carta del 30 de No-
„ viembre; tu silencio me disgustaba
„ mucho; ahora me lo explico sa-
„ biendo que ha estado indispueta
„ tu mamá, pues en esos días, dema-
„ siado lo comprendo, solo de ella te
„ ocuparías. “

“ Te escribo rodeada de unos ob-
„ jetos que no imaginas: musgo, pa-
„ peles pintados, muñecos de trapo,
„ en construcción..... Se acerca la
„ Pascua; Alicia se desconsoló mu-
„ cho el año pasado por no tener un
„ nacimiento; trato de darle una sor-
„ presa y, cuando se duerme, dedico
„ un rato á pintar casitas en trozos
„ de cartón, vestir pastores, y prepara-
„ rar todo para el nacimiento. Figú-
„ rate lo que de esto podrá salir; pe-
„ ro, aunque no salga nada, mi hijita
„ gozará mucho poseyéndolo. “

“ Pienso lo mismo que tú de los
„ paseos; con mucha frecuencia los
„ doy con Alicia, y cuando no puedo
„ llevarla por el campo, vamos á la

„plaza del Príncipe, para que la pobre respire fuera de nuestra reducida casa.“

„Quisiera tener para Alicia un jardín muy grande; verla sentada á la sombra de los árboles, cogiendo flores: esto gusta mucho á los niños, y yo creo que hace buenos á los malos, y mejores á los buenos.“

„Hace algunos días fuimos á pasear por la Costa. Ya sabes que allí tiene Alicia una tierra erial que compró el pobre Pedro con intención de hacer en ella trabajos que no pudo empezar siquiera; llegamos allí, nos sentamos en una pared, y yo empecé á mirar con tristeza aquella finca, comparándola con otras cercanas, tan hermosas y productivas, y que, hace algunos años, estaban como ella. Hice entonces lo que la lechera de la fábula: pensé si yo pudiese trabajar una pequeña parte, invertir lo que produjera en la misma finca, y así ir la trabajando toda. En mi ilusión marcaba los sitios en que irían las paredes, me parecía ver los árboles recién plantados, la tierra oscura, removida, prometiendo abundantes cosechas, y una casita pequeña, rodeada de flores, donde mi niña pasaría días deliciosos. Esto, mi querida Clara, es soñar despierta.“

“También Alicia hace algunos
adelantos en sus estudios; como sa-
bes, hasta ahora, solo aprende lo
que yo puedo enseñarle, que, por
desgracia, es poco. Cuanto siento
no poseer una instrucción que me
permitiera enseñar mucho á mi
hija.”

“Da á tu mamá mis cariñosos re-
cuerdos.”

“Dí á las niñas que Alicia les en-
vía un beso y desea mucho bajéis
pronto; yo también lo deseo para
darte un abrazo.”

Magdalena.

“Sta. Cruz. Diciembre 15, 1884.”

Sucedíanse las estaciones y los años se deslizaban sin notables cambios para aquellas dos familias que cruzaban en la vida sendas fáciles al parecer, sembradas, en realidad, de espigas que apartaban Magdalena y Clara, causándose muchas veces dolorosas heridas.

Magdalena quería que su hija fuera, por lo menos, medianamente instruída y para costear esa instrucción, para que no careciera de lo necesario, para que no se enterara de sus preocupaciones y disgustos, hacía muchos sacrificios, ocultaba muchos dolores.

Clara seguía compartiendo el tiempo entre su madre y sus hermanas, que ya eran dos lindas jóvenes.

Luisa estaba tan acostumbrada á los cuidados de aquella dulce y paciente Clara, que cuando trataban de sustituirla Amparo ó Juanita, con el atolondramiento propio de los pocos años, la pobre señora no tardaba en llamarla con angustia.

Amparo era juiciosa y reflexiva, Juanita ligera y caprichosa. Cuando aparecían aquellos defectos que su buena educación velaba, causaban á Clara disgustos serios, pero pasajeros, pues se tranquilizaba pensando que Juanita tenía muy pocos años, que su corazón era bueno, y la edad, y la reflexión la corregirían.

A sus defectos unía Juanita la coquetería. Era bonita, y contemplando en el espejo su moreno rostro, sus brillantes ojos, sus labios sonrientes, soñaba en ser amada, admirada y envidiada; cosas bien distintas que en extraña amalgama confundía en su imaginación.

El primer estudiante que pasó repetidas veces por su casa, dirigiéndole miradas incendiarias, volviendo la cabeza, y deteniéndose en la esquina más próxima, creyó Juanita era un hombre enamorado, quizá hasta el punto de suicidarse, si no le correspondía, y trató, compasiva,

de evitar aquella desgracia. Clara, con sus consejos, quizo apartar á su hermana de lo que juzgaba poco conveniente para ella, y de la facilidad conque se olvidan los bienes recibidos, las deudas de gratitud, puede darnos idea la conversación que Juanita y Amparo sostenían sentadas junto á una ventana, y teniendo ante sí la calle, en cuya esquina más próxima se hallaba un grupo de jóvenes.

—Nosotras—decía Juanita—nos divertimos menos que todas nuestras amigas, tú tienes dieciocho años, yo voy á cumplir dieciseis, y aun no hemos ido á un baile, gracias que vamos algunas veces al teatro y á los paseos.

—Algunas, nó; muchas—interrumpió Amparo.

—Bueno, serán muchas, como quieras. Pero no me negarás que vamos porque nos llevan Gabriela y Federico; Clara no se preocupa por nuestras diversiones creyendo que no es necesario distraerse un poco para no morir de aburrimiento.

—Como dices eso cuando hace todo lo que puede para que estemos contentas.

—Sí: paseos higiénicos, y yo estoy ya tan cansada de los tales paseos..... Ella vive así muy bien porque tiene ese genio tan raro, y

se figura que nosotras hemos de vivir lo mismo y no hemos de tener un novio..... demasiado comprendo que no le gustan mis amores con Pepe. Ella no se casó, pues todas debemos quedarnos para vestir santos. Y yo sé que tuvo un novio; probablemente la dejaba consado de sus ridiculeces.

—No, Juanita, lo dejó ella por no separarse de nosotras.

—Pues hija hasta en un libro sagrado dicen: «la mujer dejará á su padre y á su madre para seguir á su marido.» Si olvidó el precepto hizo muy mal.

—¿Y qué hubiera sido de nosotras sin sus cuidados?

—No nos hubiéramos muerto por eso; teníamos á mamá.

—Mamá, enferma, necesitando tantos cuidados como nosotras.

—También teníamos tíos.

—Gabriela, por ejemplo.

—No, Amparo, no me refiero á Gabriela, pero sí á Federico que es tan bueno.

—Si te parece tan bueno, recuerda lo que muchas veces nos ha dicho hablando del cariño y agradecimiento que debemos sentir por Clara.

Juanita, confusa, guardó silencio.

—Mira— prosiguió Amparo—es preciso que estés loca con ese novio que tienes, para que hables así de

Clara, tan buena, tan cariñosa, que puede decirse vive solo para nosotras.

— Si yo no digo que sea mala; pero ¿que importa que yo tenga novio como lo tiene Mercedes?; ya ves, su madre no se opone.

— Pues haría bien en aconsejarla. A Pepita le contó su hermano lo mucho que se habían reído él y otros amigos, oyendo á Antonio leer las cartas de Mercedes y contar las tonterías que le dice.

Juanita se quedó de nuevo pensativa. Amparo prosiguió:

— Yo creo que cuando á alguna de nosotras nos haga el amor un muchacho que nos convenga, Clara se alegrará mucho.

Juanita hizo un mohín diciendo:

— A ti quizá, pero á mi..... ya hace tiempo que he notado lo mucho que te prefiere.

— ¡Parece mentira que seas tan ingrata—exclamó Amparo con cólera.--Clara nos quiere y nos atiende lo mismo á las dos.

— Bueno. No te enfades. El tiempo lo dirá. Yo de nada me quejo.

Tras del estudiante vino un alferes de infantería, y más tarde un jovencito escéptico que se esforzaba para destruir sus buenas cualidades.

A cada uno de éstos lo colocaba Juanita, en sus palabras y en su

imaginación, si no en su corazón,
antes que aquella hermana tan dig-
na de ser querida y venerada.



VI

Al levantarse una mañana Magdalena y dirigirse á la cama de Alicia para recibir su primera mirada y su primera sonrisa, la joven dijo que le dolía mucho la cabeza.

Tocó la frente de su hija y halló en ella el calor de la fiebre.

Alarmada Magdalena hizo avisar á un médico, que se presentó poco después.

El pronóstico no tranquilizó á la madre, y el diagnóstico, que escuchó de labios del médico tres días después, la causó inmenso dolor.

La vida de Alicia estaba en peligro.

Si entre los lectores de este libro hay alguna madre, ella comprenderá la angustia de Magdalena. Todos sus penas, todos sus sacrificios, parecíanle dulcísimos goces.

Desde aquel momento no se separó del lecho de su hija.

Dábale las medicinas con exactitud matemática; adivinaba la almohada que debía mover para que estuviese más cómoda, el pliegue de las ropas del lecho que podía moles-

tarla, y por un esfuerzo de su voluntad, cuando Alicia abría los ojos y la miraba, hallábala tan tranquila, que dejaba caer los pesados párpados sin temor por la gravedad de su dolencia: ¡cuando su madre estaba tan serena no podía ella correr peligro!

La vida quería escaparse de aquel cuerpo joven y hermoso, que ayudado por la ciencia se esforzaba para retenerla.

Larga y penosa fué la lucha; pero aún en los días de más peligro, Alicia no vió borrarse la sonrisa de los labios de su madre, la serenidad de sus ojos.

Sonreían los labios y destrozaba el dolor el corazón. Estaban serenos los ojos y había momentos en que los adornos de hierro de la cama se doblegaban bajo la presión de sus crispados dedos.

No dormía, apenas se alimentaba, no aprovechaba un momento en que su hija no pudiese verla para llorar; la tensión de sus nervios era tal, que la sostenía sin que necesitara nada, ni nada echara de menos.

No pronunciaba una palabra, no formulaba una oración; pero del fondo de su alma subía á Dios una plegaria muda que encerraba tanto amor, tanto dolor, que el rayo de

sol que se posaba sobre la humilde casa, debía llevarla á las regiones infinitas y depositarla ante el Sér Supremo.

Seis semanas hacía que Alicia estaba enferma cuando el médico, estrechando la mano de Magdalena, murmuró á su oído:

— Está salvada.

Y la madre que había dado tales pruebas de fortaleza, solo tuvo fuerzas para llegar á una habitación donde su hija no la oyese, y cayendo en una silla, presa de nervioso temblor y sin poder articular una palabra, salió de sus ojos un torrente de lágrimas. Rendía tributo á la debilidad humana, volvía á ser mujer, durante aquel tiempo, solo había sido madre.

Alicia fue recobrando las fuerzas muy lentamente. Se levantaba para sentarse en un sillón ayudada por su madre; después, ya podía dar algunos pasos apoyada en su brazo; luego daba una vuelta por la habitación, y dos semanas más tarde, apoyada siempre en el brazo de su madre, dió un corto paseo.

Pero pasaban los días, las semanas, y las mejillas de Alicia seguían pálidas, y pálidos sus labios que hacían un esfuerzo para sonreír.

El cuerpo de finos contornos no recobraba su redondez, y los paseos,

aunque muy cortos, la producían gran cansancio.

Magdalena consultó al médico que francamente la dijo que Alicia necesitaba salir de Santa Cruz á pasar el verano, y aún el otoño, haciendo verdadera vida de campo, al aire libre; paseando lo que sus fuerzas le permitieran; con una alimentación sana y nutritiva, y sin que cosa alguna la preocupara ni entristeciera. Así recobraría la salud y se robustecería. Pasando en Santa Cruz el verano, inapetente, anémica, en el delicado estado en que había quedado su organismo, podía convertirse en afección grave lo que entonces era solo una amenaza.

Cuando el médico salió, Magdalena elevó al cielo los ojos con expresión indefinible, y dejó luego caer la cabeza entre sus manos quedando largo rato en aquella actitud.

Sacóla de su abstracción la voz de la criada que decía:

— Señorita.

Miró Magdalena á la sirvienta que deteniéndose delante de ella, dijo con el desparpajo que suelen adoptar algunas criadas cuando comprenden que sus amos se hallan en situación difícil:

— No quieren fiar más en la venta, dicen que mejor que mandar á comprar, sería que mandara usted á

pagar la cuenta, y enseñaba á Magdalena el cesto vacío que tenía en la mano.

Magdalena enrojeció é hizo un signo á la criada para que se alejara.

Dió ésta algunos pasos, pero volvió atrás preguntando:

—¿No se enciende fuego?

—Ya avisaré á usted.

La muchacha giró sobre sus talones refunfuñando, y salió cerrando con estrépito la puerta.

Cuando Magdalena se quedó sola, cruzó las manos y elevando al cielo los ojos exclamó;

—¡Dios mío, Dios mío! Ten piedad de mi hija.

Se puso en pié pasándose las manos por la frente con un movimiento nervioso, y mirando en derredor como si no supiera á donde dirigirse, despues se detuvo y serenóse merced á un poderoso esfuerzo. Echó sobre su cabeza una mantilla y se dirigió á la sala donde se encontraba su hija, deteniéndose antes, frente á un espejo, para asegurarse de que se habían borrado las huellas del dolor.

Alegre, riante, era el aspecto de la salita donde se hallaba Alicia. Los sencillos muebles, las blancas cortinas, el ramillete de flores que Magdalena enviaba á buscar á casa de Clara para que Alicia recreara la

vista y aspirara su perfume, el rayo de sol que penetraba por la entreabierta ventana, todo era suave, encantador, y llevaba al alma inefable bienestar.

Alicia, sentada en una butaca junto á la ovalada mesa y muy cerca de una ventana; ojeaba algunos periódicos de modas que Clara la había enviado para que se distrajera.

Al ver entrar á su madre llevando puesta la mantilla, se levantó sonriendo, y colocando las manos sobre sus hombros, dijo en tono de broma:

— Por lo visto, señora, trata usted de dejarme sola.

— Así es, señorita, — replicó en el mismo tono Magdalena. — Voy á dar un paseo por ahí.

— Y su hija ¿qué piensa usted hacer de ella?

— Dejarla mirando los figurines de la «Moda Elegante», y leyendo la interesante novela que publica en la actualidad.

— Dime madrecita mía, — exclamó Alicia con mimo, besándola en la frente — ¿tardará mucho?

— No querida. Si necesitas algo llama á Pepa.

Al colocar Alicia las manos en los hombros de su madre, las holgadas mangas de su bata habían caído de-

jándo al descubierto sus delgados brazos.

Magdalena sintió oprimirse su corazón al ver aquel blanco cutis tras del que se trasparentaban las venas azules, y se adivinaban los huesos; pero no dejó ver en su rostro lo que sentía.

Salió de su casa con paso ligero y entró en otra de modesta apariencia, en la que solo se detuvo algunos minutos, saliendo más pálida y abatida.

Después de un momento de indecisión echó á andar, atravesó varias calles y se detuvo ante una tienda de comestibles.

Dudó un momento, luego entró con ademán resuelto.

—¿Qué desea usted?—preguntó una mujer que se hallaba tras el mostrador.

—Quería hablar con usted, pero... no aquí.

El acento de Magdalena, su rostro que dejaba ver cuanto sufría, lejos de inspirar mayor respeto á la mujer, hicieron que perdiera la amabilidad con que había hablado, al decir, abriendo la puertecilla del mostrador:

—Pase *usté*.

Pasó Magdalena, y siguiéndola á la mujer atravesó la tienda y entró en una habitación en que la luz y el

aire penetraban con dificultad por una pequeña ventana desde la que se descubría un patio cercado por elevadas paredes, con el piso cubierto de agua fangosa é inmundicias.

En la habitación se veían: una cama antigua de madera, algunas sillas, dos mesas y un viejo arcón.

Todo con deplorable aspecto por la falta de limpieza.

Colgados de las paredes, algunos cuadros con estampas; sobre la mesa, una palmatoria de metal cubierta de manchas, dos floreros y algunos juguetes, todo en el mismo estado de liempieza que los muebles.

El olor á pescado frito era insoportable.

Una vez allí la mujer se detuvo y esperó á que Magdalena hablara sin ofrecerle una silla.

Había comprendido que aquella señora de aspecto distinguido se hallaba en algun apuro: la necesitaba, por consiguiente no debía guardarle consideración.

Magdalena dijo en tanto que sacaba del bolsillo un pequeño estuche.

—Me han dicho que aquí empeñan alhajas.

—Si señora; cuando tenemos cuartos prestamos si dan algo en prenda; pero esto no deja nada. Yo hace más de un mes que sólo he toma-

do unos *sarsillos* y eso más por *cari-dá* que por la ganancia que me dejan.

Magdalena se puso roja de vergüenza y presentó á la mujer el estuche abierto sobre cuyo forro de terciopelo azul brillaba una sortija de más mérito artístico que valor.

Sacóla la mujer del estuche y dándola vueltas entre sus gruesas manos, dijo:

—Y esto ¿que valdrá?

—Costó ocho duros.

—Pero no tiene más que el trabajo; no pesa nada. Llévesela al *prendista* que se la vendió y verá como no le ofrece ni medio duro.

Siguió un instante de silencio, despues prosiguió:

—Lo más que se podrá dar son cuatro pesetas, y eso después de *examinarla*, y ver si es oro bueno.

—Cuatro pesetas es muy poco,—murmuró Magdalena con voz ahogada—por lo menos cinco.... ¿Pero quién puede examinarla? ¡Tengo tanta prisa!

En su imaginación veía la cosina sin lumbre y á su hija pálida y estenuada.

—Yo también tengo prisa—exclamó la mujer aumentando por momentos su grosería.—En la venta hay gente que me necesita y estoy perdiéndo el tiempo *pa* lo que nada me

va á dejar de ganancia. Voy á llamar á mi marido *pa* que vaya casa del platero.

Salió la mujer.

Magdalena, que se ahogaba, se acercó á la ventana; pero apenas asomó la cabeza, retiróla haciéndo un jesto de horror.

Entró de nuevo la mujer seguida de un hombre de aspecto tan vulgar como el suyo.

Miró éste á Magdalena sin pronunciar una palabra.

—Ambrosio—dijo la mujer dándole el estuche que había dejado sobre la mesa.—lleva esto *pa* ver si es oro bueno.

—¿La señora quiere empeñar este anillo?—preguntó Ambrosio.

Magdalena hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Cuánto quiere por él?

—Yo le he dicho que cuatro pesetas,—exclamó su mujer—ella quiere cinco, pero eso es mucho.

—Dale las cinco.

—¿Sin *esaminarlo*?

—Sí.

—¿Y si fuera falso?

—Dale las cinco pesetas—dijo Ambrosio echando sobre ella una mirada colérica.

La mujer obedeció refunfuñando.

Abriólas tres cerraduras del arcón, levantó la pesada tapa y cogió una

moneda de cinco pesetas del considerable montón de plata que había en su fondo; colocó el estuche junto á otros que allí se encontraban perfectamente alineados, y despues de cerrar el arcón, presentó el duro á Magdalena que lo tomó con mano temblorosa, dirigió al hombre una mirada de gratitud, hizo un signo de despedida con la cabeza, y salió de allí con paso rápido.

— *Quedrás* decirme—exclamaba entre tanto la mujer dirigiéndose á su marido con jesto airado—porqué se le dá á esa señora un duro sin *esaminar* el anillo. Se va *reyendo* con ese dinero despues de trabajar yo como una negra *pa* ganarlo *pa* que ella vaya esta noche al *treato*.

—No sabes lo que dices Manuela, por eso faltas tanto á las personas *dinas*, y por eso á casa no viene á empeñar una prenda una persona fina sino en un caso tan apurado como el de esta señora.

—¿Y qué apuro tiene? ¿Le falta un encaje *pa* el vestido ó los merengues *pa* la cena?

—Lo que le falta es conque dar de comer á la hija que ha tenido muy mala. Ella no va á *treatos*, ni se compone, ni ha pedido un cuarto á *nadien* hasta que se le enfermó la hija.

—¡Ah! ¿Y sabes tú eso de *verdá*?

—Ya lo creo. Vive enfrente de la tienda en que trabajo, y sé que señora más buena y más desgraciada no la hay. Se murió el marido, no quiso volverse á casar por la hija, y ahora que ya la niña es una mujercita, se le ha enfermado, y no sabe que hacer porque no le quieren fiar.

—La pobre, si yo se eso no la *hubiá* tratado como lo hice. Podías haberlo dicho.

—No se cuando. Si á ti no te falta mas que echar el perro á las personas finas que llegan á esta casa, y ¿por qué? ¿por que vienen á dejarte semejante ganancia?

—Cállate que pueden oír. Si vuelve la señora verás como no tiene de que quejarse.

Salió Manuela á la tienda.

—Buena visita, *seña* Manuela,— dijo uno de los que esperaban— muy señora y con mucho miedo de que supiéramos que venía á pedirle un duro prestado á escondidas del marido.

El hombre acompañó el chiste con una risotada.

—Eh, señor Andrés, respete *usté* á quien lo merece que en mi casa no quiero que se hable así de personas como esa señora.

—No se enfade que *usté* con mu-

cho respeto no le hablaba cuando entró *pa* dentro con ella.

—Porque no sabía lo buena que es y las desgracias que le han pasado.

—Pues entonces no digo nada.

Estas palabras hubieran sido para Magdalena un consuelo, pero la pobre madre, en aquel momento, recorría con gran prisa las calles que la separaban de su casa, á la que llegó con la respiración agitada y dando muestras de fatiga.

Alicia oyó abrir la puerta, y suponiendo que era su madre, salió á recibirla.

Rodeóle el cuello con los brazos y exclamó besándola:

—¡Qué cansada! ¿De dónde vienes? Y las manos frías. ¿Que te pasa mamá?

—Nada — exclamó Magdalena sonriendo — me detuve más de lo que pensaba, y como estabas sola he venido de prisa. Pero no me detengas que voy á dar órdenes á Pepa.

—Voy contigo.

—No porque... entra mucho aire por el ventanillo de la cocina y puede hacerte daño; quédate en la sala.

Magdalena se alejó volviendo á los pocos momentos y sentándose junto á su hija.

—Mira mamá, — dijo Alicia — no estés preparando cosas caras para

mí; tengo ya mas apetito y puedo comer de todo. Bastantes apuros habrás pasado durante mi enfermedad.

—No hija, nada de eso; tenía guardados unos ahorrillos que aún no se han agotado.

—Ahorros,—dijo la joven moviendo la cabeza con aire de duda— lo que estás es haciendo sacrificios, quizá contrayendo deudas que después te ocasionarán disgustos.

—Te engañas. Puedes estar completamente tranquila.

—Que buena eres, madrecita, y cuanto me quieres.

—¡Pues no he de quererte si eres la hijita de mi alma, si en tí están todos mis amores, todas mis alegrías.

Largo rato duró el diálogo entre madre é hija.

A la caída de la tarde las dos hermanas de Clara llegaron para acompañar un rato á Alicia; Magdalena las dejó en la sala y se retiró á la habitación que ya conocemos, para meditar y tomar una resolución.

Mas de una vez la desgraciada madre apretó con sus crispadas manos su cabeza que ardía, y dirigió al cielo miradas de súplica, en tanto que en la sala resonaban las alegres risas de Juanita y Amparo; cuando entre aquellas voces juveniles, y aquellas alegres carcajadas, llegaba

hasta ella el débil acento de Alicia, su pecho se oprimía de dolor.

Como había hecho al ir à empeñar la sortija, se levantó resuelta murmurando:

—No creo deje de atender á mi ruego. Estoy tan sola... Después de mi hermano, que nada puede hacer por mí, él es mi pariente más cercano y el que mejor puede ayudarme.

VII



Don Antonio Hernández, tío de Magdalena, tenía fama de rico y de avaro.

No mentía la fama: la riqueza era sólida, y la avaricia, que trataba de ocultar, se traslucía sin dificultad.

Tenía gran empeño en aparecer probo y generoso, por lo que se desprendía de sumas miserables, que le parecían cuantiosas, para obsequiar á los sobrinos que se hallaban en buena posición. De Magdalena apenas se acordaba desde que era viuda y pobre.

Encontrábase en su despacho revisando algunos papeles, cuando una criada anunció á Magdalena.

Arrugó el entrecejo y dijo con voz contenida:

—Que no estoy en casa.

—Pero si ya he dicho que está usted aquí.

—¡Que torpeza! Está bien que ha de recibir uno á quien no le conviene, por hablar más de lo necesario.

—Como no había dado usted esa orden....

—Bueno, pues ahora la doy. Que pase esa señora.

Don Antonio encubrió su mal humor con un aire de glacial indiferencia, y esperó.

Magdalena entró.

Don Antonio se adelantó para recibirla cortesmente, pero con marcada frialdad, y la ofreció una silla.

Después de un largo silencio Magdalena comprendió era preciso explicarse y dijo con voz trémula, en la que se descubría su emoción:

—He venido á pedir á usted un favor.... si me lo concede, tanto como mi vida, durará mi agradecimiento.

Don Antonio se puso más serio, pero no pronunció una palabra.

Después de una pausa, Magdalena prosiguió:

—La larga enfermedad de Alicia agotó mis recursos.... me encuentro en una situación muy difícil....

La expresión de la cara de Don Antonio se hizo más dura.

Magdalena esperó en vano una palabra que la animara.

—No siéndome posible seguir así.... —prosiguió—necesitando tomar algún dinero á préstamo..... he pensado si usted querría facilitármelo.

—¿Sabes tú si yo puedo disponer de dinero que prestar?

—Yo— murmuró confusa— suponía.....

—Suponías, bueno, dejemos eso y permíteme que te dé un consejo. De algo ha de servir la experiencia de una vida larga como la n.ía.

Don Antonio, que había dulcificado su rostro, reflexionó un momento, luego dijo:

Alicia ya está buena y las dos podéis vivir con poco porque cuando se quiere se ahorra. Pides al que acostumbra comprar tus cosechas, una pequeña cantidad adelantada, y pasais este año con alguna estrechez, pero sin contraer deudas que no podrías pagar.

—¡Pero si Alicia no está buena; si su salud requiere grandes cuidados y eso no es posible hacerlo sin recursos!

—¿Qué no está buena? Naturalmente; ha de pasar tiempo para que se reponga; pero despues de una enfermedad larga se queda mejor que antes. Tú la mimas demasiado y eso ería las muchachas entecadas; el trabajo dá apetito.

—¡Trabajar! Si está muy delicada. El médico me ha dicho que necesita pasar el verano en el campo; que necesita muchos cuidados y distracciones para salvarse de una enfermedad mortal que la amenaza.

—¡Salir á veranear!— exclamó

Don Antonio dando un salto en su silla — ¡Tú estas loca! Los pobres se curan como pobres y los ricos como ricos.

— ¡Y he de dejar morir á mi hija!

— ¡Que morir! Los médicos ponen en moda una cosa y la recetan á todo el mundo. Lo mismo se cura una persona aquí, que en otra parte. Sobre todo, se hace lo que se puede, y creo que no han de darte lo que necesitas para eso.

— Yo no quiero que me den, sino que me presten una cantidad de la que puedo responder.

— Y si yo la tuviera y te la prestara, el día en que para devolvérmela vendieras esa terresilla, todos dirían: Don Antonio no tiene corazón; despoja á una pobre viuda de lo único que posee. A nadie se le ocurriría pensar que si yo he reunido algo á fuerza de trabajo y economía, no es justo lo gastéis en viajar y daros gusto vosotras.

— ¡Viajar y darnos gusto! ¡Si usted supiera lo que es ver en peligro la vida de un hijo! Si se tratara de mí querría más morir que seguir suplicando; pero es ella..... por ella todo lo hago...

— Cualquiera creería que yo te he dicho algo que te moleste.

— No, no digo eso; á mi nada me molesta. Pero, mire usted: me pres-

ta ese dinero, le hago un recibo, despues, si no puedo devolvérsele, vendiendo la finca, y le prometo que no diré á nadie el motivo.

—Entonces se dirá que te has quedado en la miseria por la enfermedad de tu hija.

—¡Qué importa?

—Mucho: porque como la gente es así, y creen que yo tengo dinero, á todos parecerá mal que no te ayudara. Las casas ajenas se arreglan con facilidad.

Ante aquel refinado egoismo Magdalena contestó con una mirada de desprecio.

Don Antonio prosiguió:

—En hacer viajes no debes pensar: esa es una locura. Si te ves apurada, vende alguna de las muchas cosas inútiles que tendrás.

—¡Hubiera yo venido aquí no teniendo agotados todos los recursos! Las alhajas que me quedaban están empeñadas; para recogerlas y venderlas necesito entregar el dinero que me han dado por ellas, y los intereses, y no tengo, no tengo hasta el punto de que hoy no podía comprar lo necesario. Fui á empeñar lo último que me quedaba, una sortija; nada quisieron darme por ella en la casa donde tengo lo demás; me encontré en medio de la calle sin saber que hacer... y en mi

casa no se había encendido lumbre... después tuve que sufrir las groserías de una mujer ordinaria y de mal corazón, para conseguir que me dieran, dejando la sortija, cinco pesetas. Puedo hipotecar ó vender; pero para eso han de pasar días y no tengo para mañana.

— ¡Esta sí es buena! Vivo en mi casa ahorrando para no molestar á nadie, sin gozar de nada, y me vienen con estos disgustos. Muchas veces me dije al veros gastar cuando vivía tu marido, que aquello era una locura; entonces no se pensaba en mañana, y ahora viene todo de rechazo sobre mí.

La mirada de Magdalena dejó ver tanto desdén como cólera; iba á contestar como merecía aquel hombre, pero se contuvo y dijo con calma:

— La conciencia no me acusa de haber empleado mal lo poco de que podíamos disponer. Perdí á mi marido, y esa ha sido mi desgracia.

— ¿Por qué no volviste á casarte cuando podías haberlo hecho y ocupar una posición envidiable?

— Porque quería vivir para mi hija.

— Si con esos romanticismos querías vivir, con ellos darás de comer á tu hija ahora. ¡Tener la fortuna en la mano y dejarla escapar!.....

Después de algunos momentos de silencio, Don Antonio añadió con creciente animación:

— ¡Y tu hermano! ¿por qué no le escribes? ¡Y tu amiga Clara que tanto te quiere! ¿por qué no le pides?

— Mi hermano está lejos y, aunque buen escritor, es pobre. Clara me socorrería por el momento; no podría hacer otra cosa, pues las entradas de su casa no son mayores que los gastos; pero es mi amiga, casi mi hermana; sabe que mis recursos son muy limitados; más de una vez me ha ayudado con sus regalos..... sin embargo.... me da vergüenza decirle: no tengo que comer mañana.

— ¡Te da vergüenza? ¡Bonita es tu situación para esos melindres!

Magdalena se puso en pié. No podía más, y para terminar preguntó:

— ¿Quiere usted prestarme algunos cientos de duros que le devolveré con el interés que usted fije?

— No; porque no tengo dinero disponible. Toma para mañana—y sacando del bolsillo del chaleco dos monedas de plata las presentó á Magdalena.

Ella las rechazó con un jesto de horror.

Don Antonio exclamó con ironía:

— ¡Tanto amor á tu hija no se aviene con ese orgullo: dices que ca-

reces de recursos y no tomas lo que te doy!

Magdalena, que ya se dirigía á la puerta, se detuvo y dijo lentamente:

— Es verdad..... no encontré quien me prestara..... antes que mi hija carezca de lo necesario... debo aceptar una limosna.... Gracias..... Pero devolveré á usted esto; aún no soy pobre de solemnidad.

Tomó las monedas y salió.

Sus sienes latían, su respiración era fatigosa. Creyendo iban a faltarle las fuerzas, detúvose y llevando una mano helada á su frente ardorosa y dolorida, murmuró con angustia:

— ¡Dios mío, no me abandones!

Don Antonio, entre tanto, se paseaba por la habitación con aire de mal humor, diciendo á media voz:

— Estos parientes pobres son una pejiiguera. Mañana me marchó á la finca que tengo más lejos de aquí y no vuelvo hasta que esto se decida. Así creerán que no estoy enterado de la situación en que se encuentran Magdalena y su hija.



VIII

Magdalena inspiraba respeto y simpatía; si hubiesen sido conocidos los sufrimientos que amargaban su vida, sus dolorosos sacrificios, la hubieran venerado, porque el mundo, injusto con muchos seres, el mundo que se ríe de muchas cosas serias, se inclina ante ese amor grande, inmenso, capaz de todos los sacrificios; ante el amor maternal.

¿A quién no inspira respeto la madre que en medio de una sociedad brillante vuelve los ojos á sus hijos y mira como faro que guía su existencia, el porvenir de aquellos á quienes dió el ser?; ¿la madre de la clase media que no omite sacrificio tratándose de sus hijos cuya dicha labra con su amor, y por cuya educación é instrucción le parecen dulces las privaciones?; ¿la obrera ó la labradora que vuelve del trabajo y confunde á los hijos de su alma en estrecho abrazo, olvidando la fatiga que la agobia al oír sus gritos de alegría y ver el placer con que reciben una golosina que para ellos ha

comprado? ¿la infeliz que carece de pan, que preferiría la muerte á la mendicidad, y que al ver hambrientos á sus hijos extiende la mano y pide para ellos una limosna?

¿Quién no tiene un recuerdo de amor para la que de niño adivinaba sus deseos, lo consolaba en sus aflicciones, lo hacía dichoso con su cariño?

La figura de la madre es siempre respetada y querida.

Al día siguiente, muy temprano, Magdalena salió de su casa y se dirigió á la de un notario á quien dijo lo que deseaba.

Dios escuchó su ruego, y á los tres días tenía en su poder la cantidad necesaria para que su hija pudiese respirar, durante algunos meses, el aire del campo.

Después...

Ese después era la pesadilla de Magdalena que se preguntaba si tendría fuerzas para trabajar y que no se viera en la miseria aquel pedazo de su alma.

Ocultaba sus temores por no afflir á su hija, y hacía, con gran prisa, los preparativos de viaje para trasladarse á Tegueste.

Hablaba con Alicia del plan de vida que habían de adoptar en el campo; la joven gozaba con aquellas ideas, y en algunos momentos

se borraba de su rostro la triste expresión que había impreso la enfermedad.

Salieron de Santa Cruz con Clara y su familia, y después de pasar en su compañía dos días en La Laguna, siguieron su viaje en una hermosa y fresca mañana de primavera, llegando antes de una hora á la casita que parecía esperarlas con su puerta y ventanas abiertas, y bañada por el sol.

Una casita pequeña, muy blanca, con un emparrado ante la puerta, con las ventanas de los costados orladas por rosales de los llamados «de la tierra», y situada en medio de un campo lleno de verdura, de luz y de poesía.

Alicia aspiraba con ansia aquel aire puro y vivificante, y recorría con infantil contento la pequeña casa y la finca en que estaba situada, que el dueño había puesto á su disposición. Cerca de la casa crecían gran número de árboles frutales, cacareaban una docena de gallinas, lanzaba al aire la atrevida nota de su canto un arrojante gallo, y se dejaban oír las campanillas de las cabras encerradas en un pequeño corral y el mujido de la vaca que descansaba en el establo; la vaca que proporcionaría la blanca leche que había de hacer á Alicia tanto bien.

—Que hermoso es todo esto, mamá,—decía la joven—Ya verás como aquí recobro la salud.

Y Magdalena, olvidando un momento aquel mañana terrible, sonreía con toda la efusión de su alma al ver la alegría de su hija.

No se engañaba Alicia al presentir que al influjo suave del clima, respirando aquel aire tan puro, recobraría la salud y la fuerza.

Pronto su cuerpo delgado y huesoso empezó á redondearse sin perder su esbeltez; el blanco cutis, ligeramente tostado por el sol, cubrióse, en las mejillas, de un tinte sonrosado; en sus grandes ojos brillaba el hermoso fuego de la juventud y la dicha; su boca sonreía constantemente y dejaba escapar gratas y sonoras carcajadas que se mezclaban á los arpegios de los numerosos pájaros que anidaban en los árboles.

Sus movimientos llenos de energía, su paso ligero é incansable, su respiración tranquila despues de un largo paseo, todo hacía ver que había pasado el peligro, que aquella débil flor de estufa se convertía en flor de los campos que resiste la tempestad y aparece más hermosa bajo el primer rayo de sol.

Alicia, desde la ventana unas veces, y sentada junto á la casa otras, había visto llevar el trigo, en-

cerrado en sus rubias espigas, á una era vecina. El aspecto de las mujeres jóvenes y lindas que bajo un sol ardiente conducían los haces sobre la cabeza moviendo ligeras los desnudos pies, cantando, riendo, sin dar otras muestras de cansancio que algunas gotas de sudor que resbalaban por la frente bajo el sombrero de paja, le inspiraban simpatía é interés.

Ella había visto las clases trabajadoras solo bajo el aspecto del obrero que trabaja encerrado en un taller y ve deslizarse su vida en la atmósfera de la ciudad, habitando casas estrechas y poco higiénicas. Aquel trabajo en la hermosa soledad de los campos, entre las infinitas bellezas de la Naturaleza, bellezas que para Alicia completaban el aspecto de las muchachas que cargaban el trigo, el grupo de segadores que regresaba al hogar, los niños que en las colinas seguían á las vacas que pacían libremente, tenía un encanto infinito.

Cuando el trigo estuvo en la era, Alicia vió elevarse, poco á poco, las abultadas parvas, y aguardaba, con curiosidad é interés, el fin de aquellas faenas que desconocía.

Llegó el día esperado: deshízose una parva; los trillos comenzaron á deslizarse sobre la paja al lento pa-

so de las vacas; resonó en el campo el candencioso canto de los que iban perezosamente recostados en ellos, y los alegres gritos de los niños que de los trillos saltaban á la paja sobre la que se dejaban caer, levantándose ligeros para de nuevo echarse en aquel blando lecho.

También Alicia fué á la era y se sentó en los trillos, y en la blanda paja.

El día que debía recogerse el trigo, ella miraba desde la ventana de su cuartito, aquella ventana rodeada por un rosal cargado de flores á cuyo pie crecían otros más pequeños y jermanos; desde allí vió á los hombres armados de horquillas aventando, y seguía con su mirada la paja que se elevaba y caía formando blanda sierra junto al trigo que volvía al mismo sitio.

—Mamá, —exclamó— vamos á comer hoy más temprano para ir á la era.

—Como quieras, —contestó Magdalena— Estás ya tan bien, que no te hará daño, ni te faltará apetito.

—Puedes asegurarlo. —dijo Alicia riendo— Desde que estoy aquí no me acuerdo de enfermedades; y en cuanto al apetito, excelente: me parece tan bueno todo, y como con tanto gusto...

Se comió temprano y madre é hi-

ja se encaminaron á la era.

—¿Va adelantado ese trabajo?— preguntó Alicia á los de la era, después de dar las buenas tardes.

Contestaron al saludo cortesmente, y el más viejo respondió:

—No mucho; el viento no quiere ayudarnos.

—¿No acabaréis esta tarde?

—El trigo está casi limpio; si soplara un airito se acababa enseguida.

—¿Y dará muchas fanegae?— tornó á preguntar Alicia sentándose sobre la paja y hundiendo sus manos en el trigo.

—*Yo lo miro* por treinta y ocho— dijo el que había hablado—¿Y tu que dices, Pedro?

El interpelado, que estaba sentado en una de las grandes piedras que rodeaban la era, se puso en pie, miró el trigo en silencio algunos momentos y dijo con resolución:

—Yo no lo doy por cuarenta.

—Pues yo le echo cuarenta y cuatro.

—Ese es mucho Julian. *Entodavía* tiene paja.

—¡Oh! Si estuviera limpio, tío Juan, no lo miraba yo por menos de cuarenta y seis.

—Viento, viento. Arriba muchachos.

Empuñáronse las horquillas y el

trigo comenzó de nuevo á voltear por el aire cayendo libre de paja.

El viento siguió propicio y la faena terminó pronto.

—A medir—exclamó Juan—Periquillo, corre á traer la cuartilla, el *arrayadero*, y los costales.

Un muchacho de diez á doce años salió de la era y seguido de otros más pequeño, corrió hacia la casa cercana.

Algunos minutos despues se hallaba en la era todo lo que Juan había pedido.

Empezóse á medir y echar trigo en los sacos que dos robustos mozos conducían á la casa.

—Juanilla—gritó Juan.

—Padre.

—Vete, corriendo y dile á tu madre que vengan *pa el era*, ella y las muchachas.

La chica salió como una flecha y poco despues, Catalina, la mujer de Juan, y sus dos hijas mayores, llegaban con los harneros en la mano.

—Buenas tardes—dijo Catalina dirigiéndose á Magdalena y Alicia.

—Buenas tardes, Catalina—contestaron.

—Como va adelantando la señorita. Vaya que no hay quien la co-nozea, tan contenta y tan encarnada; cuando llegó daba pena verla, parecía que no podía ni andar.

—Estaba muy delicada;—contestó Magdalena—pero la vida y el aire del campo le han devuelto la salud.

Sentáronse las mujeres en el suelo, y fueron ahechando despacio la parte de trigo que aun estaba mezclada con paja.

La conversación siguió animada y el aire se llevaba el alegre sonido de las risas.

Alicia, despojándose de su sombrero de paja, y dejando que acariciaran su frente los últimos rayos del sol, se sentó en el suelo, tomó un harnero y trató de ahechar trigo, riendo y haciendo reír á los demás, por la torpeza conque lo ejecutaba.

Presentóse en la era una vecina dispuesta á ayudar y seguida de dos niños, hijos suyos, que corrieron á jugar con los compañeros de su tamaño que formaban gran algazara, en tanto que la madre se sentaba y tomaba un harnero de manos de una de las muchachas.

Viéndolo el padre, exclamó:

—Petra, tu á *barrir el plan del era*.

La muchacha cogió un manojo de ramas y comenzó á reunir el trigo esparcido por el suelo.

Llenábanse cuartillas cuyo contenido iba á parar á los sacos, al desaparecer la cuarta Juan decía en alta voz un número: treinta, treinta

y una..... y aun quedaba mucho trigo.

Los rostros se animaban. Los ojos de Catalina y de Juan brillaban de gozo, en los de Juan se veía el orgullo satisfecho, los de Catalina expresaban algo dulce, conmovedor, que había en su pensamiento: mis hijos tienen gofio para el invierno.

—Buena cosecha, pues la otra parva no dará menos que esta,— dijo la vecina.

—Si señora, gracias á Dios, hay trigo *pa* el año,—contestó Catalina.

—¿Este trigo lo guardan ustedes para el invierno?—preguntó Magdalena.

—Si señorita. Del que nos toca se venden algunas fanegas, pues siempre hay *drogas*, y el otro se guarda *pa* el invierno. Habiendo gofio hay todo, pues nunca falta que comer.

—¿Lo comen solo?

—Algunas veces, pero casi siempre se *jace* algo caliente: Con una col, unas cuantas papas, si Dios las dá, y unos ramos secos que se juntan *pa* encender el fuego, se prepara un caldo y se *agasaja* la familia. Otras veces se escalda el gofio con leche de las vacas, ó con agua y unos pedazos de puerco. Así pasamos los *drobes*, no hay otro remedio.

—Los pobres—murmuró Magda-

dalena, y su mirada, profunda y distraída, se perdía en la bóveda azul del firmamento.

La noche se acercaba, en los lejanos montes comenzaban á luchar la luz que se iba y la sombra que llegaba. El grupo de la era se deshizo; los dueños de la cosecha, alegres y satisfechos, entraron en la casa donde les había precedido una de sus hijas para preparar la cena que ya hervía en una gran cazuela sobre el fuego que chisporroteaba alegremente.

Magdalena y su hija se encaminaron á su casa.

Alicia recorrió el trayecto charlando alegremente. ¡Que grata había sido la tarde para ella.

Sentáronse ante la puerta, y después de un largo silencio, Alicia dijo:

—Hoy no he tenido tiempo de sentir lo que otros días al anochecer.

—¿Qué sientes?

—No se si podré explicarlo: mira, cuando se pone el sol, y va siendo de noche, el campo se cubre poco á poco de sombras, y solo oigo algun canto lejano, el ladrido de un perro, las campanillitas de una cabra, me pongo triste; pero es una tristeza rara, porque á la vez que la siento, gozo; recuerdo una ciudad á esa hora en que se encienden los faroles, salen unos á paseo, vuelven otros á

sus casas, y hay tanto movimiento; pues á pesar de esa tristeza que siento no cambiaría esto poraquello, no, no lo cambiaría, ¿verdad que es raro!

— Eso que tú sientes yo también lo he sentido. Al anochecer, el campo está lleno de melancolía, pero también lo está de un encanto inexplicable, de una paz profunda, que eleva el espíritu que goza apartándose de las luchas y las miserias de la vida.

— Muy dichosos son estos campesinos.

— Si, muy dichosos. Recogida la cosecha, nada les falta; no tienen ni grandes necesidades que satisfacer, ni ambiciones que les desvelen. Si carecen de algo, se presentan tranquilos al amo que no les niega su apoyo..... ni los hace sonrojar; al recoger la cosecha lo devuelven, y en paz: son muy dichosos.

— Dicen que es muy triste la pobreza, y en estas familias que algunas no poseen nada, y otras solo una casita muy blanca y muy chiquita, todos están contentos, robustos, y parece que nada les falta.

— Esta no es triste; pero la otra sí, — murmuró Magdalena.

¿Cual es la otra? — preguntó Alicia acercándose para oír mejor.

— La otra es la que se oculta en las ciudades; la de los seres que pa-

recen dichosos y sufren tormentos indecibles; que carecen de todo y sienten un nudo en la garganta al pedir, aunque sea prestado; que están siempre expuestos á una negativa que enrojece las mejillas; que no tienen la col, ni las ramas secas para encender lumbre, y que si las tuvieran, no les bastarían; que no tienen el gofio que comen los campesinos, y que si lo tuviesen, no les sería posible vivir con él por único alimento.

La luna dejó caer su primer rayo sobre las cabezas de las dos mujeres.

Magdalena fijó en ella una mirada vaga, incierta, y á la pálida luz brillaban las lágrimas estancadas en sus ojos.

Después de una pausa continuó:

—Necesitar mucho y no poseer nada; ver la luz del día y preguntarse ¿qué será hoy de nosotros?... disimular, fingir....

—¡Que cuadro tan horrible—exclamó Alicia echando los brazos al cuello de su madre, y después de algunos momentos prosiguió muy bajo, á su oído—Nosotras no nos veremos nunca en esa situación: ¿verdad que no?

Magdalena se estremeció y estrechando en sus brazos á su hija, y

riendo, aunque con risa no muy natural, exclamó:

—No hija mía, no. Que locura. No llores, eso puede hacerte daño.

Sin perdonarse haberla causado aquella pena, habló de cosas indiferentes hasta que consiguió verla tranquila y sonriente.

De pronto dijo:

—Alicia, es muy tarde atendiendo á nuestro género de vida; no olvides que has de levantarte temprano si quieres ver á las lecheras llenar sus casos, cubrirlos de helechos, y marcharse camino de la Laguna.

—Tienes razón; sentiría pasar en la cama ese rato de la mañana que tanto me gusta. ¿Y después que se marchen las lecheras y las pescadoras, á donde iremos de paseo mañana?

—A dónde tú quieras.

—Pues á Tejina que aun no hemos llegado hasta allí.

—Perfectamente.

—No, no puedeser: ahora recuerdo que es domingo. Lo que haremos, despues de oír misa, es dar un paseo por el camino de los laureles, salir á la carretera y venirnos á casa. ¿Te parece bien?

—Sí.

Pocos momentos después las dos entraban en la casa.

.

Ya el otoño empezaba á despojar los árboles de su vestidura, y durante la noche se escuchaba el silbido del viento, que mezclándose en la mente de Alicia á las imágenes de sus vagos ensueños, la trasladaba á regiones desconocidas, y llenaba de infinita tristeza á Magdalena para quien era voz misteriosa recordándole que todo aquello iba á terminar, que era preciso abandonar tan grata existencia, volver á la lucha sostenida antes con la escasez, ahora con la miseria.

Los recursos con que contaba se iban agotando.

Verdad que ella no había perdido el tiempo: con el pretexto de distraerse, y robando horas al sueño, había terminado algunas labores que esperaba vender; pero ¿cuando lo que produjeran se agotara también?..

Alicia, en medio de su alegría, no olvidaba que todo aquello debía costar á su madre sacrificios que la ocultaba, y decíale con frecuencia:

— Ya estoy buena y quiero hacer alguna labor que pueda venderse.

— Sí, — contestaba Magdalena — pero cuando pase algún tiempo más.

En una hermosa mañana, madre é hija hablaban sentadas bajo el emparrado que perdiendo sus hojas dejaba ya penetrar los rayos del sol, cuando las sorprendió la llegada

de una inesperada visita, sobre todo á Magdalena que no volvía de su asombro al ver al tío de corazón de granito, acercarse con aire alborozado gritando:

—Vamos a ver, ¡Magdalena, chiquilla!; aquí no hay nadie que salga á dar un abrazo á un pariente?

Pusiéronse en pie las dos mujeres confusas, sin acertar á darse cuenta de lo que veían.

—Vaya,—prosiguió D. Antonio al llegar junto á ellas—venga un abrazo Magdalena, otro tu Alicia. ¡Como te ha sentado el campo, hija, y que linda te has puesto. Ya sabía tu madre lo que hacía sacándote de Santa Cruz donde nos hemos achicharrado los que no podíamos veranear. Pero dejadme descansar que vengo agitadísimo. Esta casa está donde Cristo dió las tres voces.

Sentóse D. Antonio, respiró fuerte, hizóse aire con el sombrero, y dijo:

—Es el caso, querida sobrina, que teniendo una buena noticia que comunicarte, y sabiendo que un amigo venía hoy para Tegueste, le pedí un asiento en su coche, y aquí me tienes. Yo hubiese venido á veros antes, ¡pero piden los cocheros tan carol....

—Una buena noticia,—repitió Magdalena con extrañeza.

— Si hija. ¿Te acuerdas de Juan, el hermano de tu madre que se embarcó cuando tú eras pequeña, y del que nada se sabía?

— Sí, lo recuerdo.

— Pues acaba de morir.

— ¡Ha muerto!... Lejos de su país, quizá sin tener en sus últimos momentos una persona amiga á su lado!....

— Eso no lo sé. ¿Pero no adivinas cual es la buena noticia?

— No sé... Pobre tío Juan.

— Bueno, pues ha muerto soltero y deja un capitalito que asciende á algunos miles de pesos, y corresponde la mitad á tu hermano y la mitad á tí.

— ¡Ah! exclamó Magdalena juntando las manos, y después de algunos momentos de inmovilidad ocasionada por la sorpresa, fijó una mirada indescriptible, primero en el cielo, después en su hija.

¿Qué pasaba en su corazón?

Ella misma no hubiese podido explicarlo; pero quien se haya encontrado en circunstancias como las suyas, sabrá comprenderlo.

Dos horas después Don Antonio salía de la casa de Magdalena y restregándose las manos murmuraba:

— No me ha recibido con mucho cariño; pero lo que hoy he hecho borraré aquella mala impresión, y

me alegre. Conviene estar bien con todos si se puede conseguir sin gastar dinero.

Magdalena, entre tanto, cogiendo entre sus manos las de su hija, la miraba con una expresión que la joven no podía comprender, y la decía con voz muy dulce:

—Vamos á rezar por el eterno descanso de tu tío; y ya que esa pérdida es irreparable, demos gracias á Dios que conservó para nosotras una fortuna que pudo ir á parar á manos extrañas y que..... nos proporcionará una vida descansada.

Madre é hija se arrodillaron ante un crucifijo de madera colocado sobre una mesa, á cuyos pies se hallaban algunas flores, ofrenda de Alicia, que las buscaba por el campo todas las mañanas para reemplazar las del día anterior.

Los últimos rayos del sol, penetrando por la ventana, envolvían el crucifijo y hacían brillar los oscuros cabellos de Magdalena y las doradas trenzas de Alicia.



VIII

En un cómodo carruaje, que conducía una cesta llena de doradas uvas, una jaula con un pájaro que habían regalado á Alicia, un grueso ramillete de flores, última sonrisa que á su tristeza mezcla el otoño, y un gran cesto con aves de que cuidaban el cochero y la criada, volvieron Magdalena y su hija á Santa Cruz.

Las deudas se pagaron, el crédito y las consideraciones renacieron, y madre é hija comenzaron á disfrutar una existencia dichosa.

Para Alicia solo se diferenciaba de la anterior en tener algunos objetos, muy de su gusto, que antes no poseía, y trajes sencillos, pero más costosos; para Magdalena..... pobre Magdalena, aun le parecía un sueño que habían pasado los días de prueba.

Alicia gozaba en compañía de sus amigas, reía y charlaba con alegría; pero nunca se encontraba tan dichosa como cuando volvía á su casa y pasaba las horas sin sentir, junto á su madre, hablando, leyen-

do ó haciendo labor.

Profesábale un cariño que rayaba en adoración. Su corazón ledecía era aquella su mejor amiga, y con encantadora ingenuidad la confiaba sus impresiones, sus ideas, sus esperanzas.

Una tarde, después de hablar largo rato con animación, Magdalena preguntó á su hija:

—¿Recuerdas el cuento de la hormiga que se encontró dos cuartos?

—Ya lo creo —contestó Alicia.

—Pues algo parecido á lo que pasaba á la hormiga me pasa á mí.

Alicia se echó á reir.

—No te rías,—dijo Magdalena sonriendo también—que el asunto es serio.

—Veamos—exclamó alegremente Alicia.

—Escucha. Nuestro capital es mayor que el de la hormiga; pero yo dudo, como ella, en la manera de emplearlo. Vamos á ver que opíñas tú.

—¡Ah!

—Me parece—prosiguió Magdalena—que lo mejor es retirarlo del banco y emplearlo en alguna cosa, dejándolo allí mil duros que destino para tí cuando te cases.

—Si me caso—dijo Alicia riendo.

—Vamos al asunto. Retirado el

dinero del banco, ¿en que te parece mejor emplearlo? ¿qué te gusta más? ¿comprar una finca ó trabajar la de la costa y que sea de recreo y productiva?

Alicia meditó un momento antes de contestar.

—¿Dime mamá—preguntó—nos venderían la finca en que pasamos el verano?

—Ya he procurado informarme y creo que no será difícil conseguirlo; pero podemos hacer algo más, esa finca es de poco valor.

—Pues á mi lo que me gustaría es comprar esa y trabajar la de la costa. ¿Te parece bien?

—Ya lo creo. Si es lo mismo que yo había pensado.

—Cuanto me alegro. Me gustará mucho ver la finca de la costa con los trabajos que tú me has dicho pensaba hacer mi padre, y con muchos árboles, muchas flores, y su casa, aunque sea chiquita.

—Si, haremos todo eso; y al asegurarte algo para el porvenir, será para mí una dicha realizar la idea de tu buen padre.

—Sí mamá, sí. Pero dime ¿cuando empezarán los trabajos?

—Muy pronto.

—Nosotras iremos de paseo para ver trabajar.

—Casi todos los días.

—Que bueno. Ya verás que ratos pasamos, y que almuerzitos nos llevamos allí.

Magdalena sonrió.

En aquel momento, viendo tan feliz á su hija, era completamente dichosa.

—Cuanto me gustará—siguió diciendo Alicia despues de algunos momentos de silencio—que sea nuestra la casita de Tegueste. ¡Gocé tanto allí! porqué..... mira mamá, yo no quería decírtelo para no afligirte; pero, cuando fuimos, me parecía que estaba tan enferma..... Cuando no estabas á mi lado tenía momentos de una tristeza muy grande.... tenía miedo; despues, cuando te veía, sentía confianza, me parecía que estando tú á mi lado, ni aun la muerte se atrevería á acercarse á mí.

Al llegar á Tegueste ¡que impresión tan grata! Todavía cierro los ojos, y me parece veo aquel campo tan verde, tan lleno de sol, y que oigo cantar las gallinas; cuanto gocé; como me iba encontrando cada vez más fuerte, más alegre, con más vida; solo me ponía triste al verte trabajándote con afán, y al pensar que nuestra situación debía ser muy mala; pero salía al campo y me sentía tan contenta, tan llena de confianza!.... me parecía que Dios había de darte

tranquilidad, que nuestra situación mejoraría, y, ya lo vez, Dios así lo quiso.

Los ojos de Magdalena y Alicia se humedecieron, y la conversación terminó abrazándose las dos, y mezclando sus lágrimas.

Magdalena amaba el retiro, pero comprendiendo aquella vida aislada no era á propósito para su hija, frecuentó un poco más la sociedad, y algunas noches se las veía en el teatro llevando en su compañía á Juanita ó Amparo.



XI

Clara, siguiendo su acostumbrada vida, no asistía á fiestas ni espectáculos, gozando con la alegría de sus hermanas que iban, ya con Gabriela y Federico, ya con Magdalena.

Amparo más bella, Juanita más graciosa, adorables las dos, rodeábalas una nube de pretendientes, entre los que Amparo había hallado un hombre que la amaba con verdadero y profundo cariño, al que élla no tardó en corresponder. Su madre y Clara aprobaron aquellos amores que eran para la joven una promesa de felicidad futura.

Aplazóse la boda para dos años más tarde y Amparo era completamente feliz con dos madres, una qué, sentada en su sillón, la miraba con inmenso cariño, la acariciaba como á una niña, y gozaba con su charla juvenil; otra, Clara, que la rodeaba de cuidados y de cariño, la guiaba, adivinaba sus deseos, y los satisfacía si era posible, y un novio que la amaba mucho, sin un obstá-

culo, sin una nube que empañara el claro cielo de su vida.

Su carácter serio y tranquilo, contrastaba con el de Juanita, alegre y turbulento; pero, justo es decirlo, eran buenos los corazones de ambas, y Juanita se había corregido de sus defectos, quedándole solo algún capricho qué, generalmente, vencía la reflexión.

Todos aquellos seres eran dichosos; la madre, viéndose rodeada del cariño de sus hijas y de los cuidados de Clara, á los que debía quizá, el existir aún; las jóvenes, gozando con la dicha del presente y la esperanza del porvenir; Clara, sacrificándose, viviendo para ellas, anhelando, como única recompensa, verlas dichosas.....

Así se deslizaba el tiempo disfrutando una vida siempre igual y tranquila.

Durante el invierno, Clara y Magdalena, que se profesaban el mismo fraternal cariño, veíanse con frecuencia; en la primavera; Clara volvía á La Laguna á gozar de aquel delicioso clima, y Magdalena, con su hija, se marchaba á Tegueste.

Un acontecimiento esperado hacía largo tiempo, las reunió en la Laguna en un hermoso día del mes de Julio.

Magdalena y Alicia llegaron muy de mañana y subieron la escalera llamando á las hermanas que no tardaron en aparecer: Juanita y Amparo estaban lindísimas con sus ligeros trajes de mañana, sus rostros frescos y encantadores, y los cabellos cayendo en apretada trenza los de una y en suaves rizos los de la otra; Clara, á pesar de contar bastantes años más que sus hermanas, era joven aún, lo parecía menos por el oscuro color de su traje, lo sencillo de su peinado, y la gravedad de su semblante.

Abrazáronse cariñosamente y luego hablaron del motivo que las reunía: la boda de Amparo, que se celebraría aquella misma noche.

Después que saludaron á Luisa, Amparo, radiante de alegría, les enseñó sus regalos de novia, á los que fueron á unirse los sencillos, pero de muy buen gusto, que le ofrecieron Magdalena y Alicia.

Realizóse el matrimonio asistiendo solo la familia de Amparo, Magdalena y Alicia, pues el novio, Felipe R....., no tenía parientes en el país.

Quedó el nuevo matrimonio instalado en una alegre casa situada en la calle de los Alamos, dispuesta con muy buen gusto por Clara, que había cuidado de que se hallaran

unidas la elegancia, la sencillez y la comodidad.

Gozaba al ver á Amparo dichosa, pero sentía una pena, un vacío, que ocultaba en el fondo de su corazón, para no entristecer más á su madre que lloraba y se lamentaba de la separación de una de sus hijas.

Magdalena y Alicia volvieron á Tegueste, sintiendo gozo por la felicidad de su amiga, y, á la vez, el vago pesar que dejan en el alma esos cambios de la existencia en los que una mujer deja á los que la han amado y la han rodeado de cuidados, para arrojarle en brazos de un extraño, sin más garantía para lo futuro que el cariño que todo lo salva, la estimación que todo lo disimula, la bondad que mucho perdona.

Habitaban Magdalena y su hija la casita que ya conocemos, en la que se habían introducido algunas reformas para hacerla más cómoda y agradable.

La casa y la finca habían sido compradas por Magdalena para Alicia.

Los sueños de la madre se habían realizado.

Allá, en la costa de Santa Cruz, entre otras hermosas fincas, aparecía la de Alicia, antes erial, y ahora muy productiva.

Allí estaban las huertas tiradas á cordel y cercadas por gruesas pare-

des tras de las que asomaban los pequeños árboles conque Magdalena había soñado despierta un día ya lejano; el gran estanque en que nadaban multitud de patos; la coquetona casita rodeada de un bien cuidado jardín.

Desde una pequeña terraza se veía Santa Cruz, blanco, alegre, con elegantes edificios, entre los que asomaban las elevadas copas de los árboles de plazas y paseos, la costa salpicada de bonitas casas de campo, y el mar que se extendía grande, inmenso, con sus inquietas ondas coronadas de espuma, sobre las que se mecían siempre numerosos buques de distintas nacionalidades.

Magdalena pensaba llena de satisfacción, que su hija se hallaba á cubierto de la pobreza, que no conocería los días de escasez que tan terribles habían sido para ella, y gozaba con la alegría de la joven que en las dos lindas casitas preparadas para ella por el amor maternal, se consideraba completamente feliz.

XII

En una noche de Enero, clara, fresca, primaveral, como son allí casi todas las del crudo invierno, en que la luna hacía brillar el mar como inmenso y movable espejo, y destacarse Santa Cruz, tranquilo, silencioso, impenetrable por la parte del campo envuelta en misteriosas tintas; luminoso, límpido, en la ceñida por el mar; Magdalena y Alicia, despues de salir del teatro, llegaron á su casa y se sentaron en un pequeño gabinete alumbrado por la luz de un quinqué.

Sentada la madre en un sillón tenía entre las suyas las manos de su hija y hablaban tan bajo que el murmullo de sus voces apenas se percibía.

De los hombros de Magdalena había caído el abrigo y aparecía con un elejante traje negro. Alicia, vestida de blanco, con una camelia de sonrosado color entre los cabellos y otra en el talle, trémula y sonriente á la vez, con las pequeñas manos frías á pesar de lo grato de la temperatura, estaba bellísima y el con-

traste que formaba era encantador.

Pero escuchemos, pues aunque contenidas sus voces, han de ser perceptibles para nuestros lectores.

—Lo principal—decía Magdalena— es que te quiera como tú mereces, que te haga dichosa.

—De su cariño no puedo dudar; dichosa, creo que con ninguno podría serlo tanto; pero, lo repito, no estoy tranquila, tengo la aprehensión de que á ti no te satisface su caracter y no lo dices porque no quieres disgustarme.

—Hija mía, en el mundo todos tenemos nuestros defectos y debilidades. Para compañero de tu vida querría un ser perfecto, que en este punto la ambición de una madre es muy grande; pero no existe, y tengo que contentarme con uno como los demás. Te quiere y tú lo quieres; no hay en sus costumbres ni en sus antecedentes cosa alguna que le perjudique; queréis casaros, pues no será tu madre quien se oponga á lo que crees tu felicidad.

—Mira, él que perdió á su madre cuando era pequeño y que ha vivido sin saber lo que es ese cariño, te querrá á ti mucho, y ya verás que dichosos seremos los tres.

—Así lo creo y puesto que tu lo quieres yo también lo querré pronto, y espero que él tendrá un

un poco de afecto para mí porque soy tu madre y los dos seréis mis hijos; pero no es de mí de quien debemos ocuparnos sino de tí. Eres buena, mi niña querida, creo que tu marido, cuando lo sea, encontrará en tí no solo una mujer con las cualidades necesarias para hacer el hogar agradable, sino una señora que no hará mal papel en ninguna parte, y una ama de casa que no ignora nada de lo que debe saber para que la suya marche en el más perfecto orden; sin embargo, hoy que vas á cambiar de vida, que vas á labrar, por tí misma, tu dicha presente y futura, tengo que decirte muchas cosas que quiero queden grabadas en tu corazón.

Magdalena hizo una pausa, luego continuó:

—Tu afán más grande ha de ser la felicidad de tu marido. Que encuentre agradable la casa y tu compañía: esto se consigue con cariño y buena voluntad. Hoy te parece que en Pepe no hay un defecto, si mañana encuentras alguno, ten bastante indulgencia para disimularlo.

Que te halle dulce sin exageración; buena y sufrida sin abdicar de tu dignidad. Que á tu alrededor esté todo en orden sin llegar á la monotonía, y sin salir de los medios de que puedas disponer, procura dar á cuanto te rodee aspecto de elegan-

cia y de buen gusto. Mira hija mía, en una salita modesta, con muebles cómodos, flores y libros, se siente un bienestar muy grande, mucho mayor que el que produce un salón suntuoso en el que solo haya riquezas que admirar; los adornos ricos inspiran primero curiosidad, después indiferencia; las flores, los libros, son compañeros que alegran el alma, que tienen siempre un perfume, una belleza, una página, una nota, que nos conmueve y nos hace gozar inefables dulzuras. Dios, al dar á los ricos el poder de rodearse de lo más suntuoso, ha creado cosas muy hermosas que están al alcance de todos.

Pero me separo de mi objeto. Huye, hija mía, de la presunción y de la vanidad tanto como de la incuria y el descuido; procura vestir con sencillez, pero que tus trajes sean siempre á propósito para el momento en que los lleves.

Que seas para tu marido compañera con quien pueda compartir penas y alegrías. Desgraciadamente, la mujer, por falta de ilustración, no puede ser lo que debiera; quizá un día no lejano se ponga remedio á este mal.

Calló Magdalena y Alicia dijo conmovida:

--Procuraré no olvidar tus con-

sejos, además, siempre estarás á mi lado, madre querida, para que me los recuerdes.

— Si hijita. Vamos ahora á acostarnos y ya hablaremos largamente.

Como ves, lector, Alicia amaba, y su matrimonio no tardaría en realizarse.

Magdalena sentía allá en el fondo del alma, una pena muy grande porque pronto Alicia no sería solamente suya; pero era tanto su cariño por aquella hija á quien había dedicado su vida, que tales sentimientos parecíanle egoistas y los hacía callar diciéndose que solo en la dicha de Alicia debía pensar.

Fijóse la boda para el mes de Octubre y madre é hija pasaron el verano en su casita de Tegueste preparando, para la última, primorosa ropa blanca adornada con delicados encajes, artísticos pliegues y vistosos bordados hechos por ella y por su madre.

Llegó el mes de Octubre y Magdalena y Alicia volvieron á Santa Cruz dedicándose, la madre, á preparar la casa de la costa, donde su hija había de pasar la luna de miel.

Realizóse la boda y la primera noche que Alicia durmió bajo otro techo, fué para Magdalena de inmenso pesar, pesar que se echaba en cara como una falta.

SEGUNDA PARTE



SEGUNDA PARTE



I

Lector ¿te inspiran algún interés Magdalena y Clara? La mujer que por amor á su hija sufre, trabaja, soporta humillaciones; la que renuncia á sus esperanzas, á formar una nueva familia, á tener hijos que la rodeen y alegren su vejez, por no abandonar á su madre enferma, á sus pequeñas hermanas, ¿despiertan en tí alguna simpatía? si es así, haces mal, porque has de saber que las hermanas de Clara ya no son niñas, que ella vá dejándo de ser joven, que Alicia se ha casado; por consiguiente todo ha cambiado, Clara y Magdalena pertenecen al número de los seres que se miran con prevención, de cuyas acciones y palabras se saca partido lanzándoles crueles epigramas; personajes que se emplean mucho en cuentos y pasatiempos de periódicos y almanaques festivos; en los que se ceba la crítica mordaz, más dañina, muchas veces, que la punta de un puñal ó el cañón de un revólver. En una pabra, la amante madre, la hija modelo, quedan sepultadas en el olvido;

Magdalena y Clara son simplemente, una suegra, una solterona....; que cosa tan vulgar, tan poco interesante! Si hay algo meritorio en su vida, que lo recuerden ellas para distraerse, al mundo no le importa.

—¿Es posible, Clara, que no quieras complacerme?

—No digas eso Juanita, bien sabes cuanto anhelo verte contenta.

—Es raro. Deseas verme contenta y no accedes á una cosa tan natural.

—¿Natural dices?

—Sí, y lo repito. Vamos á ver: ¿has hecho alguna promesa que te impida ir á un baile?

—No.

—Entonces ¿por qué no has de ir?

—Porqué hace muchos años, cuando tu eras una niña, renuncié á esas diversiones y no he vuelto á tomar parte en ellas.

—Vaya una razón. No puedes ir á un baile porque hace años que no vas. Dí más bien que no quieres darme gusto. Si Amparo estuviera en mi lugar irías con seguridad. Siempre la quisiste más que á mí.

—Como puedes pensar eso hermana mía,—dijo Clara con tristeza—os he querido, y os quiero, lo mismo.

—Pues á ella nunca le decías que

no, y á mí me lo dices.

—Eso será por que ella no me pediría cosas á que no podía yo acceder. Mi cariño ha sido siempre igual para las dos, no me digas lo contrario, tú misma no puedes creerlo y ¡me hace tanto daño!.....

—Bueno, dejemos eso y vamos á ver si te decides. Tres días hace que estoy hablando de lo mismo; si no te resuelves hoy, ya no habrá tiempo de hacer los vestidos.

—No puede ser Juanita. Aunque quisiera hacer por tí ese sacrificio, no podría decidirme á dejar á mamá sola una noche.

—¿Qué había de suceder por que una noche no estuvieras tú aquí?

—Puede sentirse mal, necesitar alguna cosa.

—¿Y no podrán las criadas tener cuidado?

—No se despiertan con facilidad, ni hacen las cosas con la delicadeza que mamá necesita, ni la acompañan si está desvelada, pues tienen sueño porque pasan el día trabajando.

Juanita meditó un momento, luego dijo:

—Eso no es una dificultad, Amparo puede venir y quedarse aquí esa noche.

Clara, vacilante, guardó silencio. Quería complacer á su hermana;

¡pero era para ella tan poco grata la idea de presentarse en un baile! ¡hacía un sacrificio tan grande al dejar á su madre una noche!

—¿Qué decides?—preguntó impaciente Juanita.

Clara la miró suspirando.

—Mira hermana,—siguió Juanita con voz melosa, apoyando su mano sobre un hombro de Clara—decidete y dame ese gusto.

Después, cambiando de entonación, exclamó:

—Ven.

Cogiéndola á su hermana de la mano la arrastró, y casi corriendo, atravesó varias habitaciones, empujó una puerta, y entró como una tromba en el aposento de su madre llevando siempre á Clara asida de la mano.

Asustada Luisa volvió la cabeza preguntando:

—¿Que es eso? ¿Que pasa?

Nada,—se apresuró á decir Clara tranquilizando á su madre con las palabras y con el jesto—está aturrida que corre y me hace correr.

—Perdona, mi viejecita querida, perdona á tu Juana que es una loca—exclamó con mimo sentándose en una silla bajita que se hallaba junto á su madre, apoyando las manos sobre las rodillas de aquella, y, en las manos, la linda cabeza.

Luisa sonrió, acarició aquella cabeza juvenil, y preguntó:

¿Porqué corrías y hacías correr á tu hermana?

— Porque venía á contarte una cosa y que tu fueras juez dando la razón á quien la tenga.

Al pronunciar estas palabras Juanita se enderezó quedando con las manos apoyadas en las rodillas de su madre y mirándola con cara á la vez risueña y suplicante.

Clara, con su rostro serio, pero respirando bondad y cariño, las miraba alternativamente.

Después de una pausa Juanita prosiguió:

— Ya sabes cuanto tiempo hace que no voy á un baile, y que ninguna de mis amigas vá tan pocas veces como yo. Ahora preparan en el casino uno que dicen ha de ser el mejor de este invierno. Gabriela no va, Amparo tampoco; no tengo con quien ir; me queda un desconsuelo muy grande porque todas mis amigas irán, y yo, que tengo un vestido tan bonito que pueden hacerme para esa noche, me voy á quedar..... ¿Te parece bien? ¿No te dá pena de tu hijita? ¿Verdad que Clara debe procurar que yo vaya?

— Clara, pero ¿qué puede hacer ella?

— Una cosa muy sencilla: ir al

baile también. Si el marido de Amparo quiere, vá con nosotras, y si no, avisamos á tío Federico para que baje y nos acompañe. ¿Qué hay en esto de malo?

Luisa miró en silencio á su hija mayor.

Juanita, obedeciendo á una idea súbita, dijo:

—Mira, voy á decir la verdad mamá, Clara dice que no quiere ir porque hace muchos años que no vá á bailes, pero la principal razón es que no quiere dejarte sola una noche.

—Eso no importa hija mía—exclamó Luisa en tanto que Clara decía con disgusto, temerosa de que su madre creyera hacía un sacrificio permaneciendo siempre á su lado.

—No digas eso Juanita.

—No tengas pena por lo que ha dicho Juana—exclamó su madre estrechando su mano.—Sé lo indiferentes que para tí son las diversiones; pero, si no haces un gran sacrificio, debes ir con tu hermana. Yo me distraeré viendooos hacer los preparativos y oyéndote, después, contarme lo que te haya parecido el baile. Cuando estés allí puede ser que pases un rato distraído y, si no, todo es cuestión de algunas horas.

Clara suspiró.

—¡Decídetel—exclamó Juanita—ya ves lo que mamá dice.

Clara se pasó una mano por la frente; le hacía daño la idea de asistir á una fiesta ruidosa.

Juanita se puso en pié.

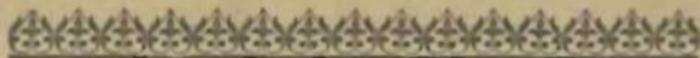
—Voy á enviar recado á la modista y empezar á preparar los adornos. Conque sí..... Que dices tu mamá, ayúdame.

—Vamos Clara decídetete—dijo su madre sonriendo.

—Bueno,—murmuró Clara—haré lo que deseáis.

Juanita, sin añadir una palabra más, salió con paso rápido y se la oyó decir en alta voz:

—Petra, ven pronto que vas á llevar un recado á la modista.



II

Federico entraba en su casa cansado; había pasado parte del día en el campo presenciando la siembra, recorriendo las fincas que, gracias á su asídulo cuidado, y buena dirección, bastaban para vivir su familia con desahogo, aunque no como quería Gabriela que era vana y gustaba del lujo.

La hija mayor de Federico se había casado; Luis el segundo, seguía con gran aprovechamiento, la carrera de medicina; Concha que contaba quince años, y Fernando, de doce, permanecían con sus padres.

Federico, al atravesar la galería para dirigirse á la habitación en que Gabriela salía hallarse, encontró á su hija apoyada en una ventana, y la dijo dándola un cariñoso golpecito en un hombro:

—Que pongan la comida, Concha.

La niña miró á su padre sonriendo, acarició su barba gris, y se alejó presurosa diciendo:

—Antes de dos minutos está en la mesa.

Gabriela, sentada en un sillonsito,

tenía ante sí, sobre una pequeña mesa, un costurero abierto, y, á su lado, una cesta llena de ropa blanca que, al sentarse, pensaba repasar; pero su mal humor le hacía tan antipática aquella tarea, que no había empezado siquiera.

Federico, apenas la divisó, exclamó alegremente:

—Traigo un hambre y un frío atroces.

Y se restregaba las manos sonriendo.

—Pues si tu tienes frío paseando, figurate yo aquí sentada cosiendo, —dijo Gabriela con tono desabrido.

—¿Porqué no has salido á pasear con los chicos? La carretera está seca.

—No tenía humor para nada.

La cara y el tono de su mujer quitaron su alegría á Federico, que suspirando se dejó caer en un sillón de mimbres.

—A la mesa—exclamó Concha apareciendo en la puerta, muy linda, con su traje azul, su blanco delantal, su carita de cielo, y agitando en una mano un llavero con bastantes llaves.

—No hagas bulla con las llaves, niña,—exclamó Gabriela en tanto que el rostro de Federico se animaba al ver á su hija.

Se levantó y ya iba á traspasar el

umbral de la puerta cuando la voz de su mujer lo hizo detenerse y volver la cabeza.

—Pero hombre—decía con enojo—mira como has puesto el piso con el lodo que traes en las botas; podías haberlas limpiado en el felpudo.

—Ya lo hice, mujer, pero con la prisa de subir no las dejé bien limpias. Estan las tierras tan mojadas.

—Procura tener más cuidado, porque esto de estar siempre limpiando y siempre la casa sucia, es insoportable.

La alegría había huido del rostro de Concha, que mirando con pena á su padre, dijo cariñosamente:

—Que humedad habrás tomado, papá. Múdate el calzado y bebe una copa de vino antes de empezar á comer, no sea que eso te haga daño.

—Seguiré tu consejo, hija, pues la salud hace falta.

Durante la comida no reinó la expansión acostumbrada. Federico y sus hijos hablaban, pero el tono displicente y mal humorado de Gabriela, robaba su alegría á los tres.

Fernando y Concha se levantaron terminada la comida; la criada que había servido se marchó á la cocina, Federico se apoyó en una ventana mirando la campiña bella siem

pre aun en la estación de las lluvias, y que parecía, al declinar la tarde, envuelta en leve y misterioso velo.

Gabriela se acercó á su marido.

—Vamos á ver que le pasa, pensó Federico.

—Hoy he sabido de tu familia, —dijo Gabriela—Juanita escribió contestando á una carta de Concha.

—¿Qué dice? ¿Cómo está mi hermana? —preguntó con interés Federico.

—Tu hermana lo mismo siempre.

—¿Y Clara?

—Clara ¡Ah! Clara está muy animada.

Federico miró con extrañeza á Gabriela.

—Explicáte. —dijo—¿Qué animación es esa?

—Figúrate que está preparándose para ir al baile del casino.

—¿Clara?

—Ella misma.

—Me extraña; no porque ella no pueda ir como las demás, sino por lo alejada que vive de toda distracción.

—Parece que ya se va cansando de esa vida y quiere divertirse.

—No sé como puedes decir eso conociendo á Clara. Si vá á ese baile, alguna razón tendrá para ello.

—Ya lo creo. La razón de que quiere gozar en los años que le que-

dan antes de la vejez. Tarde ha empezado.

—No digas eso; te lo suplico.

—Bueno, no lo diré, aunque no creo ofenderla. Hablemos de otra cosa. ¿No te dá pena de que Concha vea que todas sus amigas y sus primas se divierten en tanto que ella, la pobre, está siempre aquí sin gozar de nada?

—Pero Gabriela, Concha es una niña, lo más á propósito para su edad es que pasee mucho, que haga ejercicio, que respire el aire puro del campo.

—Paseos y siempre paseos, y que aburrida me tienen ya los paseos, y el respirar el aire puro, y ver el trigo verde y el trigo amarillo. En verano es muy agradable la carretera, no digo lo contrario. Allí se encuentra mucha gente de Santa Cruz...

—Pues hija, á mí me gusta más ahora. Todo empieza á estar verde, no cubierto de polvo como en Agosto, sino limpio y fresco; el aire parece que ensancha los pulmones; el calor del sol es una caricia; nuestra Providencia, el trigo, que tú estás tan cansada de ver, y que ya vá cubriendo Las Lagunas y Los Rodeos, me encanta con su verde de tantos tonos, y si no temiera que te burlaras de mí, te diría que muchas veces al pasar cerca de un ancho ca-

mino con el piso cubierto de yerbe-sillas, ó de una senda estrecha, con cañas á los lados y su hilito de agua corriendo en medio, al mirar los montes que reberdecen, el cielo tan azul y tan despejado, me detengo gozando y pienso en la grandeza de Dios que ha creado tantas bellezas.

— Solo faltaba que te hicieras poeta para ser más fastidioso — exclamó Gabriela.

Federico guardó silencio.

Después de una pausa ella prosiguió:

— No vayas á enfadarte por esa broma.

— No me enfado, bien lo sabes, pero me duele que no estén más en armonía nuestras ideas.

— Pues hijo, si á tí te encanta el campo que con la humedad y el sol hace perder la salud, á mí me gusta un teatro, un baile. No tenemos nosotros la culpa de que nuestros gustos sean distintos. Y, á propósito de bailes, sigo lo que antes te decía. Me dá pena que Concha esté desconsolada sabiendo que otras se divierten y ella no.

Federico pensaba si sería Gabriela y no Concha, la que quería ir al baile, pero no dejó traslucir su pensamiento.

Gabriela esperó algunos momen-

tos; viendo que Federico callaba, preguntó:

—¿Que dices de esto?

—Que voy á decir: que aun es muy joven, que ya la procuraremos distracciones más adelante, cuando estemos desahogados, como se las procurabamos á su hermana, muchas veces á costa de sacrificios.

—¡Pero no comprendes que un baile como este no se ve siempre! ¡Que si va Clara, y tantas de aquí y de Santa Cruz, no es justo que no vayamos también mi hija y yo. Como para estas cosas no tienes razón, y para tí nunca es preciso gozar un poco, ya suponía lo que habías de decir. Por eso me puse de tan mal humor desde que leí la carta.

—Haste cargo, Gabriela, de la situación: los gastos que hicimos cuando se casó nuestra hija, la pensión de Luis.....

—Pues mira, Federico, bien pocos son los caprichos que tengo; pero á este baile quiero que vaya Concha, salga de donde salga.

—Fíjate, en que los momentos son los menos á propósito.

—Esto es una vez, Federico, es preciso hacerlo, y de prisa porque quedan muy pocos días. Ya tengo aquí las muestras para comprar el vestido de Concha, luego pensaremos en el mío. Despues de todo, el

gasto no ha de ser tanto, ni será preciso dar el dinero ahora, seguramente esperarán.

Federico echó una mirada de tristeza sobre Gabriela y se alejó lentamente diciendo:

—Sea lo que tú quieras.

Encontró á su hija en la galería, detúvola, cogió entre sus manos la cabeza de la niña y preguntó mirándola fijamente á los ojos:

—¿Tienes mucha gana de ir al baile?

Concha hizo un mohín encantador y encogió los hombros diciendo:

—Mamá dice que me voy á divertir mucho.....

Federico dió un beso en la frente de su hija, y se alejó sin pronunciar una palabra más.



III

Llegó la noche del baile.

Clara, con un vestido de seda gris, su sencillo peinado, sus adornos serios y de muy buen gusto, estaba verdaderamente elegante.

Juanita apareció encantadora con el vestido blanco y vaporoso, los grupos de rosas de pálido color que adornaban sus cabellos, y el collar de perlas que rodeaba su garganta.

Clara, olvidándose de si misma, se colocó frente á su hermana diciendo satisfecha:

—Que bien estás.

—¿Y tú,?—exclamó aquella alegremente.—Mira mamá ¿que te parece Clara?

Bastante bien, hija.

—¡Bien! está elegantísima.

Clara sonrió con bondad.

Después las dos hermanas se cubrieron con los abrigos y salieron.

Un cuarto de hora más tarde un coche se detenía á la puerta y Luisa oyó con gusto y sorpresa la voz de su hermano.

—Tú aquí—exclamó gozosa al

verlo entrar. ¡Ah! ¡Vienen también Gabriela y Concha! ¡Vestidas de baile! No sabía que ibáis esta noche.

—Nos decidimos á última hora— dijo Gabriela abrazando á su cuñada.

Después de algunos momentos preguntó:

—¿Se han marchado ya Clara y Juanita?

—Sí.

—Pues vamos que es tarde.

Los tres salieron.

IV

Clara se sentía extraña y triste.

Aquella juventud, alegre al parecer, que se agitaba en el torbellino del vals, la mareaba; la atmósfera del salón, el murmullo de las conversaciones, las luces, el ruido, todo hacía daño á la pobre Clara que pensaba con angustia en su casa, en su madre, en su silencioso y apacible dormitorio, y contaba las horas que allí había de pasar.

La presencia de Gabriela la sorprendió.

Sentóse esta á su lado, diciéndole despues de cambiar cariñosas frases:

—Cuanto sentimos no encontraros en casa para venir reunidos.

—Y yo cuanto siento no haber sabido que vosotros veniáis,—dijo Clara—Juanita os hubiese acompañado y yo no hubiera venido.

—No digas eso. Que locura. Estás muy elegante y haces perfectamente en dejar esa vida tan retirada de la que al fin se cansan cuantas la adoptan.

—Si yo solo he venido por Juanita.

—Bueno mujer. Hoy por ella, mañana por tí. Pero dime, ¿te parece que me quedó bien el vestido?

Si, muy bien.

—La modista acertó—prosiguió Gabriela satisfecha—Tambien es verdad que durante estos días ni uno solo he dejado de ir á su casa, temiendo que lo echara á perder, ó no lo concluyera á tiempo. Y Concha ¿que te parece?

—Preciosa. El vestido es muy bonito, y aunque no lo fuera, con su cara y sus quince años, siempre estaría bien. ¿Porqué no nos dijistéis que veniáis al baile?

—Porque queríamos sorprenderos. Cuando nos enteramos, por una carta de Juanita, de que vosotras pensabáis venir, Concha, como ya es una mujercita, se desconsoló tanto que su padre y yo nos decidimos á traerla. Apenas se ha casado la mayor ya esta chiquilla empieza con los desconsuelos; no nos ha dado tiempo por descansar un poco.

—Y es tan jovencita—dijo Clara mirando á Concha que pasaba apoyada en el brazo de un oficial—No sabe ella lo hermosa que es la edad de los juegos cuando tanta prisa se dá para dejarla.

Gabriela, contrariada, se abanicó con fuerza y varió la conversación. La oleada humana que se agita-

taba en el salón, llevó junto á ella á una señora, antigua amiga de su madre, la que no se distinguía por su prudencia ni por su discreción; uno de esos seres que aconsejando á todos con la mejor intención, pero faltos de tacto para hacerlo, ofenden y entristecen á quien los escucha.

—Hija,—dijo apenas se sentó— gracias á Dios que te presentas en estas reuniones. Estás muy bien vestida. Te doy la enhorabuena y te encargo no vuelvas á caer en la ridiculez de hacer el papel de mamá; deja eso para las que lo somos y no tenemos más remedio que venir ó quedarnos, segun conviene á las chicas ú opinan los maridos. Las que, como tú, no tienen esas obligaciones, deben aprovechar su libertad.

—Pero si yo solo he venido por complacer á Juanita.

—No digas eso que se rien si te oyen y no lo haces creer á nadie. Dispensa que te hable así; pero como te conozco desde que naciste, y te quiero mucho, me intereso por tí, y te hablo como á una hija. Cuando se terminaron tus relaciones con aquel militar, te entristeciste y te retiraste á un rincón; yo entonces no estaba aquí, y lo siento, pues te hubiera aconsejado; pero en fin, hoy comprendes que es una ton-

tería y quieres variar de vida; muy bien. Lástima que no lo hayas hecho algunos años antes. Te aseguro que estarias casada de una manera ventajosa, y no soy yo sola quien lo dice, á otras he oído lo mismo hablando de tí. Tomar tanto cariño á un novio no debe ser, ellos se olvidan y á las pobres mujeres, que nose sobreponen á esos desengaños, les pasa lo que á tí.

—Si yo fuí quien dejó esos amores por no abandonar á mi madre y á mis hermanas—balbuzeó Clara sorprendida y angustiada—Si no he pensado, ni pienso en casarme. Si he vénido á este baile solo por Juanita.

—Bien mujer. Tú puedes decir aún eso, si tuvieras algunos años más no te lo aconsejaría, pues sacan partido diciendo que todas las que se quedan solteras aseguran que es porque han querido; pero eso no va contigo; ni tu edad, ni tu cara, son para perder la esperanza. Repito que te digo esto porque te quiero y tengo experiencia. Cuantas veces he pensado y he dicho á mis amigas: cuando Clara se arrepienta del disparate que está haciéndolo vá á ser demasiado tarde, pero veo con gusto que no es así.

El asombro de Clara era tan grande como su dolor.

No se le ocurría una palabra que contestar á aquel torrente, y pálida, con la mirada fija y los labios entreabiertos para dar paso á la fatigosa respiración, olvidaba el sitio en que se encontraba.

Juanita, que pasó junto á ella, se inclinó y murmuró á su oído.

—¡Clara, por Dios, que cara! Mira que se fijan en tí y estás haciendo un papel ridículo.

La oficiosa amiga que oyó aquellas palabras se puso en pie diciendo:

—Vamos al tocador. El calor del salón te hace daño.

Clara salió del salón como un autómata.

Al llegar al tocador encontraron á Gabriela que salía.

—¿Que tienes, Clara?—preguntó fijándose en su desmudado rostro.

—Se ha puesto mala,—contestó presurosa su compañera—el calor; esto pasará cuando descanse un poco.

—Ese es uno de los inconvenientes de dedicarse tan por completo á la vida casera. Las que hacemos esa locura nos convertimos en *magas* y no podemos respirar en un salón.

Gabriela, después de pronunciar estas palabras, se alejó cuidando de que fueran bien extendidos los pliegues de su vestido, sin pensar

que la adquisición de aquella tela que arrastraba orgullosa, representaba para su marido un sacrificio, quizá algunas capas mas en su cabeza, que comenzaba á ser venerable.

¡Quien piensa en esos detalles?

Clara volvió al salón con el rostro sereno. Comprendiendo que se ponía en ridículo dejando ver cuanto sufría, guardó su pena en el corazón, y se propuso afrontar, con semblante tranquilo, lo que en aquella noche memorable quedara aun para ella.

Miraba sin fijarse cuando comprendió que en un grupo formado por tres jóvenes hablaban de ella.

Las miradas que la dirigian, sus sonrisas burlonas, hicieronla casi adivinar lo que decian. Bastábale recordar lo que acababa de oír, para saber lo que de ella se pensaba, el premio que el mundo concedía a su vida de sacrificio.

No se engañaba; de ello nos convenceremos escuchando un momento la conversación de los jóvenes aludidos.

— Haz lo que te ha dicho tu madre: sácala á bailar.

— ¡Yo! por nada.

— Mira como se fija en los grupos de las puertas. Son los de su tiempo. De ellos espera scorro.

— Pues que la socorran.

—No se deciden y vá á irse desconsolada sin bailar una vez siquiera.

—Antes entró en el tocador con una cara, creí que le daba un síncope.

—Reñiría con su novio.

—Já, já; já...

—Esa familia ha pisado esta noche mala hierba. ¿Habeis visto el aire melancólico del tío Federico?

—No está en su centro. Sacándolo de la siembra y recolección de sus tierras es hombre al agua.

—Que seres tan prosaicos.

—Y tan vulgares.

—Y tan inútiles.

—La mujer de Federico está muy elegante.

—Es una mujer muy sociable que no sé como resiste á ese marido que tiene. Disimula mucho la edad; esta noche está guapa de veras. La chiquilla también es bonita, pero está aun muy encogida y tiene sueño; fijaos en los esfuerzos que hace para no dormirse; y eso que no ha cesado de bailar en toda la noche.

—Ya que pasamos revista á la familia no olvidemos á Juanita que viene allí del brazo de ese capitán que le hace el amor, y que está preciosa.

—Es verdad. No sé como tiene tan buen humor viviendo entre la

madre enferma y la hermana que es un ogro.

—Hombre, Clara no es fea. ...

—Fea no; pero su género de vida, y su cara de esta noche, dán idea de lo tratable que será. Me dá pena de Juanita.

Llegó la madrugada.

A Clara se le hacían horas los segundos, á Juanita, segundos las horas. Gabriela pensaba cuando pasaría otra noche como aquella. Concha hacía esfuerzos para que no se cerraran sus hermosos ojos. Federico contemplaba, al través de los cristales, las pardas nubes que cubrían el cielo, y luchaba entre el deseo de que lloviera para que se mojaran los campos y el temor de que, si llovía, hiciera daño la humedad á alguna de las personas de su familia al salir á la calle.

Resolvió el problema murmurando:

—Dios quiera que llueva en La Laguna, pero aquí no.

Y se alejó, pensando á donde podría llegar su cosecha siendo buena, cuanto podría reunir vendiéndola á buen precio, y si, con su importe, podrían enviarse las mensualidades al estudiante, pagar los gastos que el baile había ocasionado, y que viviera con dosahogo su familia, sin contraer graves compromisos.

¡Que seres tan vulgares hay en el mundo!



V

Al llegar á su casa Clara se dirigió de puntillas al dormitorio de su madre, vió que dormía tranquilamente y se alejó sin hacer ruido.

Preguntó si se habían preparado habitaciones para sus tíos y prima, lo que ya estaba hecho por orden de su madre y marchó á encerrarse en la suya.

Estaba sola: podía desahogar su pecho oprimido.

Dejóse caer en un sillonsito colocado junto á la cama, echando sobre ella, con un movimiento nervioso, los guantes y el abanico, y abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas.

Ante ella se acababa de descorrer un velo.

Repetíase lo que había escuchado, lo que había creído adivinar.

No se la concedía nada, ni aun el mérito del más pequeño de sus sacrificios; no se la creía; no se la comprendía.

Seguían corriendo sus lágrimas y nervioso temblor agitaba su cuerpo en tanto que murmuraba:

— Que desgraciada soy.

Desahogado su pecho, fueron secándose las lágrimas que habían manchado el elegante traje, los ricos encajes, y con la cabeza echada atrás, caída sobre el respaldo del sillón, y las manos cruzadas sobre las rodillas, quedó abismada en sus pensamientos.

Por su mente fué pasando su vida entera con tanta claridad como si los sucesos más lejanos hubiesen ocurrido en aquel mismo día. Pensó en su infancia, en su juventud iluminada por el amor de Carlos, por las hermosas esperanzas de un porvenir venturoso; el día terrible de luto y desolación, su resolución suprema, el sacrificio que, sin vacilar, se había impuesto; el resentimiento, la partida y el matrimonio de Carlos; su vida de amor y de abnegación, y por último, su verdadera situación en el presente, situación que no sospechaba y acababa de serle revelada.

Juanita entre tanto, había entrado en su dormitorio, se había despojado de sus flores y de su blanco traje, despacito, sonriendo, repitiéndose palabras muy dulces que acababa de oír, porque el capitán había hecho su declaración y ella que comprendía era amada verdaderamente, pensaba en el matrimonio y en la dicha que la aguardaba.

Se acostó, y después de rezar una oración algo deprisa, se durmió con los mismos pensamientos, sonriendo, viendo entre los primeros vapores del sueño, muchos galones, una faga de general, viajes, una vida llena de amor y de placeres.

Si los que algunas horas antes hablaban de las dos hermanas, hubiesen podido verlas, quizá comprendieran que Clara no merecía las burlas, ni Juanita la compasión, de que las habían hecho objeto.

Así juzga el mundo.

—Clara, aun no te despiertas. Mamá pregunta por tí.

Al oír la voz de Juanita que golpeaba la puerta, Clara dió un salto y miró con asombro en torno suyo.

Había perdido la noción del tiempo.

Su madre la llamaba, quizá se sentía mal, y en medio de su dolor, la había olvidado.

Ante esta idea lo olvidó todo, corrió á la puerta, abrió azorada y á la vez que penetró en el cuarto una oleada de sol, resonó en sus oídos una estrepitosa carcajada.

Juanita reía con toda su alma gritando, en medio de alegres carcajadas:

—Gabriela, Concha, corred si queréis ver á mi hermana que se

durmió con el traje de baile y despierta asustada y hecha la facha más ridícula ja... ja... ja...

—¡Por Dios, Juana, calla que me haces daño!—exclamó Clara—¿Le pasa algo á mamá?

—No, hija, nada; pero desea verte.

—Pues dile que voy al instante.

Cerró Clara la puerta y, en tanto que llegaba hasta ella la risa de Juanita que se alejaba, arrancóse con desesperación sus adornos y su traje, vistióse una bata que estaba sobre una silla, bañóse la cara con agua fresca para que de ella se borrasen las huellas del llanto, y salió presurosá dirigiéndose á la habitación de su madre.

Recibiónla con risas y bromas.

Solo uno guardaba silencio, Federico, que clavaba en ella una mirada profunda. Quizá adivinaba algo de lo que pasaba en aquella alma.

Clara contestó á todo con una sonrisa, y besando los plateados cabellos de su madre, y haciendo un esfuerzo para que su voz fuera natural, le preguntó:

—¿Como estás madre querida?
¿Me has echado de menos?

—Bastante Clara mía: estoy tan acostumbrada á verte á mi lado...

Clara, acariciando con mano nerviosa aquella cabeza venerable, murmuró con extraña sonrisa:

—Aún me necesita alguien. No soy del todo inútil.

—Clara—dijo Juanita—nos estamos muriendo de hambre. Vamos á almorzar. Mira como bosteza Concha.

Clara se volvió hacia la encantadora niña, y al ver su rostro pálido y sus grandes ojos rodeados de un círculo oscuro, exclamó, cogiendo sus manos con pena:

—¡Que efecto te ha hecho la mala noche!

—No tanto como á tí que tienes cara de desenterrada—dijo Gabriela en tolo de broma.

—Pues no será porque no haya dormido—insinuó Juanita.

—¿Te gustó el baile—preguntaba entre tanto su madre á Clara.

—Sí; estuvo muy bien—contestó ella.

—Ya ves cuantas razón tenía yo al decir que no te pesaría ir. Quiero que me cuentes algunos detalles.

—Con mucho gusto; pero mejor lo harán Gabriela ó Juana, pues yo... como hace tanto tiempo que no iba, estaba mareada y no me fijé.

—Clara y Concha—exclamó Gabriela riendo—se presentaron anoche en el mundo, y las dos han resultado con unas caras que parecen atontadas.

Juanita y Concha se echaron á reir.

—A almorzar.

—A almorzar.

Se dirigieron al comedor que Juanita, que á todos quería comunicar su alegría, había adornado con profusión de flores.

Durante el almuerzo siguió siendo motivo de broma el supuesto sueño de Clara, que no la había permitido despojarse de su vestido de baile.



VI

El marido de Alicia no se distinguía por sus buenas cualidades, ni por sus vicios,

Era un hombre como hay muchos.

Cumplía regularmente en la oficina en que estaba empleado. Hablaba mucho. Formaba planes que atraían la atención, pero que eran impracticables. No era su inteligencia muy elevada y se dejaba arrastrar por ideas ajenas que se asimilaba, llegando á creer que eran suyas.

Hablando con uno de sus amigos, escéptico que nada respetaba, éste le preguntó si pensaba vivir con su suegra.

Contestó Pepe afirmativamente y el otro dijo.

—Haces muy mal. Tú no sabes lo que es una calamidad de esas en una casa, queriendo mimar á su hija, indisponerla con el marido, al que pide cuenta de su tiempo, que quiere saber en que ha invertido, y hasta de una peseta que lleve en el bolsillo.

—Quizá tengas razón—dijo Pepe pensativo.

—Yo, en tu lugar, no accedería—continuó el otro, que gozaba haciendo daño.

El veneno vertido en el corazón de Pepe, emponzoñó su sangre, y algunos días después, manifestó á Alicia que iba á buscar casa, para cuando quisieran dejar la de la costa.

—¡Como!—exclamó Alicia llena de dolor y de asombro—¿no vamos á la de mamá?

He pensado que no es conveniente porque tiene poca comodidad.

—Pepe, por Dios, no me pidas que me separe de mi madre. Sería matarnos á ella y á mí.

—Muy bien. ¡Conque yo no soy nadie! ¡Conque tú á quien quieres es á tu madre! ¡Me he lucido!

—Yo te quiero con toda mi alma, bien lo sabes; pero no por eso he dejar de querer á mi madre.

—Pues ya puedes elegir entre los dos: ella ó yo.

--¡Estás loco?

Pepe se marchó, y Alicia lloró más amargamente en aquel día que en los años que contaba de existencia.

Pepe no conocía el corazón humano.

Alicia lo amaba mucho; pero al ver que quería apartarla de aquella madre tan buena, que lo había sido todo para ella, algo extraño pasó en su corazón, algo que dejaba incólume el amor á la madre, y que hacía aparecer al marido en cierto modo, como un extraño á quien ella había dado su corazón, por quien se sacrificaría sin vacilar, y qué, en cambio, le robaba parte de su dicha.

Pepe había dado un paso en falso.

Magdalena, con su inmenso amor, con su elevada inteligencia, ocultó su dolor, sus lágrimas, que solo dejaba correr en la soledad, en aquella soledad tan triste, tan desconsoladora, é hizo esfuerzos inauditos para levantar el ánimo decaído de su hija, para hacerla aceptar la idea de no vivir bajo el mismo techo; y la prometía acompañarla durante algunas horas todos los días.

Lo que pintaba tan bien á su hija la había destrozado el corazón.

Solo ella hubiese podido decir la amargura de las horas que pasaba sola, en la habitación que había sido, que ella creyó seguiría siendo de Alicia, y que ahora le parecía una tumba.

Su fuerza de voluntad y el cariño á su hija la sostuvieron.

Diez y ocho meses hacía que Alicia se había casado, cuando una no-

che entró su marido muy alegre diciendo tenía que hablar con ella.

— Ya escucho—dijo Alicia, apoyándose en el respaldo de una silla.

— Es el caso que tengo en proyecto, con algunos amigos, un negocio magnífico; no te lo explico porque las mujeres no entendéis de estas cosas, te bastará saber que todos quedaremos ricos; pero, para plantearlo, se necesita algún capital, y no lo tiene ninguno de nosotros.

Pepe hizo una pausa, y prosiguió, al ver que Alicia callaba:

— Yo he dicho á mis amigos que cuento con el capital necesario.

Alicia lo miró con asombro.

— He pensado—siguió diciendo Pepe— que la finca de la costa no dá grandes rendimientos y será muy ventajoso venderla y emplear su producto en el negocio de que te hablo. Cualquiera de mis amigos conseguiría el dinero solo con dar parte en el asunto á algún comerciante de los que tienen capital, así me lo han asegurado; pero nos conviene más hacerlo nosotros solos, para que sean mayores los productos, yo me he comprometido á adelantar esos fondos, formando el plan que te expongo.

La cara de Alicia dejaba ver el asombro y el dolor de que estaba poseída al exclamar:

—¡Vender la finca que compró mi padre, en la que tanto dinero empleó mi madre para hacerla bella y productiva?

—Tu padre, si viviera, viendo un negocio como este, la vendería sin vacilar. En cuanto á tu madre, este asunto no es de su incumbencia.

—Pero eso no puede ser, Pepe, tú no lo has pensado.....

Pepe se puso en pié y cortó bruscamente la conversación diciendo:

—No hablemos más de ello esta noche. Piénsalo y ya entrarás en razón.



VII

Alicia apenas concibió el sueño durante la noche.

Aquel pedazo de tierra comprado por su padre, en el que su madre había invertido la mayor parte del pequeño capital que le deparó la Providencia, era para ella sagrado y nunca se le había ocurrido, siquiera la idea, de que pudiera desprenderse de él.

Por otra parte, Pepe le había dicho que un cambio de gobierno podía dejarlo cesante. Si esto sucedía ¿qué harían sin aquella finca, que los ponía á salvo de la escasez?; porque, en verdad, ella no tenía gran fé en aquel negocio que desconocía.

La luz del nuevo día la reanimó y se dijo que Pepe desistiría seguramente de su idea.

Su madre llegó temprano y Alicia pensó lo mejor era no comunicarle aquel proyecto que le ocasionaría grave disgusto, y que no había de realizarse; estaba segura de que Pepe, cuando reflexionara, lo desecharía.

Breves momentos permanecieron reunidas.

Magdalena iba á comunicar á su hija una triste noticia. La madre de Clara, de su amiga querida, acababa de morir casi repentinamente después de tan largos padecimientos; y Magdalena pensaba subir á la Laguna para ver á Clara.

Afectóla mucho la noticia y esto fué causa de que su madre no pudiera advertir había en ella otro motivo de pena.

Al salir Magdalena de la casa, Pepe, que acababa de levantarse, la vió desde la ventana del dormitorio.

Llamó á Alicia, que acudió triste y preocupada.

—¿Haz pensado en lo que te dije anoche?— preguntó.

—Por Dios Pepe,—dijo juntando las manos y asomando las lágrimas á sus ojos—no pienses en eso; ¡te lo suplico!

—Me lo figuraba,—exclamó Pepe dando una patada en el suelo—He visto salir á tu madre. La mandaste á buscar tempranito para que yo no me enterara, y te aconsejó que resistas á mi voluntad. Pues bien; yo haré comprender á esa señora lo que debo.

—¡Pero si yo no le he dicho una palabra,—exclamó Alicia llorando—si ella vino por que se murió la

madre de Clara y vá á la Laguna!

¡Buenas están Clara y ella—exclamó Pepe con tono despreciativo, y prosiguió con acento colérico—No pudiendo sospechar lo que aquí pasa, he buscado comprador para la finca; he hecho un ventajoso trato, que ya está cerrado; y ahora te aseguro, que como me bagas faltar á mi palabra y quedar en ridículo, tu madre no pondrá más los piés en esta casa.

Cogió su sombrero y salió en tanto que Alicia sofocada, desvanecida, caía en un sillón sollozando.

Pepe se dirigió al café donde debía reunirse con sus amigos.

Eran éstos: el escéptico que ya conocemos, un pobre diablo de esos que no se sabe como viven cuando no hay un amigo que los convide á comer, y el tercero pertenecía al número de los que se creen, ó se fingen, doctos en muchas cosas de que no entienden.

Los tres gustaban de gozar y darse buena vida, sin tener una peseta; y parecía fundaban grandes esperanzas en el negocio que iban á emprender, por lo menos así lo creía cándidamente Pepe.

Al aparecer éste, el escéptico que llevaba mugriento el cuello de la camisa, manchado el traje, descolorido el sombrero, y que fundaba su

orgullo en la diabólica sonrisita de sus delgados labios, y el incesante movimiento, lleno de abandono, con que su mano derecha acariciaba la larga y enmarañada barba, exclamó.

— Mala cara trae Pepe. Las cosas no marchan bien, y él toma en serio todas las pequeñeces de la vida.

Pepe, que los había oído, exclamó tirando el sombrero sobre la mesa.

— Tú puedes mirarlo todo con indiferencia, pero yo no, y traigo un humor de todos los diablos.

— ¿Qué te pasa?

— Figúrense ustedes que la pelma de mi suegra aconsejó á mi mujer que no permita que se venda la finca, y la niña se me planta, pateando y chillando.

— ¡Hombre!

— ¡Es posible!

— La niña es una mosquita muerta.

Esto último lo dijo el escéptico que de nada se asombraba, acen-tuándose mas su diabólica sonrisita, y acariciándose la barba.

— Ella no es mala, — exclamó Pepe — la pierden los consejos de la madre. Si ustedes vieran que conforme estaba anoche cuando se lo dije.

— Mujer mía había de ser — dijo con tono de amenaza el que había

resuelto el problema de vivir sin comer.

—El escéptico se puso en pié y con tono enfático, extendiendo el brazo, exclamó:

—Silencio..... Por mi boca os hablará un poeta, escuchad.....

«Se levantó el demonio una mañana de tan pícaro humor, que en un momento puso todo el infierno en movimiento, con mirada satánica y tirana.

Advierto que me ha dado la real gana, dijo el fiero satan con rudo acento, de hacer una creación, un gran portento, y, lo voy á cumplir; ¡es cosa llana.

Después cortando su revuelta cola tomó un pedazo; con su sangre negra y con esencia de escorpión mezc'óla..

Y formó una mujer ¡Cuanto se alegra al ver que corre y se revuelve sola!
Era aquella mujer.... la primer suegra!» (1)

Una carcajada general acogió el chistoso soneto y el escéptico, haciendo á Pepe un cómico saludo, le dijo:

—Pongo á tu disposición el tomito de poesías en que está, para que recomiendes á la señora madre de tu esposa, tan sustanciosa lectura.

—Diablo de hombre.—exclamó Pepe—Hace reir hasta en los momentos de más contrariedad. Y ahora pienso que no he almorzado.

(1) Moreno Castelló.

— Yo tampoco — se apresuró á decir aquel que andaba á caza de invitaciones.

— Pues satisfaced las necesidades del estómago dijo el escéptico.

Salieron del café, dirigiéronse á una fonda, y en tanto que Pepe y el que se había invitado almorzaban, y los otros, casi almorzaban, la conversación se reanudó.

Tengo una idea feliz — dijo el doctor contoneándose, creo que con ella salvaremos la situación. En tanto que vosotros charlabáis inutilmente, yo he meditado.

Viendo que sus amigos le miraban con ansiedad, (hasta el escéptico que en aquel momento se distrajo) hizo una pausa, y luego dijo:

— Consiste mi plan en que, cuando tu mujer esté desprevenida, te presentes con el notario, el comprador, y nosotros como testigos. Sorprendida ella, y no teniendo tiempo para meditar, pues la escritura ha de ir hecha, firmará y..... negocio concluido.

— ¡Magnífico!

— ¡Gran idea. El único inconveniente está en que la suegra se presente y lo eche todo á perder.

— No sucederá — dijo — Pepe — pues ha ido á la Laguna á ver á su amiga Clara, que está de duelo.

— Esa es otra calamidad como tu

suegra—dijo el de la famosa idea.

Seres inútiles que roban el pan que comen, pues para nada sirven.

—Todo se necesita para la armonía del universo—replicó el escéptico con tono sentencioso.

Las suegras y las solteronas no se me alcanza para que sirven; ¡lo sabes tú?

—Sirven para torturarnos, para secar nuestra inteligencia, para atrofiar nuestras ideas, pues ninguno de los que están en contacto con ellas escapa á su maléfica influencia. Ya ves lo que pasa á Pepe.

—Señores actividad.—exclamó éste levantándose—Corro á casa del comprador para formalizar el trato, y tú vas á la del notario. Pero cuidado, no vaya á traslucir algo.

—Confía en mí.

—¿Y nosotros que hacemos?

—Esperar en la plaza de la Constitución.

VIII

Pálida y llorosa encontró Pepe á Alicia.

—He sabido por la criada—la dijo—que no has almorzado. Toma esta taza de caldo; arreglate el peinado y ven á la sala que hay visita.

Alicia hizo como un autómeta lo que se la pedía y, junto á Pepe, entró en la sala mirando sorprendida, á los cuatro hombres allí reunidos.

—Contestó torpemente á sus saludos oyendo á Pepe que murmuraba á su oído:

—Mira lo que haces pues cumplí lo que te dije esta mañana.

La pobre joven levantó la cabeza y trató de serenarse ante aquella amenaza que la hacía estremecer.

—Disimulen ustedes á mi señora —dijo Pepe—acaba de saber la muerte de una amiga querida, y está muy afectada.

—Podemos dejar este asunto para mañana insinuó el notario.

—No, nada de eso;—dijo el marido de Alicia—me precisa ultimar-lo.

—Entonces abreviemos.

Alicia firmó.

Pepe lanzó á sus amigos una mirada de triunfo.

Algunas horas después Magdalena entró en la casa de su hija, subió presurosa la escalera y preguntó á Pepe, á quien encontró en la antesala.

—¿Qué tiene Alicia? ¿me han dicho que está enferma?

El semblante de la madre estaba demudado.

— Nada, contestó él—un ataque de nervios. Achaques de niña mimada.

Magdalena adelantó hácia el dormitorio de su hija, pero el yerno la detuvo.

No quería que se viesen hasta que Alicia estuviera tranquila y conforme con lo hecho, y hablara en ese sentido.

—Está descansando,—dijo—no conviene que usted entre ahora. Con ella está Agustina, la vecina. Le ha dado un remedio casero que le ha sentado muy bien. Y ahora la acompaña.

Magdalena, con los ojos muy abiertos, y dejando ver en su cara el asombro miraba sin comprender; que ella estuviera á dos pasos de su hija, ocupando su sitio una vecina, ¿era eso posible?...

En aquel momento oyó la voz entrecortado de Alicia que preguntaba

si no había llegado su madre y, olvidándolo todo, iba á correr á su lado.

Pepe la detuvo diciendo con grosería.

—He dicho que no entre usted ahora, siento tener que repetirlo, y más sentiré recurrir á otros medios.

—¡A otros medios?

—Si señora. A recordar á usted que soy aquí el amo.

—¡Pero no vé usted que me llama..... que es mi hija!

—Nada más tengo que decir.

—¿Y si insisto en verla?....

—Tendré el disgusto de poner á usted en la calle—dijo Pepe, y, girando sobre sus talones, llegó á la puerta y habló en voz baja con una criada que pasaba.

Durante el diálogo Magdalena había llegado á la habitación que precedía al dormitorio de su hija, pronunciando Pepe las últimas palabras en voz baja.

Magdalena oyó que la criada preguntaba á Pepe:

—¿Y si quiere entrar?

—No la dejas y me llamas—contestó él.

Magdalena clavó en Pepe una mirada de odio y se dejó caer en una silla junto á la puerta del cuarto en que estaba su hija. Allí, oyendo los suspiros y la agitada respiración de

la joven, la gruesa y desapacible voz de la vecina que la acompañaba, los ronquidos de la criada puesta de guardia que se había sentado frente á ella, pasó la noche quizá más dolorosa de su vida.

El día comenzaba á clarear cuando la vecina salió de la habitación de Alicia y despertó á la criada, sacudiéndola rudamente.

—¿Qué hay?—preguntó ésta azorada.

—Que cuides á la señora hasta que yo vuelva. porque voy un momento á casa.

—Bueno.

—Ahora está durmiendo; no la despiertes.

Poco después Agustina llamaba á la puerta de su casa.

—¿Quien?—contestó una voz soñolienta.

—Abre, Juan. Soy yo.

Poco después se abrió la puerta, presentándose un hombre á medio vestir.

Era el zapatero Juan Lucas, marido de Agustina.

—Te has pasado toda la noche *hay* enfrente—dijo.

—Si tu no sabes lo mala que estaba la señora cuando me llamó don Pepe; lloraba, hablaba disparates..

—¿Qué mosca la había picado?

—No sé, pero pasa algo gordo.

—Ya he oído yo hablar á don Pepe, y me parece que de todo tiene la culpa la bruja de la suegra.

—Algo hay con ella, porque allí está, y él no la dejó entrar en el cuarto, y puso la criada á cuidar *pa* que no entrara; me lo dijo en un momento que salí á preguntarle porqué estaba allí.

—Si cuando nos casamos—dijo el zapatero desperezándose y bostezando ruidosamente—hubiera vivido tu madre, lo que es en mi casa no pone los pies.

—No digas eso, hombre.

—Lo digo porque es *verdá*. Cuando un hombre se queja, razón tiene, porque los hombres no gritan como las mujeres sin tener porqué, así es que desde que oí á Don Pepe que no la *pue* sufrir y que no hace más que incomodarlo y hacerlo *peliar* con la mujer, de lo que tengo gana es de tirarle una horma cuando pase con ese aire de tanto señorío la doña *Madalena*.

—Mira Juan, cállate, y vamos á tomar una taza de café, que buena falta me hace despues del velorio.

--¿Y la señora no está buena todavía?

--Yo creo que sí. Veremos, cuando vuelva, si ya se ha despertado.

--¿Llamaron médico?

--No. *Pa* mi tengo que Don Pe-

pe no quería que *nadien* la oyera y por eso me llamó á mí; porque sabe que somos personas de confianza.

—¿Qué decía ella?

—Unos reburojones que yo, á *derechas*, no la entendía.

—Siempre has de ser boba.

—*Mia* tu. Podía pararme á oír cuando estaba haciéndole remedios.

—¿Qué le hiciste?

—Primeramente tirarle del dedo del corazón; después darle dos tazas de agua de azahar. Por lo mismo que Don Pepe tuvo en mi tanta confianza *pa* que la cuidara, hice cuanto pude.

—No fué mucho.

—Que querías; ¿que me metiera á sangrarla y después el médico fuera á decir que la había enfermado?

—No tanto.

—Anda á tomar café, que lo menos que tú sabes es lo que dices.

Magdalena se había sentido tan falta de valor, que comprendió por primera vez no podía ocultar á su hija la pena que la embargaba, y después de contemplarla un momento levantando la cortina que cubría la puerta, salió de la casa.

Atravesó la calle, y al pasar junto á la puerta del zapatero oyó algunas palabras que le chocaron, detúvose, y á sus oídos llegó la con-

versación de Juan y Agustina, casi desde las primeras palabras.

La calle estaba solitaria y nadie vió á la pobre madre que se alejó tambaleándose y apoyándose en las paredes.

VII

Para Clara fué golpe terrible la pérdida de su madre á quien de tan inmenso cariño había rodeado.

Pasados los primeros días de luto, Juanita se casó con el capitán, embarcándose para la Península tres días después de realizado su matrimonio. Clara se quedó rodeada de un vacío inmenso, de una soledad infinita, en aquella casa que le parecía un sepulcro.

Amparo, que la quería con toda su alma, y no olvidaba que había sido para ella una madre, y su marido hombre bondadoso y de rectos principios, que comprendía á Clara y la quería como á una hermana, le propusieron vivir en su compañía.

Agradeció Clara la proposición y no tardaron en habitar bajo el mismo techo.

Ya no estaba sola, veía semblantes cariñosos, oía voces amigas; pero la actividad, el amor, el afán de sacrificio de su corazón, no estaban saciados; nadie la necesitaba, creía que á nadie era útil, y llena de inmensa tristeza pasaba los días sen-

tada en un sillón sintiendo una laxitud que no podía, ni quería, sacudir.

Por no disgustar á Amparo, salía algunas veces á la calle y un día en que pasaba junto á la puerta de una iglesia, le ocurrió entrar.

La calma y el silencio que reinaban en el templo le hicieron mucho bien. Una tranquilidad que hasta entonces no había sentido, se difundió por todo su ser.

Pensó en la otra vida; le pareció que allí, con los ojos fijos en la imagen del Crucificado, estaba más cerca de su madre; le pareció que el dulce rostro de la madre de Cristo, le daba fuerzas para llegar al término de su camino.

Clara fué con frecuencia al templo en las horas en que se hallaba solitario.

Un día, al salir de la iglesia, oyó que la llamaban.

Volvió la cabeza y vió á Gabriela que le hacía señas para que aguardara.

Clara se detuvo.

Saludáronse cariñosamente y siguieron juntas pues ambas llevaban el mismo camino.

Después de algunas vacilaciones Gabriela dijo:

—Me parece un deber enterarte de lo que dicen de tí.

— ¡De mí! — exclamó Clara.

— Sí, de tí. Preciso es conformarse con las tonterías y preocupaciones del mundo en que vivimos.

— ¿Pero qué dicen?

— Como vienes con frecuencia á la iglesia, han dado en llamarte beata. Dicen que ya te has decidido á vestir santos; en fin, se burlan y creo que estoy en el deber de advertírtelo.

— Pero Dios mio. ¡Si yo no soy beata, si lo que hago es venir á sentarme un rato en un rincón de la iglesia, porque su calma, su soledad, me hacen mucho bien!

— Cumpro con decírtelo, ahora tú haces lo que te parezca mejor. Pero hija, no pongas esa cara; mira que se están fijando en tí los que pasan.

— Vamos, Gabriela, vamos á casa. No puedo más.

— No hagas tantos aspavientos mujer. Eso tiene de malo dedicarse á una vida tan tranquila como la que tú has llevado; se acostumbra una á encontrarlo todo como desea y no puede soportar la menor contrariedad. Aquí me tienes á mí: el cuidado de los niños pequeños, su educación, el sostenimiento de una casa con tan pocas entradas como la mía; arbitrar medios para dar carrera á los chicos; la que vive en esta batalla se acostumbra á sufrir con-

trariedades. Cuando el deber me lleva á un baile, un paseo, cualquiera diversión (por que un deber es hacer que las hijas se distraigan y encuentren una buena proporción) estoy allí y en lugar de distraerme, tengo la imaginación preocupada resolviendo las muchas dificultades que se me presentan. Verdad es que tú has atendido á tu casa y á tus hermanas, lo que tiene mucho mérito, pero tenías á tu mamá que, sentada en su sillón, todo podía dártelo hecho. Lo que es el peso de una casa y una familia con pocos recursos solo lo sabemos las que, como yo, la tenemos.

Clara hizo un esfuerzo, serenó su rostro y contestó con calma, prescindiendo de cuanto á ella se refería.

— Y Federico ¿no te ayuda á llevar ese peso que desconozco?

— ¡Los hombres! ¡hija, tú no sabes lo que son. Si las mujeres lo supieran bien, no tendrían tanto afán por casarse. Dan una vuelta al campo para ver el estado de las cosechas, ó están un rato en la oficina, si son empleados, y nada más; el casino, los amigos, y las mujeres que luchan solas con todas las dificultades.

— No creía que Federico perteneciera al número de los hombres que hacen esa vida.

— Te diré: Federico es muy case-

ro; le gusta jugar con los chicos, charlar con ellos, y hasta enseñarlos; como no tiene que hacer, cuando le parece empieza con explicaciones y experimentos, que se yo cuantas cosas; hay días en que quita á Concha las horas de estudiar al piano con esas tonterías.

—También eso es útil.

—No lo creas. Una muchacha sabiendo leer, escribir, hacer labores de mérito y tocar el piano, nada más necesita.

—Y Federico ¿no se preocupa de la casa, de esas dificultades con que tú luchas?

—No digo que lo mire con indiferencia, pero quien tiene que llevar siempre el peso, desengañate, es la mujer. Ya te lo hubiera enseñado la experiencia si te hubieras casado; dichosa tú que vives en esa feliz ignorancia, sin que nadie te moleste.

En tanto que hablaban, Gabriela había dirigido sus pasos á la carretera de Tejina y por ella avanzaban sin que Clara hiciera objeción alguna; en aquel momento todo le era indiferente. Sin embargo, respiraba con mas libertad desde que salieron al campo.

Gabriela no gustaba de paseos en aquella hora en que la carretera estaba solitaria; pero comprendía que

sonvenían á Clara, y lo hacía con la mejor intención.

La proporcionaba un pequeño bien físico y la daba tormento moral.

Junto á ellas pasó, jadeante, un perrillo que llevaba atado á una pata un cacharro.

Venía de lejos. Había servido de juguete á una turba de chiquillos y corría desatentado, sin poder librarse de aquel ruido que le espantaba.

— ¡Pobre animal! — exclamó Clara con pena.

El perrillo quiso dejar la carretera, y el cacharro se enganchó entre dos piedras obligándolo á detenerse.

Clara se adelantó, llegó donde se hallaba y comenzó á desatar la cuerdecilla que sujetaba el cacharro.

Entre tanto se acercaba un coche.

— Clara, — dijo Gabriela — no ves que viene un coche y pueden verte haciendo una cosa tan ridícula. Después quéjate si se rien y dicen que, como no te has casado, pones tu cariño en los animalitos.

Clara levantó la cabeza, miró á Gabriela de una manera que ésta no era capaz de comprender, y dijo con risa nerviosa:

— Deja que digan lo que les parezca. Soy una solterona y es natural que esté adornada con todas las

ridiculeces propias de tan inútiles seres—y siguió tranquilamente su tarea.

—¡Jesús mujer, que cosas tienes, —dijo Gabriela riendo— parece mentira que saques partido de esto.

Llegó el coche y reconociendo Gabriela, en la que iba en su interior, acompañada de seis niños, á una de sus más íntimas amigas, se acercó presurosa, en tanto que la otra gritaba al cochero que parara, secundándola los tres niños más pequeños que también gritaban desafortunadamente.

Entró Gabriela por la ventanilla el brazo y la cabeza, saludó á su amiga y entabló con ella un breve diálogo que interrumpió la niña mayor exclamando:

—Mira mamá, Clara está desatando un cacharro de la pata de un perro sucio y feo, ja... ja... ¡que gracioso!

—Calla que puede oírte—dijo la madre tapándose la boca con el pañuelo, porque tampoco ella podía contener la risa.

Precipitáronse todos los chicos hácia la ventanilla gritando y empujándose para ver lo que ocurría.

—Que diablos de chiquillos—exclamó la madre.

Clara levantó la cabeza y saludó con un ligero movimiento.

Cuando se restableció el orden, volvió cada uno á su sitio, y consiguió la señora que cesara su risa, preguntó á Gabriela:

—¿Cómo se te ocurre venir de paseo á estas horas en que no se encuentra á nadie?

—No es por mí, sino por Clara. Le conviene pasear, pero no quiere venir más tarde; nos encontramos en la calle, y yo, sin decirle nada, seguí; pero no iremos más adelante porqué, ¡tengo tanto que hacer!

—Ya lo creo.

—Figúrate, en Septiembre ya, y aún no he arreglado nada para Concha ni para mí.

—Salir es un sacrificio cuando hay que hacer.

—Ya lo creo, Yo salgo por Concha, si no fuera por ella me estaría en la casa sin acordarme de nada.

—Pues ahí está Clara que parece no tiene que hacer según la tranquilidad con que se dedica á esa obra meritoria.

—Ella puede. No tiene obligaciones.

—Unas trabajan y otras disfrutan.

—Mamá—dijo la niña que antes había hablado.—Clara concluyó de desatar el cacharro. Vámonos que puede acercarse y yo no quiero dar-

le la mano porque las tendrá sucias de coger ese perro tan feo.

La madre sonrió satisfecha de aquella gracia diciendo á Gabriela:

— Que chiquilla. Nada se le escapa.

Despidiéronse, y al retirarse Gabriela, y mirar el contenido del vehículo, exclamó:

— No me explico como habéis podido entrar todos ahí con tantos lios y cartones.

— Así vengo desde Santa Cruz sin poder moverme.

— Hay que desearte, como un gran bien, que termine pronto el viaje.

— Tienes razón.

El perro se enderezó al verse libre de lo que tanto le molestaba, fijó en Clara su mirada inteligente, y se marchó despacio.

Después, Clara iba á dirigirse al coche, pero éste se alejó y ella se detuvo contestando al saludo de despedida que le hacían.

Gabriela se acercó diciendo:

— Vamos Clara. Se ha hecho tarde.

Y las dos se dirigieron de nuevo á la ciudad.



X

Magdalena y su hija se hallaban sentadas en la antesala de la casa de ésta última, pieza alegre y llena de luz.

En los meses trascurridos desde que la vimos por última vez, Magdalena había envejecido; tenía los cabellos encanecidos, el rostro muy pálido, y su cabeza se inclinaba fatigada sobre el pecho.

Seguían una conversación interesante al parecer; interrumpiéndola la presencia de Pepe que subió la escalera ceñudo y agitado, y dijo tirando el sombrero sobre una silla:

— Esto es insoportable. Acabaré por pegarme un tiro.

Alicia, llena de espanto, preguntó.

— ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

— Que todo se lo ha llevado el diablo. Que el negocio ha fracasado. Que me he quedado sin una peseta, y lo que es peor, siendo responsable de una cantidad que no tengo.

— ¿Y qué cantidad es esa? — preguntó Alicia temblando.

— No es mucho, tres ó cuatro

mil pesetas. Pero como no las tengo, ni de donde me vengan, antes que verme tratado como un estafador, lo dicho, me pego un tiro, y todo se acabó. Soy el hombre más desgraciado del mundo.

— Sí, puedes pagar — exclamó Alicia — puesto que tenemos la finca de Tegueste que ha de valer algo más.

— ¡La venderías?

— Claro es que sí estando tú en ese compromiso, y temiendo que te suceda algo malo.

— Gracias mi Alicia querida. Has sabido ponerte á la altura de la situación. Eres de las mujeres que conocen su deber. Voy á escape, pues salí de allí como un loco, voy á decirles que puedo hacer frente á este compromiso; que lo he perdido todo, pero de mí nadie puede decir una palabra, pues, si me engañé, solo á mí mismo he perjudicado. Que lástima. Un negocio tan bien convenido. Fíe en mis amigos más de lo que ellos merecían..... Si tardo, tu madre te acompañará. Adios.

Bajó Pepe la escalera y cuando se extinguió el ruido de sus pasos Alicia exclamó llorando:

— ¡Madre de mi alma, que va á ser de nosotros?

Magdalena no contestó, quiso dejar que desahogara el oprimido pe-

cho de la joven que sollozaba.

Cuando pasaron algunos minutos, Magdalena, que estaba serena, pero con el rostro líbido, tomó entre sus manos las de su hija, y dijo con voz dulcísima:

— No te dejes abatir así por la pena hija querida.

— Pero mamá, esto es horrible.

— Convengo en ello, pero, cuando la suerte nos descarga un golpe adverso, es cuando más se necesita valor, para resistirlo, serenidad, para obrar.

— Que puedo hacer yo ¡pobre de mí llorar, sufrir, lamentar mi desventura, Quien había de pensar que Pepe hiciera esto.

— Mira Alicia, él es más digno de lástima que tú.

— Pues muy contento se ha marchado en cuanto tuvo la seguridad de que le daré lo que me queda.

— Se alegró porque lo sacabas de un grave compromiso; pero cuando medite, cuando se haga cargo de la situación, ¿cuánto sufrirá pensando que ha perdido lo que te pertenecía?

— A tí, madre querida. Eso era tuyo, solamente tuyo, aunque legalmente aparezca mío.

— Pues bien tranquilícete el que yo no lamente esa pérdida.

— Tú lo dices para consolarme.

— Lo digo porque esta pérdida ha

de dar á Pepe la experiencia que lo hará huir de empresas arriesgadas.

—Ya no tiene con qué emprenderlas. Pero, si le quitaran el destino ¿que haríamos? ¿como podríamos vivir?

—Mira, lo que yo poseo, aunque es poco, bastaría para pasar los tres hasta conseguir otro destino.

—¿Y si no se lo daban?

—Aún nos quedaban muchos recursos. Podíamos marcharnos á una de las repúblicas de América. Allí, Pepe ganaría mucho, y yo algo; viviríamos felices y, quien sabe, teniendo suerte, podríamos llegar á ser ricos y volver á nuestro país.

Alicia iba serenándose bajo la influencia de las palabras de su madre; cesaron los sollozos, dejaron de correr las lágrimas y la esperanza empezó á renacer en su corazón.

Magdalena siguió hablando, consolando, fortaleciendo aquella alma, aparejando una confianza que no tenía, y no dejó á su hija hasta que la vió tranquila y resignada.

Entre tanto Pepe refería á uno de sus amigos lo ocurrido y decía:

—Mi mujer tuvo un rasgo que me entusiasmó al ofrecirme esa tierrcilla para que saliera de este compromiso. Como se quedaría al oirla mi suegra que estaba presente, y como le estará poniendo la cabeza

hablando mal de mí; Alicia, la pobrecilla, es muy buena, pero la influencia de la madre desvirtúa sus inclinaciones aconsejándola que se revele, que resista á mi voluntad, y me ponga mala cara.



XI

—¡Nadie sale en esta casa á recibir á un viajero?

Magdalena, que sentada junto á una ventana, se entregaba á sus tristes reflexiones, oyó estas palabras dichas con voz fuerte, con una voz que conmovió todo su ser, y levantándose de un salto corrió á la puerta, abrió, y se encontró frente á un hombre de elegante porte, alta estatura, y barba gris cortada según la rigurosa moda, y seguido por un muchacho que llevaba una maleta y una sombrerera.

—Fernando, hermano de mi alma—gritó Magdalena después de un momento de vacilación, y se arrojó llorando en los brazos de aquel hombre cuyos ojos también estaban húmedos.

Cuando Magdalena pudo hablar exclamó separándose un poco para mirar al recién llegado, pero conservando sus manos entre las de aquel:

--Quién había de pensarlo.... Después de tantos años de ausencia.... Cuanto he pedido á Dios que

no me negara la dicha de volverte á ver.

¿Creeías que había de morirme sin volver á estas peñas queridas, sin venir á darte un abrazo?

—¿Como han pasado tantos años y nada me decías en tus cartas, ni contestabas cuando te hablaba de eso!....

—Porque no quería infundirte esperanzas que no se realizaran:

Durante largo rato su conversacion fué solo un cambio de palabras cariñosas, recuerdos de la infancia y de sus padres.

Magdalena habló de Alicia diciendo que su marido era un hombre de buenas cualidades.

—Mucho deseaba volver á Tenerife—dijo Fernando—por cariño á tí, hermana mía, por cariño á mi país. Cuando leía algo en que se trataba de estas islas, y pensaba en los adelantos de los pueblos, sentía verdadero afán, trabajaba por la realización de este proyecto, y, á serme posible, hace ya mucho tiempo que hubiese venido. Santa Cruz me ha sorprendido. Para llegar á tu casa he tenido que atravesar la mitad de la población y, ¡que cambio! esto solo podemos apreciarlo los que hemos faltado mucho tiempo. He visto calles que me son desconocidas, elegantes casas, movimien-

to. Esto adelanta. La primera ojeada me ha llenado de satisfacción.

—¿Estarás aquí mucho tiempo, verdad?

—Será una temporada regular; pero eso no debe preocuparte, pues, cuando yo me marche, has de ir conmigo.

—¡Y o!

—Sí, hermana querida.

—Eso es una broma.

—Lo digo muy seriamente.

—Y Alicia ¿crees posible que la deje?

—No la veo—dijo Fernando mirando en derredor.

—Naturalmente. Está en su casa.

—Pues si está en su casa, y tú sola en esta, es señal de que se pasa sin tí, y á mí, en cambio me hace mucha falta mi hermana para que me acompañe. Ya voy siendo viejo y echo de menos una familia, una cara amiga que me reciba cuando llego á casa. Ojalá hubiese podido llevaros á tí y á tu hija desde que enviudaste; pero, imposible. Mi vida entonces era como la de casi todos los que se dedican á las letras careciendo de recursos: si un día tenía lo necesasio, no podía afirmar que no me faltara al siguiente. Muchos malos ratos, muchas pruebas que hacen se llegue fatigado al tér-

mino cuando se consigue abrirse paso.

=Pobre hermano mío.

=No me compadezcas. Aunque digo esto, otros pueden quejarse con más razón. Aún no soy viejo; tengo alguna influencia como político; es muy bien recibido por el público lo que escribo, y poseo un capitalito, al que sirvió de base la hereucia del tío.

=Cuanto habrás sufrido antes de llegar á eso.

=No lo creas aunque parece que me contradigo; si hoy me encontrara en esa situación, sufriría bastante, entonces no, porque las ilusiones, las esperanzas propias de la juventud, la fe conque entonces se trabaja, la emulación, el empeño de triunfar, mayor á cada decepción, llenan la vida y ahuyentan las penas. Hoy que he conseguido lo que anhelaba, vivo menos satisfecho; miro en derredor y echo de menos una familia, cosa en que entonces no pensaba. Lo que me parecía sublime, hoy me parece ridículo; antes sufría decepciones, hoy la nostalgia de aquellas ilusiones, nostalgia que traen la experiencia y los desengaños..... Pero, hablamos mucho de mí y nada de tí Magdalena, que viuda y con pocos recursos has debido sufrir mucho.

—Hubo días malos para mí, no te lo ocultaré, pero tenía un consuelo, una recompensa que me hacía completamente dichosa á pesar de todo.

—¿Y esa recompensa?

—Mi hija, Fernando, mi Alicia. Un grito de alegría suyo, una sonrisa, eran para mí la dicha celestial anticipada. Los sacrificios me parecían dulces porque los hacía por ella; el tiempo era breve, porque á ella lo dedicaba; sostenía con afán la lucha con la escasez y las dificultades, y mi alegría era grande, muy grande, al ver el éxito, porque redundaba en provecho suyo. Si estaba contenta, todo me parecía alegre, si estaba triste, tristes eran para mí hasta los rayos del sol... Latuve enferma, muy enferma; aquellos fueron los días verdaderamente terribles; pero no desmayé; hice por ella cuanto pude...

...Dios me oyó, y empezó á revivir... era una flor que se marchitaba y conseguí darle nueva vida... que alegre corría por el campo cuando recobró las fuerzas... hija de mi alma, por mucho que yo hubiera sufrido, aquello era bastante recompensa.

Magdalena estaba transfigurada, con las manos cruzadas, los ojos brillantes, los labios sonrientes, la mirada perdida en el mundo de los recuerdos.

—Así quieren las madres — mur-

muró Fernando—todos los otros amores son pálido reflejo de este. Que valen á su lado la gloria, el poder, nada.... cuanto ha llenado mi vida, ha sido menos que para ella su hija.

Magdalena no se fijó en lo que decía su hermano cuya voz apenas se percibía y que hablaba consigo mismo.



XII

Amparo dió á luz un niño cuyo nacimiento llenó de júbilo á los padres y fue el consuelo de Clara.

Meciendo en sus brazos aquel pequeño ser, olvidaba sus amarguras, y gozaba al verlo sonreír y acariciarla con sus manecitas, unas veces con suavidad, otras con los movimientos bruscos propios de las criaturas.

-- Como te ha puesto el niño -- decía Amparo á su hermana cuando la encontraba con el peinado descompuesto y en la cara señales de las pequeñas manos.

Clara reía como no había reído hacía muchos años, y, si en aquellos momentos la hubieran preguntado si era desgraciada, no hubiera sabido que responder.

En el corazón de la mujer se halla adormecido el amor maternal que empieza á dejarse sentir en la niña que mece y cuida su muñeca, y despierta grande, inmenso, abasallador, al escuchar el llanto del primer hijo. La que no es madre, dedica esa fuerza que le ha sido

concedida para amar, á los seres que la rodean. Clara, nacida para el amor y el sacrificio, vivía como un cuerpo sin alma no teniendo á quien dedicar sus desvelos, y halló inefable consuelo consagrandó su tiempo y sus afanes á la inocente criatura.

Aquel niño tenía dos madres.

Así lo decía su padre cogiendo, con la punta de los dedos, su carita regordeta y sonrosada.

—¿Quién está como tú, pequeñín, que cuando tienes que dejar los brazos de una madre, hallas preparados los de otra que te recibe?

Clara hablaba con el niño, le hacía recomendaciones, le daba consejos, le enseñaba las flores del jardín, las estampas de los libros, el pájaro que pasaba volando, la gente que cruzaba la calle, y, cuando parecía escuchar atento daba un grito, se reía ó señalaba un objeto, á Clara le parecía el colmo de la gracia, y lo besaba con pasión, con frenesí.

Ayudaba á Amparo en los quehaceres domésticos, y los desempeñaba sola cuando para su hermana, por cualquier motivo, resultaba cómodo así.

Puede decirse que entre aquellos seres reinaban la paz y la dicha.

Cuando la amargura de los re-

cuerdos atormentaba á Clara, la vista del niño los endulzaba.

Vivía alejada del mundo que no la comprendía, que censuraba sus actos, que se mofaba de ella porque había sido buena, porque no había abandonado á los suyos.

Inútiles eran las instancias de Amparo para que dejara aquella vida tan retirada.

—No—decía Clara—asi estoy más á mi gusto.

Y añadía muy bajo.

—En el baile, solterona que busca novio, mujer arrepentida de haber pasado largos años llorando la inconsecuencia del primero; en la iglesia, beata, no, no, aquí, gozando con el niño.

Sus salidas se reducían á oír misa muy de mañana, los domingos, y dar, llevando consigo al niño, algún solitario paseo.

Pobre mujer, después de una vida sin mancha, llena de sacrificios, hufa de la sociedad, temerosa como el criminal á quien pueden echar en cara su delito.



XIII

Cuatro meses hacía que Fernando se hallaba en Tenerife.

La mayor parte del tiempo la había dedicado á su familia.

Gozaba lo que no es decible refiriendo á su hermana las peripecias de su vida hasta llegar al puesto que ocupaba. Hacía tanto tiempo que no tenía á su lado un ser á quien le unieran íntimos lazos, que gozara con lo que él había gozado, á quien apenas lo que para él había sido pena.

Su cariño fraternal, que no se había enfriado, pero estaba adormecido entre el bullicio de la corte, despertaba poderoso, más aún por la circunstancia de no tener otros cariños y sentir la necesidad del reposo, de la paz, del hogar; necesidad que el tiempo y los desengaños, llevan á esas existencias agitadas.

Ante la idea de volver á verse solo en el piso que habitaba en Madrid desde que su posición le permitió dejar las casas de huéspedes, se ponía triste y de mal humor.

Magdalena lo comprendía y lo la-

mentaba; también á ella la entristecía la idea de separarse de su hermano querido; pero, alejarse de Alicia, no, eso no era posible, aunque cerca de ella tuviera que soportar los mayores tormentos; bastante era ya no dormir bajo el mismo techo; herida no cicatrizada, que manaba sangre en su corazón. Herida que Fernando, con mirada perspicaz, había adivinado, lo mismo que algunas otras cosas, referentes á Pepe, al que miraba con la más desdeñosa indiferencia, mezclada á cierto rencor.

Fernando había recorrido hasta los últimos rincones de Santa Cruz, quedando muy satisfecho de los adelantos en que, desde el día de su llegada, empezó á fijarse.

Subió á La Laguna y dirigió sus pasos á San Diego visitando la antigua Iglesia y la casa del Siervo, de que habla la tradición, oculta entre la verdura de un bosquecito delicioso. Subió á la Mesa de Mota, de magnífica perspectiva, y al Risco de San Roque desde cuya altura, de fácil ascensión, se domina, además de la Ciudad que abre á sus piés anchas y rectas calles que desembocan en hermosas plazas y pittorescos caminos y carreteras, los bellísimos campos que la rodean, y más lejos, el mar, la inmensidad azul. Pa-

só algunas horas en el bosque de Las Mercedes, bajo la sombra de cuyos elevados y añosos árboles se recorren largas distancias, por cómodas sendas, y en medio del silencio que interrumpen los cantos de pájaros canarios y capirotes, y, á la entrada, la cascada de aguabullidora que hundiéndose en oscura cañería, corre bajo la tierra para llevar vida á la Ciudad. Recorrió todos aquellos sitios de que conservaba tan gratos recuerdos de su vida de estudiante, y cuyas bellezas apreciaba entonces, por primera vez, en su justo valor.

Pensó después en un viaje á la Orotava; decidió hacerlo cuando aquella Villa celebrara su fiesta anual, hermosa fiesta en que las flotes se desparraman á manos llenas por las calles, y en un apacible día de primavera salió de La Laguna acompañado de Federico á quien, á pesar de la diferencia de edad, le había unido siempre la más íntima amistad.

Para Fernando había sido muy grato volverlo á ver; ver á Clara, la amiga de su hermana, con quien bromeaba siendo adolescente; recordar aquella época lejana en que acompañaba á Federico en largos paseos y cacerías, yendo muy recomendado á él por sus cariñosos padres; y al emprender su viaje á la

Orotava, al que su hermana no había querido acompañarlo, lo invitó, alegrándose mucho de que aceptara.

Instalados en un cómodo carruaje pronto dejaron tras de sí las calles y avanzaron por la carretera admirando el tranquilo y hermoso paisaje de Los Rodeos. Después, Tacoron-te, con sus blancas casas, sus innumerables árboles, su fértil campiña; el Sauzal que parece vigía colocado sobre una roca y teniendo á sus pies el mar en calma; la Matanza y la Victoria rodeadas de viñedos, entre los que crecen, con gran profusión, árboles frutales, y Santa Ursula con su oscura tierra sembrada de palmeras, unas agrupadas y otras formando caprichosas calles.

El delicioso valle de Orotava, encanto de propios y extraños, se ofreció á su vista. Al frente los montes á cuyo pie se extiende la Villa; junto al mar, que parece lo acaricia, el Puerto; más lejos, los Realejos; verdes y elevadas cumbres, terrenos fértiles, perfumados jardines.

Pasaron junto al ramal de carretera que conduce á la villa, siguiendo hacia el Puerto donde se proponían pasar la noche.

El Puerto, rodeado de caprichosas casas de campo, erguidas y ele-

vadas las unas, bajas y dejando más que ver, adivinar, largas galerías que ocultan árboles y enredaderas, las otras; con una atmósfera perfumada por las flores que crecen por todas partes, y con sus calles salpicadas por la espuma del mar en un extremo, y desembocando el otro en tan deliciosos campos.

A la caída de la tarde, desde la azotea del Hotel Taoro, Fernando se extasió contemplando el pueblo que se dormía mecido por el rumor de la resaca; las casas cuyos contornos se iban perdiendo entre las masas de árboles, los jardines que se extendían ante aquel hermoso edificio destinado á sanatorio, que visitan centenares de extranjeros buscando la salud unos, las delicias de aquel clima otros.

Al día siguiente dirigiéronse á la antigua Villa que lleva el nombre del hermoso valle.

Fernando se detuvo sorprendido cuando las alfombradas calles aparecieron ante sus ojos con toda su artística belleza.

Había visto festivales soberbios, espectáculos para cuyos preparativos se gasta el oro á manos llenas, pero nada le había conmovido como aquellas calles cubiertas con magníficas alfombras, verdaderas obras de arte, cuyos colores no eran debi-

dos al carmín y al bermellón, sino á las flores que brotan en campos y jardines, al brezo que crece en los bosques, á las semillas que los pájaros cogen con sus picos para alimentar á sus hijuelos; poética ofrenda que un pueblo pone á los piés del Redentor.

Fernando y Federico no se cansaban de recorrer las calles hasta que pasó la procesión con su séquito inmenso de hombres, mujeres y niños.

A su paso aquello se desvaneció como un sueño; ya no había alfombras, sino un pueblo cuyos edificios se elevaban entre flores holladas y esparcidas al azar.

Al día siguiente visitaron nuestros viajeros los Realejos que están rodeados de pintorescos campos en los que las olas van á morir salpicando flores y verdes cañaverales, y que conservan en su seno recuerdos del pasado; la Rambla silenciosa y tranquila, con sus altas cumbres por las que deslizándose el agua, entre musgo y culantrillo, cae sobre las grandes hojas de las ñameras; Icod, la alegre villa que tan agradablemente sorprende al viajero, y que encierra en su resinto verdaderas bellezas, sitios amenos y frondosos; casi á sus puertas, Garachico, con los vestigios de pasadas

grandezas, un mar que ruga amenazador, y, suavizando el paisaje, un cielo muy azul, un aire muy puro, muchos árboles, muchas flores.

Algunos días después ambos amigos regresaron de su viaje.

Al alejarse de aquellos sitios de los que llevaban imperecedero recuerdo, hablaron largo rato de las bellezas que iban dejando á su espalda; pero, poco á poco, su conversación se hizo más íntima, pronunciáronse los nombres de Magdalena y de Clara, y arrastrados de un sentimiento que no trataron de dominar, aquellos dos hombres de tan distintas costumbres y caracteres, pero que se parecían en lo recto de sus ideas y de sus juicios, se comprendieron dejando desbordar en palabras lo que Federico desde hacía mucho tiempo, Fernando desde que se hallaba en Tenerife, pensaban.

—Clara y Magdalena— decía Federico— son modelos de bondad y virtud. Las he visto desde niñas; muchas veces las he admirado, ni una sola he tenido que censurarlas. ¿Hay algo más hermoso que una joven que, próxima á casarse con el hombre á quien la unía un cariño muy grande, renunció á todo para cuidar de su madre enferma, de sus pequeñas hermanas; no lamentán-

dose ni hablando del mérito de su acción, sino llorando en la soledad, y presentándose, ante todos, tranquila, con una bondad inagotable, con una dulzura conmovedora? ¿Qué mujer merece más que se la admire, que se la respete, que se la imite! Sin embargo yo he visto las risitas burlonas; he oído las alusiones á sí habrá perdido ó no la esperanza de encontrar novio; he oído decir que son la suya, y otras que se le parecen, existencias inútiles porque no han formado nuevas familias.

Federico hizo una pausa, luego continuó:

—¡Y Magdalena, esa madre que ha vivido para su hija, que para ella ha trabajado, que por ella ha sufrido y ha hecho grandes sacrificios, que en ella cifraba todo su amor, todas sus esperanzas, todas sus ilusiones. Cometieron... lo Alicia, su marido, la ingratitud de dejarla sola, y no se quejó. En negocios disparatados, y también algo en el juego, perdió Pepe lo que era de ella y había dado á su hija, y no se quejó. La trata con indiferencia, la dá motivos de resentimiento, y no se resiente; y siendo Magdalena lo que es, y Pepe uno de esos hombres que creen valer mucho y no valen nada, se censura á Magdalena y se

compadece á Pepe por tener que soportar á la suegra!

¿Puede imaginarse algo más absurdo, ceguera más grande que la del mundo que piensa y obra así!

Federico, tan pacífico de ordinario, dejaba que se desbordase su indignación.

Calló, y después de algunos momentos de silencio, Fernando dijo con voz en que se traslucía su emoción:

—Que verdad encierran tus palabras, y como, después de pasar muchos años tratando de sondear el corazón humano, desconocemos lo que tenemos ante nuestros ojos. En las suegras y las solteronas que con indiferencia he visto pasar à mi lado, ¡cuantas Magdalenas y cuantas Claras habrá!..... y cuantos Pepes, con su acompañamiento de amigos, verdaderas nulidades, se atreven á lanzar un anatema contra mujeres todo amor, todo sacrificio, que en el festín del mundo presentan el plato para que saboreen los demás el manjar que contiene y reciben en cambio un latigazo que enrojece de vergüenza las mejillas y hace estremecer de dolor el cuerpo.

—Eso, eso Fernando; así es como yo lo entiendo.

Fernando prosiguió.

—Aplaudimos á la artista que

hace gala de un don recibido de Dios y cultivado en el estudio; galanteamos y somos capaces de cualquier tontería por la niña bonita que no sabe más que mirarse al espejo; requebramos á la muchacha descocada que pocos ó ningún mérito atesora; respetamos a la esposa del amigo ó del extraño, y lanzamos un epigrama á seres que se designan con nombres sinónimos de dolores y sacrificios.

La mujer que no ha gozado del placer que proporcionan el hogar de que es árbitro, y la maternidad, siente en derredor el vacío, la soledad; necesita cariño que corresponda al que brota de su corazón y quiere con pasión á los individuos de su familia, á un niño hijo de los suyos ó extraños, á las flores, á los árboles, á los recuerdos. Y lo que debiera ser tan respetable, ese vacío que debiéramos combatir abriendo á la mujer de par en par las puertas del estudio, de la ciencia, del arte, únicos que pudieran llenarlo, es mirado con indiferencia burlona. Erigimos un trono á la madre, ante él quemamos incienso y nos descubrimos con respeto; pero llega un día en que junto á otro ser recibes tu hijo la bendición de un sacerdote, entonces, destruimos á hachazos el trono; nos mofamos de ella; llamamos: á los

gritos de amor de su corazón exageraciones; á los gritos de angustia, impertinencias; si pide justicia para el objeto de su amor, entrometimiento..... y esa mujer es la madre, la madre con sus sentimientos, con su ternura. Pedimos á la madre que cuando ese ser á quien amaba aun antes de venir al mundo, se une á un extraño, cambie su corazón, mire con calma, casi con indiferencia, sus penas; si se queja, no escucharlo; si enferma, aceptar como bueno cuanto dispongan sin emitir su voto; si llega á su lado y quiere desahogar su pena, no atenderlo; si es una hija que pide ayuda, echarla con cajas destempladas. Eso se pide á la madre. No como se pide pericia al general que espera el placer del triunfo; no como se piden sus obras al arte y la literatura que esperan la gloria; no como se pide acierto al estadista que anhela legar su nombre á la historia; de una manera distinta, esperando como única recompensa, que se la deje en el olvido, que no se la censure.

Ni el hombre ni la mujer piensan, al casarse, que no pudiendo dejar de ser madre la que lo es del ser á quien se unen, como madre deben mirarla; como á madre escucharla, considerarla, y darle lo que vale más que el pan para el hambrien-

to: cariño, respeto, consideración.

Calló Fernando, y después de algunos momentos añadió:

—Me sonroja que en mi juventud, también yo habré sido tan injusto como los demás.

—Pero reconoces tu error,—exclamó Federico—si todos hicieran lo mismo cesaría tanta injusticia. Me ha hecho mucho bien oírte. Cuantas veces he pensado que nadie les hacía justicia..... Yo mismo..... quizá hago mal en decir esto, pero ¡hace tanto tiempo que deseo desahogarme, decir verdades que pugnan por salir de mis labios! yo mismo, decía, al ver á mi propia mujer lamentarse sin motivo, creer que hace sacrificios que no existen; parecerle que vive bajo el peso del cumplimiento de penosos deberes, y oír á su alrededor un coro de alabanzas, he sentido gana de gritar: si que éis ver algo que merezca admiración, fijaos en Clara, fijaos en Magdalena, Gabriela es madre, ama á sus hijos, pero no vale lo que un cabello de una de esas que miráis con indiferencia.

Federico calló asustado de lo que acababa de decir,

—No sientas haber pronunciado esas palabras—dijo Fernando;—á mis ojos te enaltecen porque prueban lo recto y justo de tus sentimientos.

XIV

Ya estás de vuelta mi querido hermano.—decía Magdalena abrazando á Fernando—Cuanto te eché de menos. Ahora cuéntame tus impresiones de viaje.

—Con mucho gusto lo haré, pero en tanto que comemos, pues traigo un hambre atroz.

—Pues á la mesa que todo está dispuesto.

La conversación fue animada durante la comida.

Fernando hablaba de todo lo que tan gratos recuerdos le había dejado, Magdalena, llena de complacencia, escuchaba y hacía preguntas.

Terminada la comida Fernando dijo á su hermana.

—Vamos á la sala. Tenemos que hablar de cosas serias y creo es allí donde podemos hacerlo con más seguridad de que no nos escuchen.

—¿De que se trata?

—No te alarmes que no es cosa desagradable; no ves que estoy tranquilo.

Instalados, Fernando en el sofá y en un sillón, á su lado, Magdalena,

después de haber cerrado la puerta, el primero dijo:

— Mi regreso á Madrid se acerca. Las cartas de este último correo, que me enviaste al Puerto, me hacen apresurar el viaje.

Cuanto lo siento. ¡Dios mío! Yo que con tanto gusto he pasado esta temporada..... y Dios sabe cuando te volveré á ver.....

— No te apures por eso pues tú has de acompañarme.

— ¡Yo! Eso es imposible. Y sin embargo cree que es mucha, mucha mi pena al ver que te manchas, ¡tenerte cerca es un consuelo tan grande para mí!

— ¿Porqué no puedes acompañarme?

— ¡Como dejar á Alicia!

— ¡Si Alicia vive en su casa con su marido y tú estás sola entre estas cuatro paredes!

— Pero estoy cerca de ella.

— ¿Y que haces con estar cerca si no vives á su lado?

— Saber que puedo verla, cuidarla si está enferma, consolarla si está triste, ayudarla si ayuda necesita; gozar contemplándola.

— Siendo así, ¿porqué no vives á su lado, bajo el mismo techo?

— Porqué..... ya v. s., la casa no tiene comodidad.....

— Podías cambiarla por otra.

—Es verdad, pero, ya tu ves, así se hizo.

—Alicia sé que te quiere mucho, pero dime con franqueza, ¿encuentras en su marido el cariño, las consideraciones á que eres acreedora?

—Mira tú..... no me quejo.

—Lo que deseo saber es si tienes motivo para quejarte.

—En realidad.... no lo tengo.... Pepe no deja de guardarme consideraciones.....

—Es para tí un hijo ¿verdad?

—De un yerno no puede esperarse tanto, pero aunque fuera muy malo no los abandonaría ahora que, quizá, se acercan para ellos días de prueba. ¿Sabes que tratan de quitarle el destino?

—Hacen muy bien.

Magdalena dió un salto.

—¡Que hacen bien! ¡Estás loco! ¿Sabes que eso representa para Alicia la miseria? ¡Si yo cuento con que tú le consigas otro destino, si le quitas este!

—¡Yo!

—Que ¿lo harás?

—Ni pensarlo siquiera. Mira Magdalena, en medio de la alegría que me ha proporcionado cuanto me rodea en mi país, el único punto negro es ese hombre al que tu hija ofreció su cariño de esposa y tú ofreciste tu cariño de madre; las dos esta-

báis dispuestas á trabajar por su bienestar y él os separó cruelmente, destrozó vuestros corazones, y no contento con darte la soledad, á tí que le dabas tu tesoro, tu hija, que le dabas lo que poseías, te ofende, te hace sufrir sus desaires, sus groserías, porque sabe que, por cariño á Alicia, lo soportarás todo. Y aún se queja para aparecer sufrido, indulgente, y tú una arpía. ¿Y es posible que á ese hombre me pides que lo proteja?

—Pepe vale más de lo que tú crees; tiene defectos, no lo niego, pero también cualidades muy recomendables, que descubrirías si vivieras cerca de él.

—Me basta con lo que sé.

—Pues á mi no, Fernando,—dijo Magdalena acercándose á su hermano que se había levantado y se paseaba por la sala; y apoyándose en su brazo prosiguió—¿Como ha de bastarme si confío en que he de conseguir que lo protejas?

Fernando se detuvo y mirando á su hermana con asombro, dijo:

—¿Es posible que me lo propones otra vez!

—Sí, y estoy segura de convencerte, porque tú me quieres, y el mayor bien que pueden hacerme, es el que redunde en provecho de mi hija. Alicia está expuesta, no á la

pobreza en que hay que soportar privaciones, sino tal vez á la miseria, á la verdadera miseria; dependen del sueldo solamente, si éste falta, solo quedará lo que yo poseo que es muy poco y pronto desaparecerá. Comprendes cuanto sería mi dolor al ver á la hija de mi alma en tal situación! Pues esta es la realidad, que no me ha hecho morir de pena, porque llegaste tú, y yo me dije: mi hermano salvará á mi hija de la miseria. Y ahora, cuando esta esperanza me ha sostenido, me ha dado valor, mi hermano que á otros ha protegido, que con su influencia se propone satisfacer las aspiraciones de personas extrañas, me niega esa protección á mí que se la pido para mi hija, para su sobrina que es buena y sabrá ser agradecida. No Fernando, yo no quiero pensar que pueda pasar tal cosa, que al volver á mi lado después de tantos años, contestes con una negativa á lo primero que te pido.

Fernando, visiblemente contrariado, pero dejando ver en su semblante profunda emoción, guardó silencio algunos momentos, diciendo luego:

—Todo puede arreglarse. Venos Alicia y tú conmigo, y en paz.

—No Fernando, no. Yo no aconsejaría nunca eso á mi hija. Si Pepe se ha portado mal conmigo, la culpa,

más que suya, es del mundo que juzga á la suegra de manera tan injusta; si á esa injusticia se acostumbró desde niño, si no tiene talento suficiente para sobreponerse á ella, ¿hemos de culparlo por eso? Si quieres que pase el resto de mi vida bendiciéndote, lleva contigo, no á Alicia y á mí, sino á Alicia y á Pepe. Una vez en Madrid, le consigues un destino, y quien sabe, quizá lejos de los amigos que, con sus consejos, lo han hecho emprender negocios ruinosos, te encontrarás con que tiene más inteligencia y vale más de lo que has creído.

—Si mujer, me parece muy bien: los llevo á ellos para que no carezcan de nada, y te dejo á tí careciendo de todo. ¡Y aquel afán de no separarte de tu hija?

Magdalena se dejó caer en una silla sollozando.

El rostro de Fernando, contraído hasta aquel momento, se dulcificó, y deteniéndose delante de ella dijo muy bajo:

—Pobre hermana mía, eres tan buena que has pensado que yendo ellos y quedándote tú no tendré ocasión de ver lo mal que se conduce contigo ese hombre, desaparecerá mi antipatía, lo protegeré y serán dichosos los dos. Ante esta idea te ha parecido posible hasta separarte

de tu hija: he leído en tu corazón como en un libro....

Meditó algunos momentos, levantó suavemente la cabeza de Magdalena inclinada sobre su pecho, y dijo sin tratar de ocultar su emoción:

—No llores más, hermana querida. Es tanta tu grandeza de alma, que ante ella, veo son mezquinos muchos sentimientos. Por cariño á tí haré lo que quieras. Vendrás los tres conmigo. Pepe tendrá el destino..... si se porta bien, y quiere, pueden, él y Alicia, estar á nuestro lado, si no, tendrían su casa, pero cerca, muy cerca, viviremos nosotros para que veas á tu hija todos los días.

—¡Gracias hermano de mi alma!
—exclamó Magdalena abrazando á Fernando; apoyó la cabeza en su pecho y de nuevo corrieron sus lágrimas.

.....

Algunos días después de la escena que acabamos de referir, Pepe atravesaba distraído la plaza de la Constitución á las once de la noche, sin reparar en dos de sus amigos que, sentados en un banco, aspiraban la ligera brisa que llegando del mar suavizaba el cálido ambiente.

—Hola Pepe,—dijo uno de ellos
—¿vas muy de prisa?

Detúvose el interpelado y se acercó contestando:

—No tanto que tenga que privarme del gusto de pasar un rato con vosotros.

—Muy ocupado andas con los preparativos de viaje.

—Haceos cargo de lo que es un viaje tan repentino. El tío quiere que nos marchemos en el primer correo de Julio. Tengo que dejar mis negocios arreglados. Pensar en la venta de muebles. A mi mujer apenas le bastan estos días para prepararse trajes y esas mil cosas que las mujeres creen muy necesarias.

—Para ir á Madrid no debe prepararse mucho aquí.

—La ropa de viaje, chico, basta para ocupar su tiempo.

—¿Y nos dejas definitivamente? ¿no tienes idea de volver al país?

—Eso, en verdad, no puedo decirlo, depende de las circunstancias; según me vaya por allá, así haré.

—¿El tío te hace buenas proposiciones?

—Brillantes. Gracias á eso ha conseguido que me decida.

—Parecía muy frío contigo. Yo, francamente, llegué á creer que tenías la desgracia de no serle simpático.

Pepe meditó un momento, luego dijo:

—Eso fué debido á las habladurías de mi suegra que empezó por querer indisponerme con él apenas llegó; pero el tío, que es hombre recto y de sano criterio, no tardó en verme tal como soy, y prescindir de chismes y calumnias.

—¿Tu suegra vá también á Madrid?

—Sí. Desde que se enteró de que íbamos nosotros, se empeñó en ir ella también. Ése es el punto oscuro de que no puedo verme libre.

—Y tienen una longevidad pasmosa—exclamó riendo uno de los amigos.

—Porque ni el diablo las quiere en el infierno—agregó el otro riendo también.

—Ya no darán ella y su amiga Clarita aquellos solitarios paseos al despuntar la aurora—añadió el autor del primer chiste.

—¡Cómo! ¿Qué paseos eran esos? Cuenta hombre.

—El año pasado mi familia tomó, para veranear en la Laguna, una casa cerca de la carretera de Tejina. Cuando me levantaba muy de mañana para bajar á Santa Cruz, las veía pasar de regreso de su matinal paseo, y muchas veces llevaban ramilletes de floresillas silvestres.

Los tres reían.

Clarita—siguió diciendo el mis-

mo — se dedicó á llorar la infidelidad del primer novio, que la dió palabra de matrimonio, marchó á Filipinas y se casó con otra.

— No, — interrumpió Pepe — á ese lo dejó ella cuando se murió el padre. Así me lo ha contado Alicia.

— Sea como quiera, el caso es que se retiró del mundo y apenas se la veía, pero cayó en la cuenta de que se iba á quedar para vestir santos y volvió á presentarse, haciendo su aparición en un baile; pero aquello se conoce no le dió resultado porque no volvió; después, según me han dicho, se hizo beata, pero eso tampoco prosperó á lo que parece, pues ahora, retirada de nuevo, se dedica á cuidar de la generación que ha de sucedernos, en la persona de un sobrinito.

— Eso es bueno. Pero volvamos á lo que importa. Cuéntanos, Pepe, que proposiciones te hace el tío.

— Dice que me conseguirá un buen destino en el ramo que yo prefiera; pero me figuro le conviene un periodista que sea hechura suya.....

— Pensará que, agradecido á sus favores, pondrás tu pluma á sus órdenes.

— Pero yo — exclamó Pepe con énfasis — conservaré mi libertad de acción, y por dada, ni por nadie, de-

fenderé lo que no esté de acuerdo con mis ideas.

—Haces bien.

—Lo difícil en una gran capital —prosiguió Pepe— es empezar, dar los primeros pasos, salir de la inmensa masa de lo desconocido; después todo es fácil; allí hay ancho campo que yo espero explotar.

—Mucho cuidado con esos primeros pasos y con no indisponerte muy pronto con el tío.

—Así lo haré —dijo Pepe sonriendo, y prosiguió mirando su reloj á la luz de un farol.— Os dejo porque es tarde y aún tengo mucho que hacer esta noche.

Pepe se alejó y uno de sus amigos dijo al otro.

—Que imbécil es este muchacho. Dice que se decidió por las brillantes proposiciones que le hizo el tío, cuando yo sé que esto ha sido para él una tabla de salvación en pleno naufragio, pues aunque se dió mucha prisa para renunciar el destino, llegó antes la cesantía.

—Habla de sus negocios, y de los preparativos de viaje, como quien cuenta con algo, y no tiene una peseta.

—Con esas satisfacciones se desquita de los malos ratos que la suegra le hace pasar.

—En eso si lo compadezco. Vaya

una calamidad. Si consigue hacerle perder la protección del tío, está lucido. Desde que son suegras pierden las mujeres hasta el sentido común; por el placer de ponerlo en mal lugar no piensa que puede hacerle perder una buena posición de la que ha de disfrutar su mujer lo mismo que él.

— Son una calamidad viviente.

— La que lo será tuya parece muy buena; mi madre la elogia mucho.

— Eso es ahora, después será como todas. Yo tengo una decisión irrevocable: hasta que me case, muy amable con ella, después, la pondré una cara que no tendrá otro recurso que el de ir alejándose.

— Pero su hija, que tan cariñosa es con ella, pondrá el grito en el cielo.

— Que lo ponga. Llorará y chillará unos días, pero tendrá que conformarse; entre la madre y el marido, el deber y el cariño han de hablar muy alto en favor del marido. Buen ejemplo tengo en este pobre Pepe de lo que son las suegras.

A propósito: ¿sabes que tu cuñada se queja de que tu hermano quiere más á tu madre que á ella, y que para tu madre, todo lo que ella hace está mal, y que no sufre más?

— Eso es una calumnia. Mi hermano se porta muy bien con ella;

mi madre la recibió cuando se casó, y la ha tratado, como á una hija, ella paga ese cariño dándole disgustos, y no bastándole aún se atreve á quejarse poniendo en mal lugar á mi madre; es una ingratitud, una monstruosidad.

—Pero, ya ves, para ella tu madre es la suegra, y tú que con tanta dureza las tratas, no debes decir eso.

—Es distinto. Mi madre es mi madre, y no consentiré que nadie, y menos quien tanto la molesta, se atreva á hablar mal de ella. Mi hermano es muy débil y este es el resultado.



1875



XV

La calma en que vivía Clara fué turbada por un suceso para ella dolorosísimo.

El niño enfermó. Una de esas dolencias á que es propensa la infancia, lo hizo guardar cama, y á las pocas horas su estado era grave.

Clara, encontrando al salir de la habitación del niño, al médico que entraba, le habló de la enfermedad que ella creía leve dolencia.

El médico respondió á sus preguntas:

—El estado del niño era gravísimo cuando lo dejé; si ahora no encuentro alivio temo que esto se decida lo peor posible. Su padre ya desconflaba esta tarde, ahora pienso decirle la verdad.

La impresión que recibió Clara fué terrible; quedóse inmóvil, muda, incapaz en algunos momentos, de moverse, de pronunciar una palabra.

El médico, sin comprender la causa de aquel silencio y sin fijarse en la descomposición del semblante de

Clara, siguió hácia la habitación del enfermito.

Un momento después, Clara desesperada, loca, llevó las manos á la cabeza alejóse de aquel sitio, y se dejó caer en una silla en tanto que sus dientes castañeteaban y que de su garganta salían ahogados sollozos.

Había pasado dos días junto al niño sin sospechar la importancia de su dolencia.

Algunos minutos después se acercó á ella una mujer, Gabriela.

Llegó junto á Clara diciendo con acritud:

—Que imprudencia. ¿No sabes que puedo oírte Amparo? Hazte cargo de que es preciso atender al niño que está enfermo, y á ella que es su madre.

—Sí, sí,—dijo Clara pasándose el pañuelo por los ojos con un movimiento nervioso—Yo no tengo el derecho de sentir. Vamos.

—No, tú no te presentas de ese modo delante de Amparo, serenate, empolvate la cara, y ven luego.

Alejóse Gabriela sin notar que tras ella iba Clara y que, al detenerse en la antesala para saludar á una amiga que acababa de entrar, Clara se encontraba á algunos pasos de distancia, en la galería, que en aquella parte estaba casi oscura.

—¿Qué tienes que estas tan agitada?—preguntó á Gabriela su amiga.

—Que no puedo sufrir imprudencias. ¿Querrás creer que cuando Amparo sufre tanto, aunque sin imaginar la gravedad en que ha estado el niño, Clara se pone en la galería á llorar á gritos.

—¡Que imprudencia!

—Figúrate si Amparo lo hubiese oído. Gracias á que yo la he hecho callar. Me hace gracia; una, con ser madre, sufre tanto callada, y otras, sin serlo, ni comprender estas penas, arman enseguida un laberinto.

—Cuando las mujeres se quedan solteras; como nada las molesta ni preocupa, les dá un ataque de nervios por cualquier cosa.

—Pues es preciso que piensen y se pongan en su lugar. Nadie está más dispuesta que yo á pasar una impertinencia de Clara; pero en una cosa como esta, no puedo, porque soy madre, y sé lo que son hijos; si ella lo supiera respetaría el dolor de Amparo.

—He visto muchas cosas parecidas y no me extraña.

—Demasiado, todas son lo mismo; hacen mucha bulla y que la familia se dedique solo á atenderlas.

—Y aún no te he preguntado como sigue el niño.

—A decirselo á Clara iba, y me molestó tanto su imprudencia, que ahora recuerdo me volví sin decirle nada. Pues el médico ha encontrado una gran mejoría en el niño; nos ha dicho, á su padre y á mí, que debemos esperar esto sea solo un susto.

Clara, después de oír sin conmoverse cuanto de ella habían dicho, al pronunciar Gabriela las últimas palabras, corrió hacia élla diciendo con voz baja y temblorosa:

—Mejor, ¿ha dicho que está mejor?—y sin esperar respuesta, se alejó con paso rápido y silencioso, dirigiéndose a la habitación donde se hallaba el niño.

XVI



—¡A despedirte Magdalena, vienes á despedirte de mí! ¡Me dejas, quizá para siempre?

—No pienses en eso Clara, puede ser que volvamos á estar cerca, entre tanto nos escribiremos.

—Mira Magdalena, yo me alegro de que vayas con tu hermano que tanto te quiere; pero que vacfo tan grande me dejas. Aunque tantas veces he pasado algunos meses sin verte, sabfa que estabas cerca y era muy distinto.

—Quizá tus hermanos, y tú con ellos, vayáis algún día á la Península; tienen ya un hijo del que no querrán separarse, y como en Madrid está la familia de tu cuñado, y allí vive Juanita, no es tan difícil lo que te digo.

—Tal vez tengas razón.

—Pues no pensemos en la separación que amargaría estos momentos. ¡Y el niño, como ha seguido?

—Ya está bien. Su enfermedad solo fue un gran susto.

—Cuanto sufrirías pobre amiga mía. Ni un momento dejaba de pen-

sar en tí cuando supe la gravedad de Dieguito, ese niño es tu único consuelo, lo único que te hace llevar la vida.

—Que disparate Magdalena. Yo no tengo derecho á querer, ni á sentir. ¿No lo sabías?

—¿Qué dices Clara?

—Que en la mujer que no se casa, son una imprudencia el cariño y sus manifestaciones....

—¿Porqué dices eso?

—Porqué, me preguntas, porqué no sé que fatalidad pesa sobre mí que nada puedo hacer como los demás. Quise con toda mi alma á mi madre y á mis hermanas, por ellas renuncié á todo sin que, ni un solo momento, me haya pesado. Vivía para ellas sin pensar como me juzgaría el mundo, creía que nadie se acordaba de mí, y una casualidad me hizo saber lo contrario. Recuerdas aquel baile á que fui por complacer á Juanita..... ¡que noche tan horrible! Me dijeron que mi retiro era motivado porque Carlos me había olvidado; supusieron que volvía á fiestas y espectáculos por el deseo de encontrar con quien casarme. Salí de allí con una amargura inmensa viendo lo que yo era para el mundo, lo que el mundo me concedía. Perdí á mi madre querida, quedé sola, una soledad tan grande, tan

inexplicable.... una soledad del alma, que no disipaba ni aún la presencia de mi hermana.

Clara, que se había puesto de pié, prosiguió con voz entrecortada:

— Entré un día en una iglesia, me pareció que allí, pensando en otra vida, sentía algún consuelo, volví, y me llamaron beata, se mofaron de mí..... La vida se me hacía insoponible cuando nació el hijo de Amparo que fué un consuelo celestial que creí me enviaba Dios en su misericordia. Enfermó, me llené de sobresalto, sin sospechar hubiera gravedad; cuando supe que la había, que el peligro era inminente ¿podré explicarte lo que sentí? no, no puedo y ¿sabes lo que me dijeron, lo que oí cuando creían que no escuchaba? mi amargura era sencillamente una imprudencia, una falta de consideración, un romanticismo de solterona que no tiene de que ocuparse, ni sabe lo que son afecciones. ¡Ay Magdalena! gracias á que en ese instante no pensaba más que en el niño. á que entonces supe que estaba mejor, no me volví local

Las dos amigas habían llegado á ese momento en que brota de los labios lo que cuidadosamente se ha ocultado durante mucho tiempo, sin que se pueda ni se quiera detenerlo; en que se goza, si así puede decirse,

refiriendo aquello que más cuidado se ha puesto en ocultar.

Magdalena se levantó pálida, temblorosa, y en voz baja, contenida, dijo:

— Yo también he sufrido, yo también he sentido esa desesperación. A mi hija dediqué la vida; por ella robé horas al sueño, por ella sufrí humillaciones..... acepté una limosna de quien me insultaba..... Amó, y yo que solo anhelaba su dicha, quise ser madre cariñosa para el elegido de su corazón, y ¿sabes lo que hizo aquel hombre que me separó de mi hija? ofenderme, insultarme, dar derecho á que los extraños me miren como á un monstruo. Junto á una puerta, tras de la que sufría y me llamaba Alicia enferma, pasé una noche, detenida allí por la voluntad de aquel hombre, y devoré mi dolor, mi desesperación, porque tenía miedo..... miedo de que no me permitiera ver á mi hija, y mi odio, terrible aquella noche, desapareció, y lo perdoné porque era el marido de Alicia..... Le brindé con la paz. He trabajado con todas mis fuerzas para vencer la antipatía que inspira á mi hermano; he conseguido que él lo proteja; sabe que á mí me lo debe, y lo explica asegurando que Fernando quiere llevarlo por lo que él vale..... ¿entiendes?... por lo

que vale..... y que yo, no pudiendo indisponerlo con mi hermano, he conseguido, á fuerza de empeño, que me lleven también..... ¿Crearás que alguien se ha revelado contra esa locura? no, nada de eso, lo compadece por lo que yo le hago sufrir, porque no puede verse libre de mí!

—¡Virgen santa!—exclamó Clara elevando al cielo sus ojos y sus cruzadas manos—¡Que pecado hemos cometido para que así se nos castigue? ¡Cual es nuestra culpa? ¿Qué maldición pesa sobre nosotras?

—Clara, á las mujeres que solteras dejan de ser jóvenes, y aquellas cuyos hijos se casan, la sociedad las hace víctimas, sin que haya una protesta en esa inmensa turba, en la que se agitan tantos seres inútiles y dañinos.

—¡Magdalena de mi alma que desgraciada somos!

Las dos llorando se abrazaron.

Dejemos caer el telón.....

Cuando halles en tu camino una suegra lector, acuérdate de Magdalena; cuando tus ojos se fijen en una solterona, no olvides á Clara.

FIN

